

The Project Gutenberg EBook of Candido, o El Optimismo, by Voltaire
#14 in our series by Voltaire

Copyright laws are changing all over the world. Be sure to check the
copyright laws for your country before downloading or redistributing
this or any other Project Gutenberg eBook.

This header should be the first thing seen when viewing this Project
Gutenberg file. Please do not remove it. Do not change or edit the
header without written permission.

Please read the "legal small print," and other information about the
eBook and Project Gutenberg at the bottom of this file. Included is
important information about your specific rights and restrictions in
how the file may be used. You can also find out about how to make a
donation to Project Gutenberg, and how to get involved.

Welcome To The World of Free Plain Vanilla Electronic Texts

eBooks Readable By Both Humans and By Computers, Since 1971

*****These eBooks Were Prepared By Thousands of Volunteers!*****

Title: Candido, o El Optimismo

Author: Voltaire

Release Date: December, 2004 [EBook #7109]
[Yes, we are more than one year ahead of schedule]
[This file was first posted on March 10, 2003]

Edition: 10

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-Latin-1

*** START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK CANDIDO, O EL OPTIMISMO ***

Produced by Tom Richards, Arno Peters, Juliet Sutherland,
Charles Franks and the Online Distributed Proofreading Team.

CANDIDO,

Ó

EL OPTIMISMO,

VERSION DEL ORIGINAL TUDESCO DEL DR. RALPH,

Con las adiciones que se han hallado en los papeles del Doctor, despues de su fallecimiento en Minden, el aæo 1759 de nuestra redencion.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se da cuenta de como fuØ criado Candido en una hermosa quinta, y como de ella fuØ echado Æ patadas.

En la quinta del Seæor baron de Tunderden-tronck, título de la Vesfalia, vivia un mancebo que habia dotado de la índole mas apacible naturaleza. Víase en su fisonomía su alma: tenia bastante sano juicio, y alma muy sensible; y por eso creo que le llamaban Candido. Sospechaban los criados antiguos de la casa, que era hijo de la hermana del seæor baron, y de un honrado hidalgo, vecino suyo, con quien jamas consintióen casarse la doncella, visto que no podia probar arriba de setenta y un quarteles, porque la injuria de los tiempos habia acabado con el resto de su Ærbol genealógico.

Era el seæor baron uno de los caballeros mas poderosos de la Vesfalia; su quinta tenia puerta y ventanas, y en la sala estrado habia una colgadura. Los perros de su casa componian una xauria quando era menester; los mozos de su caballeriza eran sus picadores, y el teniente-cura del lugar su primer capellan: todos le daban seæoría, y se echaban Æ reir quando decia algun chiste.

La seæora baronesa que pesaba unas catorce arrobas, se habia grangeado por esta prenda universal respeto, y recibia las visitas con una dignidad que la hacia aun mas respetable. Cunegunda, su hija, doncella de diez y siete aæos, era rolliza, sana, de buen color, y muy apetitosa muchacha; y el hijo del baron en nada desdecia de su padre. El orÆculo de la casa era el preceptor Pangló, y el chicuelo Candido escuchaba sus lecciones con toda la docilidad propia de su edad y su carÆcter.

Demostrado estÆ, decia Pangló, que no pueden ser las cosas de otro modo; porque habiØndose hecho todo con un fin, no puede mØnos este de ser el mejor de los fines. Næese que las narices se hiciØron para llevar anteojos, y por eso nos ponemos anteojos; las piernas notoriamente para las calcetas, y por eso se traen calcetas; las piedras para sacarlas de la cantera y hacer quintas, y por eso tiene Su Seæoría una hermosa quinta; el baron principal de la provincia ha de estar mas bien aposentado que otro ninguno: y como los marranos naciØron para que se los coman, todo el aæo comemos tocino. De suerte

que los que han sustentado que todo está bien, han dicho un disparate, porque debían decir que todo está en el último apice de perfección.

Escúchale Candido con atención, y le creía con inocencia, porque la señorita Cunegunda le parecía un dechado de lindeza, puesto que nunca había sido osado a decirselo. Sacaba de aquí que después de la imponderable dicha de ser barón de Tunder-ten-tronck, era el segundo grado el de ser la señorita Cunegunda, el tercero verla cada día, y el cuarto oír al maestro Pangloss, el filósofo más aventajado de la provincia, y por consiguiente del orbe entero.

Pasó un día Cunegunda en los contornos de la quinta por un taller que llamaban coto, por entre unas matas vio al doctor Pangloss que estaba dando lecciones de física experimental a la doncella de labor de su madre, morenita muy graciosa, y no menos dócil. La niña Cunegunda tenía mucha disposición para aprender ciencias; observó pues sin pestañear, ni hacer el más mínimo ruido, las repetidas experiencias que ambos hacían; vio clara y distintamente la razón suficiente del doctor, sus causas y efectos, y se volvió desasosegada y pensativa, preocupada del anhelo de adquirir ciencia, y figuróse que podía muy bien ser ella la razón suficiente de Candido, y ser este la suya.

De vuelta a la quinta encontró Candido, y se abochornó y Candido se puso también colorado. Saludó Cunegunda con voz trémula, y correspondió Candido sin saber lo que se decía. El día siguiente, después de comer, al levantarse de la mesa, se encontraron detrás de un biombo Candido y Cunegunda; esta dexó caer el pañuelo, y Candido le alzó del suelo; ella le cogió la mano sin malicia, y sin malicia Candido estampó un beso en la de la niña, pero con tal gracia, tanta viveza, y tan tierno cariñoso, que no es ponderable; topáronse sus bocas, se inflamáron sus ojos, les tembláron las rodillas, y se les descarriáron las manos.... En esto estaban cuando acertó pasar por junto al biombo el señor barón de Tunder-ten-tronck, y reparando en tal causa y tal efecto, sacó Candido fuera de la quinta a patadas en el trasero. Desmayóse Cunegunda; y cuando volvió en sí, le dió la señora baronesa una mano de azotes; y reynó la mayor consternación en la más hermosa y delectosa quinta de quantas existir pueden.

CAPITULO II.

__De lo que sucedió Candido con los Bølgaros.__

Arrojado Candido del paraíso terrenal fué andando mucho tiempo sin saber adonde se encaminaba, lloroso, alzando los ojos al cielo, y volviéndolos una y mil veces a la quinta que la más linda de las baronesitas encerraba; al fin se acostó sin cenar, en mitad del campo entre dos surcos. Caía la nieve a chaparrones, y al otro día Candido arrecido llegó arrastrando como pudo al pueblo inmediato llamado

Valdberghof-trabenk-dik-dorf, sin un ochavo en la faltriquera, y muerto de hambre y fatiga. Paróse lleno de pesar Æ la puerta de una taberna, y repararon en el dos hombres con vestidos azules. Cantarada, dixo uno, aquí tenemos un gallardo mozo, que tiene la estatura que piden las ordenanzas. Acercáronse al punto Æ Candido, y le convidáron Æ comer con mucha cortesía. Caballeros, les dixo Candido con la mas sincera modestia, mucho favor me hacen vms., pero no tengo para pagar mi parte. Caballero, le dixo uno de los azules, los sugetos de su facha y su mØrito nunca pagan. ¿No tiene vm. dos varas y seis dedos? Sí, seæores, esa es mi estatura, dixo haciéndoles una cortesía. Vamos, caballero, siØntese vm. Æ la mesa, que no solo pagarØmos, sino que no consentirØmos que un hombre como vm. ande sin dinero; que entre gente honrada nos hemos de socorrer unos Æ otros. Razón tienen vms., dixo Candido; así me lo ha dicho mil veces el seæor Pangló, y ya veo que todo estÆ perfectísimo. Le ruegan que admita unos escudos; los toma, y quiere dar un vale; pero no se le quieren, y se sientan Æ la mesa.--¿No quiere vm. tiernamente?... Sí, Seæores, respondióCandido, con la mayor ternura quiero Æ la baronesita Cunegunda. No preguntamos eso, le dixo uno de aquellos dos seæores, sino si quiere vm. tiernamente al rey de los Bulgaros. No por cierto, dixo, porque no le he visto en mi ida.--Vaya, pues es el mas amable de los reyes, ¿Quiere vm. que brindemos Æ su salud?--Con mucho gusto, seæores; y brinda. Basta con eso, le dixØron, ya es vm. el apoyo, el defensor, el adalid y el hØroe de los Bulgaros; tiene segura su fortuna, y afianzada su gloria. Echáronle al punto un grillete al piØ, y se le lleváron al regimiento, donde le hiciØron volverse Æ derecha y Æ izquierda, meter la baqueta, sacar la baqueta, apuntar, hacer fuego, acelerar el paso, y le diØron treinta palos: al otro dia hizo el ejercicio algo mØnos jual, y no le diØron mas de veinte; al tercero, llevósolamente diez, y le tuviØron sus camaradas por un portento.

Atónito Candido aun no podia entender bien de quØ modo era un hØroe. Poesosele en la cabeza un dia de primavera irse Æ paseo, y siguiósu camino derecho, presumiendo que era prerogativa de la especie humana, lo mismo que de la especie animal, el servirse de sus piernas Æ su antojo. Mas apØnas había andado dos leguas, quando hØtème otros quatro hØroes de dos varas y terciá, que me lo agarran, me le atan, y me le llevan Æ un calabozo, Preguntáronle luego jurídicamente si queria mas pasar treinta y seis veces por baquetas de todo el regimiento, ó recibir una vez sola doce balazos en la mollera. Inœtilmente alegóque las voluntades eran libres, y que no queria ni una cosa ni otra, fuØ forzoso que escogiese; y en virtud de la dÆdiva de Dios que llaman libertad, se resolvióÆ pasar treinta y seis veces baquetas, y sufrió dos tandas. Componíase el regimiento de dos mil hombres, lo qual hizo justamente quatro mil baquetazos que de la nuca al trasero le descubriØron mœsculos y nervios. Iban Æ proceder Æ la tercera tanda, quando Candido no pudiendo aguantar mas pidiópor favor que se le hicieran de levantarle la tapa de los sesos; y habiendo conseguido tan seæalada merced, le estaban vendando los ojos, y le hacían hincarse de rodillas, quando acertóÆ pasar el rey de los Bulgaros, que informÆndose del delito del paciente, como era este rey sugeto de mucho ingenio, por todo quanto de Candido le dixØron, echóde ver que era un aprendiz de metafísica muy bisoæo en las cosas de este mundo, y

le otorgó el perdón con una clemencia que fué muy loada en todas las gacetas, y lo seré en todos los siglos. Un diestro cirujano curó á Candido con los emolientes que enseñó Dioscórides. Un poco de coetis tenía ya, y empezaba á poder andar, quando dió una batalla el rey de los Bulgaros al de los Abaros.

CAPITULO III.

De qué modo se libró Candido de manos de los Bulgaros, y de lo que le sucedió después.

No había cosa mas hermosa, mas vistosa, mas lucida, ni mas bien ordenada que ámbos ejércitos: las trompetas, los pífanos, los atambores, los obuses y los cañones formaban una armonía qual nunca la hubo en los infiernos. Primeramente los cañones derribaron unos seis mil hombres de cada parte, luego la fusilería barrió del mejor de los mundos unos nueve ó diez mil bribones que inficionaban su superficie; y finalmente la bayoneta fué la razon suficiente de la muerte de otros quantos miles. Todo ello podia sumar cosa de treinta millares. Durante esta heroica carnicería, Candido, que temblaba como un filósofo, se escondió mejor que supo.

Mientras que hacian cantar un Te Deum ámbos reyes cada uno en su campo, se resolvió nuestro héroe á ir á discurrir á otra parte sobre las causas y los efectos. Pasó por encima de muertos y moribundos hacinados, y llegó á un lugar inmediato que estaba hecho cenizas; y era un lugar abaró que conforme á las leyes de derecho público habían incendiado los Bulgaros: aquí, unos ancianos acribillados de heridas contemplaban exhalar el alma á sus esposas degolladas; mas allí, daban el postrer suspiro vírgenes pasadas á cuchillo después de haber saciado los deseos naturales de algunos héroes; otras medio tostadas clamaban por que las acabaran de matar; la tierra estaba sembrada de sesos al lado de brazos y piernas cortadas.

Huyóse á toda priesa Candido á otra aldea que pertenecía á los Bulgaros, y que había sido igualmente tratada por los héroes abaros. Al fin caminando sin cesar por cima de miembros palpitantes, ó atravesando ruinas, salió al cabo fuera del teatro de la guerra, con algunas cortas provisiones en la mochila, y sin olvidarse un punto de su Cunegunda. Al llegar á Holanda se le acabaron las provisiones; mas habiendo oido decir que la gente era muy rica en este pais, y que eran cristianos, no le quedó duda de que le darian tan buen trato como el que en la quinta del señor baron le habían dado, antes de haberle echado á patadas á causa de los buenos ojos de Cunegunda la baronesita.

Pidiólimosna á muchos sugetos graves que todos le dixeron que si seguía en aquel oficio, le encerrarían en una casa de corrección, para

enseñarle a vivir sin trabajar. Dirigiéndose luego a un hombre que acababa de hablar una hora seguida en una crecida asamblea sobre la caridad, y el orador, mirándole de reojo, le dijo: ¿A qué vienes aquí? ¿Estás por la buena causa? No hay efecto sin causa, respondió modestamente Candido; todo estoy encadenado por necesidad, y ordenado para lo mejor: ha sido necesario que me echaran de casa de la baronesita Cunegunda, y que pasara baquetas, y es necesario que mendigue el pan hasta que le pueda ganar; nada de esto podía menos de suceder. Amiguito, le dijo el orador, ¿crees que el papa es el ante-cristo? Nunca lo había oído, respondió Candido; pero, sólo a él lo sea, yo no tengo pan que comer. Ni lo mereces, replicó el otro; anda, bribon, anda, miserable, y que no te vuelva yo a ver en mi vida. Asomóse en esto a la ventana la muger del ministro, y viendo a uno que dudaba de que el papa fuera el ante-cristo, le tiró a la cabeza un vaso lleno de.... ¡O cielos, a qué excesos se entregan las damas por zelo de la religion!

Uno que no había sido bautizado, un buen anabaptista, llamado Santiago, testigo de la crueldad y la ignominia con que trataban a uno de sus hermanos, a un ser bípedo y sin plumas, que tenía alma, se le llevó a su casa, le limpió le dio pan y cerbeza, y dos florines, y además quiso enseñarle a trabajar en su fábrica de tejidos de Persia, que se hacen en Holanda. Candido, arrojándose casi a sus plantas, clamaba: Bien decía el maestro Pangloss, que todo estaba perfectamente en este mundo; porque infinitamente más me enternece la mucha generosidad de vm., que lo que me enojó la inhumanidad de aquel señor de capa negra, y de su señora muger.

Yendo al otro día de pasco se encontró con un pordiosero, cubierto de lepra, los ojos casi ciegos, carcomida la punta de la nariz, la boca tuerta, ennegrecidos los dientes, y el habla gangosa, atormentado de una violenta tos, y que a cada esfuerzo escupía una muela.

CAPITULO IV.

De qué modo encontró Candido a su maestro de filosofía, el doctor Pangloss, y de lo que le aconteció.

Más que a horror movido a compasión Candido le dio a este horroroso pordiosero los dos florines que de su honrado anabaptista Santiago había recibido. Miró de hito en hito la fantasma, y vertiendo lágrimas se le colgó al cuello. Zafóse Candido asustado, y el miserable dijo al otro miserable: ¡Ay! ¿con que no conoces a tu amado maestro Pangloss? ¿Qué oygo? ¡vm., mi amado maestro! ¡vm. en tan horrible estado! ¿Pues qué desdicha le ha sucedido? ¿por qué no estás en la más hermosa de las granjas? ¿qué se ha hecho la señorita Cunegunda, la perla de las doncellas, la obra maestra de la naturaleza? No puedo alentar, dijo Pangloss. Lléveme sin tardanza Candido al pajar del

anabautista, le dió un mendrugo de pan; y quando hubo cobrado aliento Pangló, le preguntó ¿quØ es de Cunegunda? Es muerta, respondió el otro. Desmayóse Candido al oirlo, y su amigo le volvió a la vida con un poco de vinagre malo que encontró acaso en el pajar. Abrió Candido los ojos, y exclamó ¡Cunegunda muerta! Ha perfectísimo entre los mundos, ¿adonde está? ¿y de qué enfermedad ha muerto? ¿ha sido por ventura de la pesadumbre de verme echar a patadas de la soberbia quinta de su padre? No por cierto, dixo Pangló, sino de que unos soldados bulgaros le sacaron las tripas, despues que la hubieron violado hasta mas no poder, habiendo roto la mollera al señor baron que la quiso defender. La señora baronesa fué hecha pedazos, mi pobre alumno tratado lo mismo que su hermana, y en la granja no ha quedado piedra sobre piedra, ni troxes, ni siquiera un carnero, ni una gallina, ni un árbol; pero bien nos han vengado, porque lo mismo han hecho los Abaros en una baronía inmediata que era de un señor bulgaro.

Desmayóse otra vez Candido al oir este lamentable cuento; pero vuelto en sí, y habiendo dicho quanto tenia que decir, se informó la causa y efecto, y de la razon suficiente que en tan lastimosa situación a Pangló habia puesto. ¡Ay! dixo el otro, el amor ha sido; el amor, el consolador del humano linage, el conservador del universo, el alma de todos los seres sensibles, el blando amor. Ha, dixo Candido, yo tambien he conocido a ese amor, a ese árbitro de los corazones, a esa alma de nuestra alma, que nunca me ha valido mas que un beso y veinte patadas en el trasero. ¿Cómo tan bella causa ha podido producir en v. tan abominables efectos? Respondió Pangló en los términos siguientes: Ya conociste, amado Candido, a Paquita, aquella linda doncella de nuestra ilustre baronesa; pues en sus brazos gocó los contentos celestiales, que han producido los infernales tormentos que ves que me consumen: estaba podrida, y acaso ha muerto. Paquita debió este don a un Franciscano instruídísimo, que había averiguado el origen de su achaque, porque se le habia dado una condesa vieja, la qual le habia recibido de un capitán de caballería, que le hubo de una marquesa, a quien se le dió un page, que le cogió de un jesuita, el qual, siendo novicio, le habia recibido en línea recta de uno de los compañeros de Cristóbal Colon. Yo por mi no se le daré a nadie, porque me voy a morir luego.

¡O Pangló, exclamó Candido, qué raro árbol de genealogía es ese! ¿fué acaso el diablo su primer tronco? No por cierto, replicó aquel varón eminente, que era indispensable cosa y necesario ingrediente del mas excelente de los mundos; porque si no hubieran pegado a Colon en una isla de América este mal que envenena el manantial de la generacion, y que a veces estorba la misma generacion, y manifiestamente se opone al principal blanco de naturaleza, no tuviéramos ni chocolate ni cochinilla; y se ha de notar que hasta el dia de hoy es peculiar de nosotros esta dolencia en este continente, no menos que la teología escolástica. Todavía no se ha introducido en la Turquía, en la India, en la Persia, en la China, en Sian, ni en el Japon; pero razon hay suficiente para que la padezcan dentro de algunos siglos. Mientras tanto es bendición de Dios lo que entre nosotros prospera, con particularidad en los ejércitos numerosos, que constan de honrados ganapanes muy bien educados, los quales deciden la suerte de los

estados, y donde se puede afirmar con certeza, que quando pelean treinta mil hombres en campal batalla contra un exército igualmente numeroso, hay cerca de veinte mil galicosos por una y otra parte.

Portentosa cosa es esa, dixo Candido, pero es preciso tratar de curaros. ¿Y cómo me he de curar, amiguito, dixo Panglós, si no tengo un ochavo; y en todo este vasto globo Æ nadie sangran, ni le administran una lavativa, sin que pague óque alguien pague por ØI?

Estas œltimas razones determinÆron Æ Candido Æ irse Æ echar Æ los piØs de su caritativo anabautista Santiago, Æ quien pintótan tiernamente la situacion Æ que se vía reducido su amigo, que no dificultóel buen hombre en hospedar al doctor Panglós, y curarle Æ su costa. Esta cura no costóÆ Panglós mas que un ojo y una oreja. Como sabia escribir y contar con perfeccion, le hizo el anabautista su tenedor de libros. ViØndose precisado Æ cabo de dos meses Æ ir Æ Lisboa para asuntos de su comercio, se embarcócon sus dos filósofos. Panglós le explicaba de quØ modo todas las cosas estaban peifectísimamente, y Santiago no era de su parecer. Fuerza es, decia, que hayan los hombres estragado algo la naturaleza, porque no naciØron lobos, y se han convertido en lobos. Dios no les dióni caæones de veinte y quatro, ni bayonetas, y ellos para destruirse han fraguado bayonetas y caæones. Tambien pudiera mentar las quiebras, y la justicia que embarga los bienes de los fallidos para frustrar Æ los acreedores. Todo eso era indispensable, replicóel doctor tuerto, y de los males individuales se compone el bien general; de suerte que quanto mas males particulares hay, mejor estÆ el todo. MiØntras estaba argumentando, se obscurecióel cielo, soplÆron furiosos los vientos de los quatro Ængulos del mundo, y Æ vista del puerto de Lisboa fuØ embutido el navío de la tormenta mas hermosa.

CAPITULO V.

De una tormenta, un naufragio, y un terremoto. De los sucesos del doctor Panglós, de Candido, y de Santiago el anabautista.

Sin fuerza y medio muertos la mitad de los pasajeros con las imponderables bascas que causa el balance de un navío en los nervios y en todos los humores que en opuestas direcciones se agitan, ni aun para temer el riesgo tenian Ænimo: la otra mitad gritaba y rezaba; estaban rasgadas las velas, las xarcias rotas, y abierta la nave: quien podia trabajaba, nadie se entendia, y nadie mandaba. Algo ayudaba Æ la faena el anabautista, que estaba sobre el combes, quando un furioso marinero le pega un fiero embion, y le derriba en las tablas; pero fuØ tanto el esfuerzo que al empujarle hizo, que se cayó de cabeza fuera del navío, y se quedócolgado y agarrado de una porcion del mÆstil roto. Acudióel buen Santiago Æ socorrerle, y le ayudóÆ subir; pero con la fuerza que para ello hizo, se cayóen la mar Æ vista del marinero que le dexóahogarse, sin dignarse siquiera

de mirarle. Candido que se acerca, y ve a su bienhechor que viene un instante sobre el agua, y que se hunde para siempre, se quiere tirar tras de el al mar; pero le detiene el filósofo Panglós, demostrándole que habia sido criada la cala de Lisboa con destino a que se ahogara en ella el anabautista. Probablemente estaba *à priori*, quando se abrió el navío, y todos perecieron, menos Panglós, Candido, y el desalmado marinero que habia ahogado al virtuoso anabautista; que el bribon salió a salvamento nadando hasta la orilla, donde aportaron Candido y Panglós en una tabla.

Así que se recobraron un poco del susto y el cansancio, se encaminaron a Lisboa. Llevaban algun dinero, con el qual esperaban librarse del hambre, despues de haberse zafado de la tormenta. Apenas pusieron los pies en la ciudad, lamentándose de la muerte de su bien-hechor, la mar embatió bramando el puerto, y arrebató quantos navíos se hallaban en él anclados; se cubrieron calles y plazas de torbellinos de llamas y cenizas; hundíanse las casas, caían los techos sobre los cimientos, y los cimientos se dispersaban, y treinta mil moradores de todas edades y sexos eran sepultados entre ruinas. El marinero tarareando y votando decia: Algo ganaríamos con esto. ¿Qual puede ser la razon suficiente de este fenómeno? decia Panglós; y Candido exclamaba: Este es el dia del juicio final. El marinero se metió sin detenerse en medio de las ruinas, arrojando la muerte por buscar dinero, con el que encontró se fue a emborrachar; y despues de haber dormido la borrachera, compró los favores de la ramera que topó primero, y que se dió entre las ruinas de los desplomados edificios, y en mitad de los moribundos y los cadáveres, puesto que Panglós le tiraba de la casaca, diciéndole: Amigo, eso no es bien hecho, que es pecar contra la razon universal, porque ahora no es ocasion de holgarse. Por vida del Padre Eterno, respondió el otro, yo soy marinero, y nacido en Batavia; quatro veces he pisado el crucifixo en quatro viages que tengo hechos al Japon. Pues no vienes mal ahora con tu razon universal.

Candido, que la caida de unas piedras habia herido, tendido en el suelo en mitad de la calle, y cubierto de ruinas, clamaba a Panglós: ¡Ay! tráeme un poco de vino y aceyte, que me muero. Este temblor de tierra, respondió Panglós, no es cosa nueva: el mismo azote sufrió Lima años pasados; las mismas causas producen los mismos efectos; sin duda que hay una veta de azufre subterránea que va de Lisboa a Lima. Verosímil cosa es, dixo Candido; pero, por Dios, un poco de aceyte y vino. ¿Cómo verosímil? replicó el filósofo, pues yo sustentare que está demostrada. Candido perdió el sentido, y Panglós le llevó un trago de agua de una fuente inmediata.

Habiendo hallado el siguiente dia algunos manjares metiéndose por entre los escombros, cobraron algunas fuerzas, y trabajaron luego, a exemplo de los demas, en alivio de los habitantes que de la muerte se habian librado. Algunos vecinos que habian socorrido les dieron la menos mala comida que en tamao desastre se podia esperar: verdad es que fue muy triste el banquete; los convidados baseaban el pan en llantos, pero Panglós los consolaba sustentando que no podian suceder las cosas de otra manera; porque todo esto, decia, es lo mejor que hay; porque si hay un volcan en Lisboa, no podia estar en otra parte;

porque no es posible que no esten las cosas donde estan; porque todo estÆ bien.

Un hombrecito vestido de negro, familiar de la inquisicion, que junto Æ el estaba sentado, interrumpió muy cortesmente, y le dixo: Sínduda, caballero, que no cree vm. en el pecado original; porque, si todo estÆ perfecto, no ha habido pecado ni castigo.

Perdóñeme Vueselencia, le respondió con mas cortesía Panglós, porque la caída del hombre y su maldición hacían parte necesaria del mas excelente de los mundos posibles. ¿Segøen eso este caballero no cree que seamos libres? dixo el familiar. Otra vez ha de perdonar Vueselencia, replicó Panglós, porque puede subsistir la libertad con la necesidad absoluta; porque era necesario que fuØramos libres; porque finalmente la voluntad determinada.... En medio de la frase estaba Panglós, quando hizo el familiar una seæa Æ su secretario que le escanciaba vino de Porto óde Oporto.

CAPITULO VI.

Del magnífico auto de fe que se hizo para que cesara el terremoto, y de los doscientos azotes que pegÆron Æ Candido.

Pasado el terremoto que habia destruido las tres quartas partes de Lisboa, el mas eficaz medio que ocurrióÆ los sabios del pais para precaver una total ruina, fue la fiesta de un soberbio auto de fe, habiendo decidido la universidad de Coïmbra que el espectÆculo de unas quantas personas quemadas Æ fuego lento con toda solemnidad es infalible secreto para impedir los temblores de tierra. Habian sido presos por tanto un Vizcayno que estaba convicto de haberse casado con su comadre, y dos Portugueses que se habían comido un pollo un viernes, y la olla sin tocino un sÆbado; y despues de comer se llevÆron atados al doctor Panglós y su discípulo Candido, al uno por lo que habia dicho, y al otro por haberle escuchado con ademán de aprobar lo que decia. Pusieronlos separados en unos aposentos muy frescos, donde nunca incomodaba el sol, y de allí Æ ocho dias los vistiØron de un san-benito, y les engalanÆron la cabeza con unas mitras de papel: la corza y el san-benito de Candido llevaban llamas boca abaxo, y diablos sin garras ni rabo; pero los diablos de Panglós tenían rabo y garras, y las llamas ardian hÆcia arriba. Así vestidos saliØron en procesion, y oyØron un sermón muy tierno, al qual se siguió una bellísima mœsica en fabordon. A Candido, miØntras duró el canto, le pegÆron doscientos azotes Æ compas; al Vizcayno y Æ los dos que habian comido la olla sin tocino los quemÆron, y Panglós fuØ ahorcado, aunque no era estilo. Aquel mismo día, tembló la tierra con un furor espantable.

Candido atónito, desatentado, confuso, ensangrentado y palpitante, decia entre sí: ¿Si este es el mejor de los mundos posibles, cómo

ser. En los otros? Vaya con Dios, si no hubieran hecho mas que espolvorearme las espaldas, que ya los Bulgaros me habian hecho el mismo agasajo. Pero tœ, caro Panglós, el mayor de los filósofos, ¿porquØ te he visto ahorcar, sin saber por quØ? O mi amado anabautista, tu que eras el mejor de los hombres, ¿porquØ te has ahogado en el puerto? Y tœ, baronesita Cunegunda, perla de las niæas, ¿porquØ te han sacado el redaæo? Volvíase diciendo esto Æ su casa, sin poderse tener en piØ, predicado, azotado, absuelto, y bendito, quando se le acercó una vieja que le dixo: Hijo mió ten buen Ænimo, y sígueme.

CAPITULO VII.

Que cuenta como una vieja remediólas cuitas de Candido, y como topóeste con su dama.

No cobró Ænimo Candido, pero siguió Æ la vieja Æ una ruin casucha, donde le dió su conductora un bote de pomada para untarse, y le dexó de comer y de beber; luego le enseæó una camita muy aseada, y al lado de la cama un vestido completo: Come, hijo, bebe y duerme, le dixo, y Nuestra Seæora de Atocha, el seæor San Antonio de Padua, y el seæor Santiago de Compostela se queden contigo: maæana volverØ. Confuso Candido con todo quanto habia visto, y quanto habia padecido, y inas todavía con la caridad de la vieja, le quiso besar la mano. No es mi mano la que has de besar, le dixo la vieja; maæana volverØ. Untate con la pomada, come y duerme.

No obstante sus muchas desventuras, comió y durmió Candido. Al otro dia le trae la vieja de almorzar, le visita las espaldas, se las estriega con otra pomada, y luego le trae de comer: Æ la noche vuelve, y le trae que cenar. El tercer dia fuØ la misma ceremonia. ¿QuiØn es vm.? le decia Candido; ¿quiØn le ha inspirado tanta bondad? ¿cómo puedo darle dignas gracias? La buena seæora nunca respondia palabra, pero volvió aquella noche, y no traxo que cenar. Ven conmigo, le dixo, y no chistes; y diciendo esto agarró Æ Candido del brazo, y echó Æ andar con el por el campo. A cosa de medio quarto de legua que hubiØron andado, llegÆron Æ una casa sola, cercada de canales y jardines. Llama la vieja Æ un postigo: abren, y lleva Æ Candido por una escalera secreta Æ un gabinete dorado, donde le dexa sobre un canapØ de terciopelo, cierra la puerta, y se marcha. A Candido se le figuraba que soæaba, teniendo su vida entera por un sueæo funesto, y el momento actual por un sueæo delicioso.

Presto volvió la vieja, sustentando con dificultad del brazo Æ una muger que venia toda trØmula, de magestuosa estatura, cubierta de piedras preciosas, y tapada con un velo. Alza ese velo, dixo Æ Candido la vieja. Arrímase el mozo, y alza con mano tímida el velo. ¡QuØ instante! ¡quØ pasmo! cree que estÆ viendo Æ su baronesita, Æ su Cunegunda; y así era la verdad, porque era ella propia. FÆltale el aliento, no puede articular palabra, y cae desmayado Æ sus plantas.

Cunegunda se cae sobre el canapØ: la vieja los inunda en aguas de olor; vuelven en sí, se hablan; primero en voces interrumpidas, en preguntas y respuestas que no se dan vado unas Æ otras, en suspiros, lÆgrimas y gritos. La vieja, recomendÆndoles que metan mØnos bulla, los dexa libres. ¡Con que es vm., dice Candido! ¡con que la veo en Portugal, y no ha sido violada, y no le han pasado de parte Æ parte las entraæas, como me habia dicho el filósofo Panglós! Sí tal, replicó la hermosa Cunegunda, pero no siempre son mortales esos accidentes. --¿Y han sido muertos el padre y la madre de vm.?--Por mi desgracia, sí, respondiØllorando Cunegunda.--¿Y su hermano?--Mi hermano tambiØn.--¿Pues porquØ estÆ vm. en Portugal? ¿cómo ha sabido que tambiØn yo lo estaba? ¿porquØ raro acaso me ha hecho venir Æ esta casa? Todo lo dirØ, replicóla dama; pero antes es forzoso que me diga vm. quantos sucesos le han pasado desde el inocente beso que me dió y las patadas con que se le hiciØron pagar.

ObedeciØCandido con profundo respeto; y puesto que estaba confuso, que tenia trØmula y flaca la voz, y que aun le dolia no poco el espinazo, contØcon la mayor ingenuidad quanto desde el punto de su separacion habia padecido. Alzaba Cunegunda los ojos al cielo, y vertiótiernas lÆgrimas por la muerte del buen anabautista y de Panglós; hablódespues como sigue Æ Candido, el qual no perdiØuna palabra, y se la comia con los ojos.

CAPITULO VIII.

Historia de Cunegunda.

Durmiendo Æ pierna suelta estaba en mi cama, quando plugo al cielo que entraran los Bulgaros en nuestra soberbia quinta de Tunder-ten-tronck, y degollaran Æ mi padre y Æ mi hermano, Ø hiciesen tajadas Æ mi madre. Un pazguato de Bulgaro de dos varas y tercia, viendo que habia yo perdido los sentidos con esta escena, se puso Æ violarme; con lo qual volví en mí, y empecØ Æ morder, Æ aræær, y Æ querer sacar los ojos al Bulgarote, no sabiendo que era cosa de estilo quanto en la quinta de mi padre estaba pasando; pero me dióel belitre una cuchillada junto Æ la teta izquierda, que todavía me queda la seæal. Ha, espero que me la enseæarÆ vm., dixo el ingenuo Candido. Ya la verÆ vm., dixo Cunegunda, pero sigamos el cuento. Siga vm., replicóCandido.

Aæudópues así el hilo de su historia Cunegunda: Entróun capitan bulgaro, que me vióllena de sangre, debaxo del soldado que no se incomodaba; y enojado del poco respeto que le tenia el malandrin, le matóencima de mí: hizome luego poner en cura, y me llevóprisionera de guerra Æ su guarnicion. Allí lavaba las pocas camisas que el tenia, y le guisaba la comida; el decia que era yo muy bonita, y tambien he de confesar que era muy lindo mozo, y que tenia la carne suave y blanca, pero poco entendimiento, y mØnos filosofía: y Æ tiro de ballesta se echaba de ver que no le habia educado el doctor Panglós. A

cabo de tres meses perdió todo quanto dinero tenia, y no curándose mas de mí, me vendió un Judío llamado Don Isacar, que tenia casa de comercio en Holanda y en Portugal, y se perdia por mugeres. Prendóse mucho de mi el tal Judío, pero nada pudo conseguir, que me he resistido a el mas bien que al soldado bulgaro; porque una honrada muger bien puede ser violada una vez, pero con ese mismo contratiempo se fortalece su virtud. El Judío para domesticarme me ha traído a la casa de campo que vm. ve. Hasta ahora habia creido que no habia en la tierra mansion mas hermosa que la granja de Tunder-ten-tronck, pero ya estoy desengañada de mi error.

El inquisidor general me vió un dia en misa, no me quitó los ojos de encima, y me mandó decir que me tenia que hablar de un asunto secreto. Llevéronme a su palacio, y yo le dixi quien eran mis padres. Representóme entonces quanto desdecia de mi nobleza el pertenecer a un israelita. Su Ilustrísima propuso a Don Isacar que le hiciera cesión de mí; y este, que es banquero de palacio y hombre de mucho poder, nunca tal quiso consentir. El inquisidor le amenazó con un auto de fe. Al fin atemorizado mi Judío hizo un ajuste en virtud del qual la casa y yo habian de ser de ambos de mancomun; el Judío se reservó los loenes, los miércoles y los sábados, y el inquisidor los demas dias de la semana. Seis meses ha que subsiste este convenio, aunque no sin frecuentes contiendas, porque muchas veces han disputado sobre si la noche de sábado a domingo pertenecia a la ley antigua, ó a la ley de gracia. Yo empero a entrambas leyes me he resistido hasta ahora, y por este motivo pienso que me quieren tanto. Finalmente, por conjurar la plaga de los terremotos, y por poner miedo a Don Isacar, le plugo al Ilustrísimo señor inquisidor celebrar un auto de fe. Honróme convidándome a la fiesta; me diéron uno de los mejores asientos, y se sirvieron refrescos a las señoras en el intervalo de la misa y el suplicio de los ajusticiados. Confieso que estaba sobrecogida de horror de ver quemar a los dos Judíos, y al honrado Vizcayno casado con su comadre; pero ¡quó asombro, quó confusión y quó susto fué el mio quando vi con un sambenito y una corozita una cara parecida a la de Panglós! Estreguéme los ojos, miré con atencion, le vi ahorcar, y me tomó un desmayo. Apénas habia vuelto en mí, quando le vi a vm. desnudo de medio cuerpo: allí fué el cœmulo de mi horror, mi consternacion, mi desconuelo, y mi desesperacion. Digo de verdad que la cœtis de vm. es mas blanca y mas encarnada que la de mi capitán de Bulgaros; y esta vista aumentó todos los afectos que abrumada y consumida me tenian. A dar gritos iba, y a decir: deteneos, inhumanos; pero me faltó la voz, y habrian sido en balde mis gritos. Quando os hubieron azotado a su sabor, decia yo entre mí: ¿Cómo es posible que se encuentren en Lisboa el amable Candido y el sabio Panglós; uno para llevar doscientos azotes, y otro para ser ahorcado por órden del ilustrísimo Señor inquisidor que tanto me ama? ¡Quó cruelmente me engañaba Panglós, quando me decia que todo era perfectísimo!

Agitada, desatentada, fuera de mi unas veces, y muriéndome otras de pesar, tenia preocupada la imaginacion con la muerte de mi padre, mi madre y mi hermano, con la insolencia de aquel soez soldado bulgaro, con la cuchillada que me dió con mi oficio de lavandera y cocinera, con mi capitán bulgaro, con mi sucio Don Isacar, con mi abominable

inquisidor, con la horca del doctor Panglós, con aquel gran miserere en fabordon durante el qual le diØron Æ vm. doscientos azotes, y mas que todo con el beso que dí Æ vm. detras del biombo la œltima vez que nos vimos. Dí gracias Æ Dios que nos volvia Æ reunir por medio de tantas pruebas, y encarguØ Æ mi vieja que cuidase de vm., y me le traxese luego que fuese posible. Ha desempeæado muy bien mi encargo, y he disfrutado el imponderable gusto de volver Æ ver Æ vm., de oírle, y de hablarle. Sin duda que debe tener una hambre canina, yo tambien, tengo buenas ganas, con que cenemos Æntes de otra cosa.

SentÆronse pues Æmbos Æ la mesa, y despues de cenar se volviØron al hermoso canapØ de que ya he hablado. Sobre el estaban, quando llegóel seæor Don Isacar, uno de los dos amos de casa; que era sÆbado, y venia Æ gozar sus derechos, y explicar su rendido amor.

CAPITULO IX.

Prosiguen los sucesos de Cunegunda, Candido, el Inquisidor general, y el Judío.

Era el tal Isacar el hebreo mas vinagre que desde la cautividad de Babilonia se habia visto en Israel. ¿QuØ es esto, dixo, perra Galilea? ¿con que no te basta con el seæor inquisidor, que tambien ese chulo entra Æ la parte conmigo? Al decir esto saca un puæal buido que siempre llevaba en el cinto, y creyendo que su contrario no traía armas, se tira Æ Øl. Pero la vieja habia dado Æ nuestro buen Vesfaliano una espada con el vestido completo que hemos dicho: desenvaynda Candido, y derribóen el suelo al Israelita muerto, puesto que fuese de la mas mansa índole.

¡Virgen Santísima! exclamóla hermosa Cunegunda; ¿quØ serÆ de nosotros? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia, soy perdida. Si no hubieran ahorcado Æ Panglós, dixo Candido, el nos daria consejo en este apuro, porque era eminente filósofo; pero pues el nos falta, consultemos con la vieja. Era esta muy discreta, y empezaba Æ decir su parecer, quando abriØron otra puertecilla. Era la una de la noche; habia ya principiado el domingo, dia que pertenecia al seæor inquisidor. Al entrar este ve al azotado Candido con la espada en la mano, un muerto en el suelo, Cunegunda asustada, y la vieja dando consejos.

En este instante le ocurriØron Æ Candido las siguientes ideas, y discurrióasí: Si pide auxilio este varon santo, infaliblemente me harÆ quemar, y otro tanto podrÆ hacer Æ Cunegunda; me ha hecho azotar sin misericordia, es mi contrincante, y yo estoy de vena de matar; pues no hay que detenerse. FuØ este discurso tan bien hilado como pronto; y sin dar tiempo Æ que se recobrase el inquisidor del primer susto, le pasóde parte Æ parte de una estocada, y le dexó tendido cabe el Judío. Buena la tenemos, dixo Cunegunda: ya no hay remision;

estamos excomulgados, y es llegada nuestra última hora. ¿Cómo ha hecho
v., siendo de tan suave condición, para matar en dos minutos a un
prelado y a un Judío? Hermosa señorita, respondió cuando uno está
enamorado, zeloso, y azotado por la inquisición, no sabe lo que se
hace.

Rompió entonces la vieja el silencio, y dixo: En la caballeriza hay
tres caballos andaluces con sus sillas y frenos; ensíllelos el
esforzado Candido; esta señora tiene moyadores y diamantes; montemos a
caballo, y vamos a Cadiz, puesto que yo no me puedo sentar mas que
sobre una nalga. El tiempo está hermosísimo, y da contento caminar con
el fresco de la noche.

Ensillos volando Candido los tres caballos, y Cunegunda, él, y la vieja
anduvieron diez y seis leguas sin parar. Mientras que iban andando,
vino a la casa de Cunegunda la santa hermandad, enterraron a Su
Ilustrísima en una suntuosa iglesia, y a Isacar le tiraron a un
muladar.

Ya estaban Candido, Cunegunda y la vieja en la villa de Aracena, en
mitad de los montes de Sierra-Morena, y decían lo que sigue en un
meson.

CAPITULO X.

De la triste situación en que se vieron Candido, Cunegunda y la
vieja; de su arribo a Cadiz, y como se embarcaron para América.

¿Quién me habrá robado mis doblones y mis diamantes? decía llorando
Cunegunda; ¿cómo hemos de vivir? ¿qué hemos de hacer? ¿donde he de
hallar
inquisidores y Judíos que me den otros? ¡Ay! dixo la vieja, mucho me
sospecho de un reverendo padre Franciscano que ayer durmieron en Badajoz
en nuestra posada. Líbreme Dios de hacer juicios temerarios; pero él
dos veces entró en nuestro cuarto, y se fué mucho antes que nosotros.
Ha, dixo Candido, muchas veces me ha probado el buen Panglós que los
bienes de la tierra son comunes de todos, y cada uno tiene igual
derecho a su posesión. Conforme a estos principios, nos había de haber
dixado el padre para acabar nuestro camino. ¿Con que no te queda nada,
hermosa Cunegunda? Ni un maravedí, respondió esta. ¿Y qué nos haríamos?
exclamó Candido. Vendamos uno de los caballos, dixo la vieja; yo
montaré a las ancas de el de la señorita, puesto que no me puedo
sentar mas que sobre una nalga, y así llegaremos a Cadiz.

En el mismo meson había un prior de Benitos, que compró barato el
caballo. Candido, Cunegunda y la vieja atravesaron a Lucena, a Cilla,
y a Lebrixa, y llegaron en fin a Cadiz, donde estaban armando una
esquadra para poner en razón a los reverendos padres jesuitas del
Paraguay, que habían excitado a uno de sus aduares de Indios contra

los reyes de España y Portugal, cerca de la colonia del Sacramento. Candido, que había servido en la tropa búlgara, hizo a presencia del general de aquel pequeño ejército el ejercicio a la búlgara con tanto donaire, ligereza, maña, agilidad y desembarazo, que le dióeste el mando de una compañía de infantería. Hótele pues capitán; con esta graduación se embarcóen compañía de su Cunegunda, de la vieja, de dos criados, y de los dos caballos andaluces que habían sido del señor inquisidor general de Portugal.

En la travesía discurrirón largamente cerca de la filosofía del pobre Pangloss. Vamos a otro mundo, decía Candido, y sin duda que en el es donde todo está bien; porque en este nuestro hemos de confesar que hay sus defectillos en lo físico y en lo moral. Yo te quiero con toda mi alma, decía Cunegunda; pero todavía llevo el corazón traspasado con lo que he visto, y lo que he padecido. Todo irá bien, replicóCandido; ya el mar de este nuevo mundo vale más que nuestros mares de Europa, que es más bonancible, y los vientos son más constantes: no cabe duda de que el nuevo mundo es el mejor de los mundos posibles. Plega a Dios, dixo Cunegunda; pero tan horribles desgracias han pasado por mí en el mío, que apénas si queda en mi corazón resquicio de esperanza. Vms. se quejan, les dixo la vieja; pues sepan que no han experimentado desventuras como las mías. Sonrióse Cunegunda del disparate de la buena mujer que se alababa de ser más desdichada que ella. ¡Ay! le dixo, madre, a mí nos que haya vm. sido violada por dos Búlgaros, que le hayan dado dos cuchilladas en la barriga, que hayan demolido dos de sus granjas, que hayan degollado en su presencia dos padres y dos madres de vm., y que haya visto a dos de sus amantes azotados en un auto de fe, no se como pueda haber corrido mayores borrascas: sin contar que he nacido baronesa con setenta y dos cuarteles en mi escudo de armas, y he sido cocinera. Señorita, replicóla vieja, vm. no sabe qual ha sido mi cuna; y si le enseñara mi trasero, no hablaría del modo que habla, y suspendería el juicio. Excitóesta réplica fuerte curiosidad en los ánimos de Candido y Cunegunda, y la vieja la satisfizo en las siguientes razones.

CAPITULO XI.

Que cuenta la historia de la vieja.

No siempre he tenido yo los ojos lagrimeosos y ribeteados de escarlata; no siempre se ha tocado mi barba con mis narices, ni he sido siempre criada de servicio. Soy hija del papa Urbano X y la princesa de Palestrina. Hasta que tuve catorce años, me criéron en un palacio al qual no hubieran podido servir de caballeriza todas las quintas de barones tudescos, y era más rico uno de mis trages que todas las magnificencias de la Vefalia. Crecía en gracia, en talento y beldad, en medio de gustos, respetos y esperanzas, y ya inspiraba amor. Formábase mi pecho; pero ¡quó pecho! blanco, duro, de la forma del de la Venus de Medicis; ¡y quó ojos! ¡quó pestañas! ¡quó negras cejas! ¡quó llamas salían de las niñas de mis ojos, que eclipsaban el

resplandor de los astros, segun decian los poetas de mi barrio! Las doncellas que me desnudaban y me vestian se quedaban absortas quando me contemplaban por detras y por delante; y todos los hombres se hubieran querido hallar en su lugar.

Celebráronse mis desposorios con un príncipe soberano de Masa-Carrara. ¡Dios mio! ¡quØ príncipe! tan lindo como yo; ayroso, y de la condición mas blanda, del mas agudo ingenio, y perdido por mi de amores: yo le amaba como quien quiere por la vez primera, esto es que le idolatraba. Dispusiéronse las bodas con pompa y magnificencia nunca vista: todo era fiestas, torneos, óperas bufas; y en toda Italia se hiciéron sonetos en mi elogio, de los cuales ninguno hubo que no fuera rematado de malo. Ya rayaba la aurora de mi felicidad, quando una marquesa vieja, Æ quien habia cortejado mi príncipe, le convidó Æ tomar chocolate con ella, y el desventurado murió al cabo de dos horas en horribles convulsiones; pero esto es friolera para lo que falta. Desesperada mi madre, puesto que mucho mØnos desconsolada que yo, quiso perder de vista por algun tiempo esta funesta mansion. Teníamos una hacienda muy pingüe en las inmediaciones de Gaeta, y nos embarcáremos para este puerto en una galera del pais, dorada como el altar de San Pedro en Roma. Hete aquí un pirata de SalØ que nos da caza y nos aborda: nuestros soldados se defendiéron como buenos soldados del papa, es decir que tiráron las armas y se hincáron de rodillas, pidiendo al pirata la absolución _in articulo mortis_.

En breve los desnudáron de pis Æ cabeza, y lo mismo hiciéron con mi madre, con nuestras doncellas, y conmigo. Cosa portentosa es de ver con quØ presteza desnudan estos caballeros Æ la gente; pero lo que mas extraæØ, fuØ que Æ todos nos metiéron el dedo en un sitio donde nosotras las mugeres no estamos acostumbradas Æ meter mas que caæutos de xeringa. Parecióme muy rara esta ceremonia; que así falla de todo el que no ha salido de su pais: mas luego supe que era por ver si en aquel sitio habíamos escondido algunos diamantes, y que es estilo establecido de tiempo inmemorial en las naciones civilizadas que andan barriendo los mares, y que los seæores religiosos caballeros de Malta nunca le omiten quando apresan Æ Turcos óTurcas, porque es ley del derecho de gentes, que nunca ha sido quebrantada.

No dirØ si fuØ cosa dura para una princesa joven que la llevaran cautiva Æ Marruecos con su madre; bien se pueden vms. figurar quanto padeceríamos en el navío pirata. Mi madre todavía era muy hermosa; nuestras camareras, y hasta nuestras meras criadas eran mas lindas que quantas mugeres pueden hallarse en el Africa toda; y yo era un embeleso, el epílogo de la beldad y la gracia, y era doncella; pero no lo fui mucho tiempo, que el arraez del barco me robóla flor que estaba destinada para el precioso príncipe de Masa-Carrara. Este arraez era un negro abominable, que creía que me honraba con sus caricias. Sin duda la princesa de Palestrina y yo debíamos de ser muy robustas, quando resistimos Æ todo quanto pasáremos hasta llegar Æ Marruecos. Pero vernos adelante, que son cosas tan comunes que no merecen mentarse siquiera.

Quando llegáremos, corrian rios de sangre por Marruecos; cada uno de los

cincuenta hijos del emperador Muley-Ismael tenia su partido aparte, lo qual componia cinquenta guerras civiles distintas de negros contra negros, de negros contra moros, de moros contra moros, de mulatos contra mulatos; y todo el Æmbito del imperio era una continua carnicería.

ApØnas hubimos desembarcado, acudiØron unos negros de una faccion enemiga de la de mi pirata para quitarle el botin. Despues del oro y los diamantes, la cosa de mas precio que habia Øramos nosotras; y presenciØ un combate qual nunca se ve igual en nuestros climas europeos, porque no tienen los pueblos septentrionales tan ardiente la sangre, ni es en ellos la pasion Æ las mugeres lo que es entre los Africanos. Parece que los Europeos tienen leche en las venas, miØntras que por las de los moradores del monte Atlante y paises inmediatos corre fuego y póvora. PeleÆron con la furia de los leones, los tigres, y las sierpes de la comarca, para saber quien habia de ser dueæo nuestro. Agarróun moro de mi madre por el brazo derecho, el teniente del barco la tiróhÆcia el por el izquierdo; un soldado moro la cogióde una pierna, y uno de los piratas asióde la otra; y casi todas nuestras doncellas se encontrÆron en un momento tiradas de quatro soldados. Mi capitan se habia puesto delante de mí, y blandiendo la cimitarra daba la muerte Æ quantos Æ su furor se oponian. Finalmente vi Æ todas nuestras Italianas y Æ mi madre estropeadas, acribilladas de heridas, y hechas tajadas por los monstruos que batallaban por su posesion; mis compaæeros cautivos, los que los habian cautivado, soldados, marineros, negros, blancos, mestizos, mulatos, y mi capitan en fin, todos fuØron muertos, y yo quedØ moribunda encima de un monton de cadÆveres. Las mismas escenas se repetian, como es sabido, en un espacio de mas de trescientas leguas, sin que nadie faltase Æ las cinco oraciones al dia que manda Mahoma.

ZafØme con mucho trabajo de tanta multitud de sangrientos cadÆveres amontonados, y lleguØ arrastrando al piØ de un naranjo grande que habia Æ orillas de un arroyo inmediato: allí me caí rendida del susto, del cansancio, del horror, de la desesperacion, y del hambre. En breve mis sentidos postrados se entregÆron Æ un sueæo que mas que sosiego era letargo. En este estado de insensibilidad y flaqueza estaba entre la vida y la muerte, quando me sentí comprimida por una cosa que bullia sobre mi cuerpo; y abriendo los ojos, vi Æ un hombre blanco y de buena traza, que suspirando decia entre dientes: _O che sciagura d'essere senza cogl...._

CAPITULO XII.

Donde prosigue la historia de la vieja.

Atónita quanto alborozada de oír el idioma de mi patria, extraæando empero las palabras que decia aquel hombre, le respondí que mayores

desgracias habia que el desman de que se lamentaba, inform ndole en pocas razones de los horrores que habia sufrido; despues de esto me volví   desmayar. Llev me   una casa inmediata, hizo que me metieran en la cama, y me dieran de comer, me sirvió me consol  me halag  me dixo que no habia visto en su vida criatura mas hermosa, ni habia nunca sentido mas que le faltara lo que nadie podia suplir. Nací en N poles, me dixo, donde capan todos los a os dos  tres mil chiquillos: unos se mueren, otros sacan mejor voz que las mugeres, y otros van   gobernar estados. Me hicieron la operacion susodicha con suma felicidad, y he sido m sico de la capilla de la se ora princesa de Palestrina.  De mi madre! exclam .  De su madre de vm.! exclam l llorando.  Con que es vm. aquella princesita que cri  yo hasta que tuvo seis a os, y daba nuestras de ser tan hermosa como es vm.--Esa misma soy, y mi madre est  quatrocientos pasos de aqu , hecha tajadas, baxo un mont n de cad veres..... Cont le ent nces quanto me habia sucedido, y el tambi n me dio cuenta de sus aventuras, y me dixo que era ministro plenipotenciario de una potencia cristiana cerca del rey de Marruecos, para firmar un tratado con este monarca, en virtud del qual se le subministraban nav os, ca ones y p vora, para ayudarle   exterminar el comercio de los demas cristianos. Ya est  desempe ada mi comision, a adi el honrado eunuco, y me voy   embarcar   Ceuta, de donde la llevar    vm.   Italia. _Ma che sciagura, d'essere senza cogli...._

D le las gracias vertiendo tiernas l grimas; y en vez de llevarme   Italia, me condujo   Argel, y me vendi al Dey. Apenas me habia vendido, se manifest n la ciudad con toda su furia aquella peste que ha dado la vuelta por Africa, Europa y Asia. Se orita, vm. ha visto temblores de tierra, pero  ha padecido la peste? Nunca, respondi la baronesa.

Si la hubiera padecido, confesaria vm. que no tienen comparacion los terremotos con ella, puesto que es muy freq ente en Africa, y que yo la he pasado. F guese vm. qu  situacion para la hija de un papa, de quinze a os de edad, que en el espacio de tres meses habia sufrido pobreza y esclavitud, habia sido violada casi todos los d as, habia visto hacer quatro pedazos   su madre, habia padecido las plagas de la guerra y la hambre, y se moria de la peste en Argel. Verdad es que no me mor ; pero pereci mi eunuco, el Dey, y el serrallo casi todo.

Quando calm un poco la desolacion de esta espantosa peste, vendi ron   los esclavos del Dey. Compr me un mercader que me llev   Tunez, donde me vendi   otro mercader, el qual me revendi on Tripoli; de Tripoli me revendi ron en Alexandr a; de Alexandr a en Esmyrna, y de Esmyrna en Constantinopla: al cabo vine   parar   manos de un ag  de genizaros, que en breve tuvo  den de ir   defender   Azof contra los Rusos que la tenian sitiada.

El ag , hombre de mucho m rito, se llev consigo todo su serrallo, y nos aloj on un fortin sobre la laguna Me ides,   la guarda de dos eunucos negros y veinte soldados. Fu ron muertos millares de Rusos, pero no nos qued eron   deber nada: Azof fu  entrada   sangre y fuego, y no se perdon dad ni sex  solo qued nuestro fortin, que los

enemigos quisieron tomar por hambre. Los veinte genzaros juraron no rendirse; los apuros del hambre y que se vieron reducidos, los forzaron a comerse a los dos eunucos, por no faltar al juramento; y al cabo de pocos dias se resolvieron a comerse las mugeres.

Teníamos un iman, varon muy pío y caritativo, que les predicó un sermón eloquente, exhortándolos a que no nos mataran del todo. Cortad, dixo, una nalga a cada una de estas seæoras, con la qual os regalaréis a vuestro sabor; si es menester, les cortaréis la otra dentro de algunos dias: el cielo remunerará obra tan caritativa, y recibiréis socorro. Como era tan eloquente, los persuadió y nos hicieron tan horrorosa operacion. Poesonos el iman el mismo unguento que se pone a las criaturas recién circuncidadas, y todas estabamos a punto de muerte.

Apenas habian comido los genzaros la carne que nos habian quitado, desembarcaron los Rusos en unos barcos chatos, y no se escapó con vida ni siquiera un genzaro: los Rusos no pararon la consideracion en el estado en que nos hallabamos. En todas partes se encuentran cirujanos franceses; uno que era muy habil nos tomó a su cargo, y nos curó y toda mi vida me acordaré de que, así que se cerraron mis llagas, me requiéste amoros. Nos exhortó luego a tener paciencia, afirmándonos que lo mismo habia sucedido en otros muchos sitios, y que esa era la ley de la guerra.

Luego que pudieron andar mis compañeras, las condujeron a Moscou, y yo cupe en suerte a un boyardo que me hizo su hortelana, y me daba veinte zurriagazos cada dia. A cabo de dos años fué desquartizado este seæor, por no se quó tracamundana de palacio; y aprovechéndome de la ocasion, me escapé, atravesé la Rusia entera, y serví mucho tiempo en los mesones, primero de Riga, y luego de Rostoc, de Vismar, de Lipsia, de Casel, de Utrac, de Leyden, de la Haya, y de Roterdan. Así he envejecido en el oprobio y la miseria, con no mas que la mitad del trasero, siempre acordéndome de que era hija de un papa. Cien veces he querido darme la muerte, mas me sentia con apego a la vida. Acaso esta ridícula flaqueza es una de nuestras propensiones mas funestas; porque ¿donde hay mayor necedad que empeñarse en llevar continuamente encima una carga que siempre anhela uno por tirar al suelo; horrorizarse de su existencia, y querer existir; halagar en fin la víbora que nos está royendo, hasta que nos haya comido las entrañas y el corazon?

En los paises adonde me ha llevado mi suerte, y en los mesones donde he servido, he visto infinita cantidad de personas que maldecian su existencia; pero no han pasado de doce las que he visto que daban voluntariamente fin a sus cuitas: tres negros, quatro Ingleses, quatro Ginebrinos, y un catedrático aleman llamado Robel. Al fin me tomó por su criada el Judío Don Isacar, y me llevó hermosa seæorita, a casa de vm., donde no he pensado mas que en la felicidad de vm., interesándome mas en sus aventuras que en las mias propias; y nunca hubiera mentado siquiera mis cuitas, si no me hubiera vm. picado un poco, y si no fuese estilo de los que van embarcados contar cuentos para matar el tiempo. Seæorita, yo tengo experiencia, y se lo que es el mundo: vaya vm. preguntando a cada pasajero uno por uno la historia

de su vida, y mande que me arrojen de cabeza en el mar, si encuentra uno solo que no haya maldecido cien veces la existencia, y que no se haya creído el mas desventurado de los mortales.

CAPITULO XIII.

De como Candido tuvo que separarse por fuerza de la hermosa Cunegunda y la vieja.

Oída la historia de la vieja, la hermosa Cunegunda la trató con toda la urbanidad y decoro que se merecía una persona de tan alta gerarquía y tanto mérito, y admitió su propuesta. Rogó a todos los pasajeros que le contaran sus aventuras uno después de otro, y Candido y ella confesaron que tenía la vieja razón. ¡Qué lástima es, decía Candido, que hayan ahorcado, contra lo que es práctica, al sabio Pangloss en un auto de fe! Cosas maravillosas nos diría acerca del mal físico, y del mal moral, que cubren mares y tierras, y yo tuviera valor para hacerle con mucho respeto algunos reparillos.

Mientras contaba cada uno su historia, iba andando el navío, y al fin aportó a Buenos-Ayres. Cunegunda, el capitán Candido y la vieja se fueron a presentar al gobernador Don Fernando de Ibarra, Figueroa, Mascareñas, Lampurdan y Souza, el qual señor tenía una arrogancia que no desdecía de un sugeto posesor de tantos apellidos. Trataba a los hombres con la mas noble altivez, alzando el pescuezo, hablando en tan descompasadas y recias voces, y en tono tan altivo, y afectando ademanes tan arrogantes, que a quantos le saludaban les venían tentaciones de hartarle de bofetadas. Era con esto enamorado hasta no más, y Cunegunda le pareció la mas hermosa criatura de quantas había visto. Lo primero que hizo fue preguntar si era muger del capitán. Sobresaltóse Candido del tonillo con que acompañó esta pregunta, y no se atrevió a decir que fuese su muger, porque verdaderamente no lo era; ni menos que fuese su hermana, porque no lo era tampoco; puesto que esta mentira oficiosa era muy frecuentemente usada de los antiguos: pero el alma de Candido era tan pura que no pudo desmentir la verdad. Esta señorita, díxole, me debe favorecer con su mano, y suplicamos a Vueselencia que se digne ser padrino de los novios. Oyendo esto Don Fernando de Ibarra, Figueroa, Mascareñas, Lampurdan y Souza, se alzó con la izquierda mano los bigotes, se rió con ademan burlesco, y mandó al capitán Candido que fuera a pasar revista a su compañía. Obedecióeste, y se quedó el gobernador a solas con la baronesita; le manifestó su amor, previniéndole que el día siguiente sería su esposo por delante ó por detras de la iglesia, como más a Cunegunda le potase. Pidióle esta un quarto de hora para pensarlo bien, consultarlo con la vieja, y resolverse.

Entraron Cunegunda y la vieja en buceo, y esta díxole: Señorita, vm. tiene setenta y dos cuarteles y ni un ochavo, y está en su mano ser

muger del seæor mas principal de la AmØrica meridional, que tiene unos estupendos bigotes, y así no viene al caso echarla de incontrastable firmeza. Los Bulgaros la violÆron Æ vm.; un inquisidor y un Judío han disfrutado sus favores: las desdichas dan derechos legítimos. Si yo fuera vm., confieso que no tendría reparo ninguno en casarme con el seæor gobernador, y hacer rico al seæor capitan Candido. Así decia la vieja con toda aquella autoridad que su prudencia y sus canas le daban, y miØntras estaba aferrando Æncoras un navichuelo que traía un alcalde y dos alguaciles; y era esta la causa de su arribo.

No se habia equivocado la vieja en sospechar que el ladron del dinero y las joyas de Cunegunda en Badajoz, quando venia huyendo con Candido, era un frayle Francisco de manga ancha. El frayle quiso vender Æ un diamantista algunas de las piedras preciosas hurtadas, y este conoció que eran las mismas que le habia comprado Æ el propio el Inquisidor general. FuØ preso el santo religioso, y confesóde plano Æ quien y como las habia robado, y el camino que llevaban Candido y Cunegunda. Ya se sabia la fuga de Æmbos: fuØron pues en su seguimiento hasta Cadiz, y sin perder tiempo salióun navío en su demanda. Ya estaba la embarcación al ancla en el puerto de Buenos-Ayres, y acudió la voz de que iba Æ desembarcar un alcalde del crimen, que venia en busca de los asesinos del ilustrísimo Seæor Inquisidor general. Al punto dióorden la discreta vieja en lo que habia que hacer. Vm. no se puede escapar, dixo Æ Cunegunda, ni tiene nada que temer, que no fuØ vm. quien matóÆ Su Ilustrísima; y fuera de eso el gobernador enamorado no consentirÆ que la toquen en el pelo de la ropa: con que no hay que menearse. Va luego corriendo Æ Candido, y le dice: EscÆpate, hijo mio, si no quieres que dentro de una hora te quemem vivo. No daba el caso un instante de vagar; pero ¿cómo se habia de apartar de Cunegunda? ¿y donde hallaria asilo?

CAPITULO XIV.

Del recibimiento que Æ Candido y Æ Cacambo hiciØron los jesuitas del Paraguay.

Se había traído consigo Candido de Cadiz uncriado como se encuentran muchos en los puertos de mar de Espaæa, que era un quarteron, hijo de un mestizo de Tucuman, y que habia sido monaguillo, sacristan, marinero, metedor, soldado y lacayo. LlamÆbase Cacambo, y queria mucho Æ su amo, porque su amo era muy bueno. Ensilión un abrir y cerrar de ojos los dos caballos andaluces, y dixo Æ Candido: Vamos, Seæor, sigamos el consejo de la vieja, y echamos Æ correr sin mirar siquiera hacia atrÆs. Candido vertia amargas lÆgrimas diciendo: ¡Oh mi amada Cunegunda! ¿con que es fuerza que te abandone quando iba el seæor gobernador Æ ser padrino de nuestras bodas? ¿QuØ va Æ ser de mi Cunegunda, que de tan lØjos habia traído? SerÆ lo que Dios quisiere, dixo Cacambo: las mugeres para todo encuentran salida; Dios las remedia; vÆmonos. ¿Adonde me llevas? ¿adonde vamos? ¿quØ nos haremos

sin Cunegunda? decía Candido. Voy a Santiago, replicó Cacambo; venía con ánimo de pelear contra los jesuitas, pues vamos a pelear en su favor. Yo sé el camino, y le llevaré a su reino; y tendrá en mucha complacencia en poseer un capitán que hace el ejercicio de la bulgaria; me hará un inmenso caudal: que cuando no tiene uno lo que ha menester en un mundo, lo busca en el otro, y es gran satisfacción ver y hacer cosas nuevas. ¿Con que tu ya has estado en el Paraguay? le dijo Candido. Friolera es si he estado, replicó Cacambo; he sido pinche en el colegio de la Asunción, y conozco el gobierno de los padres lo mismo que las calles de Cadiz. Es un portento el tal gobierno. Ya tiene más de trescientas leguas de diámetro, y se divide en treinta provincias. Los padres son dueños de todo, y los pueblos no tienen nada: es la obra maestra de la razón y la justicia. Yo por mí no veo más divina cosa que los padres, que aquí están haciendo la guerra a los reyes de España y Portugal, y confesándolos en Europa; aquí matan a los españoles, y en Madrid les abren de par en par el cielo: vaya, es cosa que me encanta. Vamos apriesa, que va a ser el más afortunado de los humanos. ¡Qué gusto para los padres, cuando sepan que les llega un capitán que sabe el ejercicio bulgaro!

Así que llegó a la primera barrera, dijo Cacambo a la guardia avanzada que un capitán quería hablar con el señor comandante. Fue a avisar a la gran guardia, y un oficial paraguayo se fue corriendo a echarse a los pies del comandante para darle parte de esta nueva. Desarmaron primero a Candido y a Cacambo, y les cogieron sus caballos andaluces; introdujeronlos luego entre dos filas de soldados, al cabo de las cuales estaba el comandante, con su bonete de Teatino puesto, la espada ceñida, la sotana remangada, y una alabarda en la mano: hizo una señal, y al punto veinte y cuatro soldados rodearon a los reciénvenidos. Díxoles un sargento que esperasen, porque no les podía hablar el comandante, habiendo mandado el padre provincial que ningún español descosiese la boca como no fuese en su presencia, ni se detuviese arriba de tres horas en el país. ¿Y donde está el reverendo padre provincial? dijo Cacambo. En la parada, desde que dijo misa, y no podrá en más de tres horas hasta de aquí a tres horas. Si el señor capitán, que se está muriendo de hambre lo mismo que yo, dijo Cacambo, no es español, que es alemán; con que me parece que podemos almorzar mientras llega Su Reverendísima.

Fuese incontinenti el sargento a dar cuenta al comandante. Bendito sea Dios, dijo este señor: una vez que es alemán, bien podemos hablar; lléveme a mi enramada. Llegaron al punto a Candido a un retrete de verdura, ornado de una muy bonita colunata de merol verde y color de oro, y de enjaulados donde había encerrados papagayos, pájaros-moscas, colibríes, gallinas de Guinea, y otros pájaros raros. Estaba servido en vajilla de oro un excelente almuerzo; y mientras comían granos de maíz los paraguayeses en escudillas de palo, y en campo raso al calor del sol, se metió el padre reverendo en la enramada. Era este un mozo muy galán, lleno de cara, blanco y colorado, las cejas altas y arqueadas, los ojos despiertos, encarnadas las orejas, rojos los labios, el ademán altivo, pero no aquella altivez de un español, ni la de un jesuita. Fueron restituidas a Candido y a Cacambo las armas que

les habian quitado, y con ellas los dos caballos andaluces; y Cacambo les echó un pienso cerca de la enramada, sin perderlos de vista, temiendo que le jugaran alguna treta.

Besó Candido la sotana del comandante, y se sentaron ambos a la mesa. ¿Con que es vm. Aleman? le dixo el jesuita en este idioma. Sí, padre reverendísimo, dixo Candido. Miráronse uno y otro, al pronunciar estas palabras, con un pasmo y una alteracion que no podian contener en el pecho. ¿De què pais de Alemania es vm.? dixo el jesuita. De la sucia provincia de Vesfalia, replicó Candido, natural de la quinta de Tunder-ten-tronck. ¡Dios mio! ¿es posible? exclamó el comandante. ¡Què portentoso! gritaba Candido. ¿Es vm.? decia el comandante. No puede ser, replicaba Candido. Ambos a dos se tiran uno a otro, se abrazan, y derraman un mar de lágrimas. ¿Con que es vm., reverendo padre? ¡vm., hermano de la hermosa Cunegunda; vm., que fuè muerto por los Bulgaros; vm., hijo del señor baron; vm., jesuita en el Paraguay! vaya, que en este mundo se ven cosas extrañas. ¡Ha Pangló, Pangló, què júbilo fuera el tuyo si no te hubieran ahorcado!

Hizo retirar el comandante a los esclavos negros y a los Paraguayeses, que le escanciaban vinos preciosos en vasos de cristal de roca, y dió mil veces gracias a Dios y a San Ignacio, estrechando en sus brazos a Candido, mientras que por los rostros de ambos corrían copiosos llantos. Mas se enterneció vm., se pasmaró, y perderó el juicio, continuó Candido, quando sepa que la baronesita su hermana, a quien cree que le han pasado el vientre, está buena y sana.--¿Adonde?--Aquí cerca, en casa del señor gobernador de Buenos-Ayres, y yo he venido con ella a la guerra. Cada palabra que en esta larga conversación decían era un prodigio nuevo: toda su alma la tenían pendiente de la lengua, atenta en los oídos, y brillándoles en los ojos. A fuer de Alemanes, estuvieron largo espacio sentados a la mesa, mientras venía el reverendo padre provincial; y el comandante habló así a su amado Candido.

CAPITULO XV.

Que cuenta la muerte que dió Candido al hermano de su querida Cunegunda.

Toda mi vida tendré presente aquel horrorosa día que vi dar muerte a mi padre y a mi madre, y violar a mi hermana. Quando se retiraron los Bulgaros, nadie pudo dar lengua de esta adorable hermana, y echaron en una carreta a mi madre, a mi padre, y a mí, a dos criadas, y tres muchachos degollados, para enterrarnos en una iglesia de jesuitas, que dista dos leguas de la quinta de mi padre. Un jesuita nos roció con agua bendita, que estaba muy salada; me entraron unas gotas en los ojos, y advirtió el padre que hacían mis pestañas un movimiento de contracción; puso la mano en el corazón, y le sintió latir: me socorrieron, y al cabo de tres semanas me hallé sano. Ya sabe vm.,

querido Candido, que era muy bonitillo; crecí mi hermosura con la edad, de suerte que el reverendo padre Croust, rector de la casa, me tomó mucho cariño, y me dió el hábito de novicio: poco después me enviaron a Roma. El padre general necesitaba una leva de jesuitas alemanes mozos. Los soberanos del Paraguay admiten lo menos jesuitas españoles que pueden, y prefieren a los extranjeros, de quien se tienen por más seguros. El reverendo padre general me creyó bueno para el cultivo de esta vida, y vinimos juntos un Polaco, un Tirolés, y yo. Así que llegué, me ordenaron de subdiácono, y me diéron una tenencia: y ya soy coronel y sacerdote. Las tropas del rey de España serán recibidas con brío, y yo salgo fiador de que se han de volver excomulgadas y vencidas. La Providencia le ha traído a usted aquí para favorecernos. Pero ¿es cierto que está mi querida Cunegunda aquí cerca en casa del gobernador de Buenos-Ayres? Candido le confirmó con juramento la verdad de quanto le había referido, y corriéron de nuevo los llantos de entrambos.

No se hartaba el barón de dar abrazos a Candido, apellidándole su hermano y su libertador. Acaso podríamos, querido Candido, le dixo, entrar vencedores los dos juntos en Buenos-Ayres, y recuperar a mi hermana Cunegunda. No deseo yo otra cosa, respondió Candido, porque me iba a casar con ella, y todavía espero ser su esposo. ¡Tú, insolente! replicó el barón: ¿tener descaro para casarte con mi hermana, que tiene setenta y dos cuarteles! ¿y tienes avilantez para hablarme de tan temerario pensamiento! Confuso Candido al oír estas razones, le respondió Reverendo padre, no importan un bledo todos los cuarteles de este mundo; yo he sacado a la hermana de vuestra reverencia de poder de un Judío y un inquisidor; ella me está agradecida, y quiere ser mi mujer: maese Panglós me ha dicho que todos somos iguales, y Cunegunda ha de ser mía. Eso lo veremos, picaruelo, dixo el jesuita barón de Tunder-ten-tronck, alargándole con la hoja de la espada un cintarazo en los hocicos. Candido desenvainó la suya, y se la metió en la barriga hasta la cazoleta al barón jesuita; pero, al sacarla humeando en sangre, echó a llorar. ¡Ay, Dios mío, dixo, que he quitado la vida a mi amo antiguo, a mi amigo y mi cuñado! El mejor hombre del mundo soy, y ya llevo muertos tres hombres, y de estos tres los dos son clérigos.

Acudió a la bulla Cacambo que estaba de centinela a la puerta de la enramada. No nos queda más que vender caras nuestras vidas, le dixo su amo; sin duda van a entrar en la enramada: muramos con las armas en la mano. Cacambo que no se atosigaba por nada, sin inmutarse cogió la sotana del barón, se la echó a Candido encima, le puso el bonete de Teatino del cadáver, y le hizo montar a caballo: todo esto se executó en un momento. Galopemos, Señores: todo el mundo creerá que es usted un jesuita que lleva órdenes, y antes que vengan tras de nosotros, estarémos ya fuera de las fronteras. Todo fué uno el pronunciar estas palabras, y volar gritando: Plaza, plaza al reverendo padre coronel.

Donde se da cuenta de los sucesos de nuestros dos caminantes con dos muchachas, dos ximios, y los salvages llamados Orejones.

Ya habian pasado las barreras Candido y su criado, y todavía ninguno en el campo sabia la muerte del jesuita tudeseo. El vigilante Cacambo no se habia olvidado de hacer buen repuesto de pan, chocolate, jamon, fruta, y botas de buen vino, y así se metiØron con sus caballos andaluces en un pais desconocido, donde no descubriØron sendero ninguno trillado: al cabo se ofrecióÆ su vista una hermosa pradera regada de mil arroyuelos, y nuestros dos caminantes dexÆron pacer sus caballerías, Cacambo propuso Æ su amo que comiese, dÆndole con el consejo el exemplo. ¿Cómo quieres, le dixo Candido, que coma jamon, despuØs de haber muerto al hijo del seæor baron, y viØndome condenado Æ no volver Æ mirar Æ la bella Cunegunda? ¿QuØ me valdrÆ el alargar mis desventurados aæos, debiendo pasailos lØjos de ella en los remordimientos y la desesperacion? ¿QuØ dirÆ el diarista de Trevoux?

Dicho esto, no dexóde comer. El sol iba Æ ponerse, quando Æ deshora oyen los dos asendereados caminantes unos blandos quejidos como de mugeres; pero no sabian si eran de gusto óde sentimiento: levantÆronse empero Æ toda priesa con el susto y la inquietud que qualquiera cosa infunde en un pais no conocido. Daban estos gritos dos mozas en cueros, que corrian con mucha ligereza por la pradera, y en su seguimiento iban dos ximios dÆndoles bocados en las nalgas. Movióse Candido Æ compasion; habia aprendido Æ tirar con los Bøelgaros, y era tan diestro que derribaba una avellana del Ærbol sin tocar Æ las hojas; cogiópues su escopeta madrileæa de dos caæones, tiró y matóÆmbos ximios. Bendito sea Dios, querido Cacambo, dixo, que de tamaæo peligro he librado esas dos pobres criaturas: si cometí un pecado en matar Æ un inquisidor y Æ un jesuita, ya he satisfecho Æ Dios, librando de la muerte Æ dos muchachas, que acaso son seæoritas de circunstancias; y esta aventura no puede mØnos de grangearnos mucho provecho en el pais. Iba Æ decir mas, pero se le helóla sangre y el habla quando vióque las dos muchachas se abrazaban amorosamente de los monos, inundaban en llanto los cadÆveres, y henchian el viento de los mas dolientes gritos. No esperaba yo tanta bondad, dixo Æ Cacambo; el qual le replicó Buena la hemos hecho, Seæor. Los que vm. ha muerto eran los amantes de estas dos niæas. ¡Amantes! ¿cómo es posible? Cacambo, tu te estÆs burlando: ¿cómo quieres que tal crea? Seæor amado, replicóCacambo, vm. de todo se pasma. ¿PorquØ extraæa tanto que en algunos países sean los ximios favorecidos de las damas, si son quarterones de hombre, lo mismo que yo quarteron de Espaæol? Ha, repuso Candido, bien me acuerdo de haber oido decir Æ maese Panglós que antiguamente sucedian esos casos, y que de estas mezelas procediØron los egyptancs, los faunos, los sÆtiros, que viØron muchos principales personajes de la antigüedad; pero yo todo lo tenia por fabuloso. Ya puede vm. convencerse ahora, dixo Cacambo, de que son verdades, y ya ve los estilos de la gente que no ha tenido cierta educacion: lo que me temo, es que estas damas nos metan en algun atolladero.

Persuadido Candido por tan sidas reflexiones, se desvide la pradera, y se metien una selva, donde cencon Cacambo; y despues que hubiron aÆmbos echado sendas maldiciones al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos-Ayres, y al baron, se quedÆron dormidos sobre la yerba. Al despertar sintiron que no se podian menear; y era la causa que por la noche los Orejones, moradores del pais, aÆ quien habian dado el soplo las dos damas, los habian atado con cuerdas hechas de cortezas de aÆrboles. CercÆbanlos unos cincuenta Orejones desnudos, y armados con flechas, mazas y hachas de pedernal: unos hacian hervir un grandísimo caldero, otros aguzaban asadores, y todos clamaban: Un jesuita, un jesuita; ahora nos vengarmos, y nos regalarmos; aÆ comer jesuita, aÆ comer jesuita.

Bien le habia yo dicho aÆ vm., seæor, dixo en triste voz Cacambo, que las muchachas aquellas nos jugarian una mala pasada. Candido mirando los asadores y el caldero, dixo: Sin, duda que van aÆ cocernos  asarnos. Ha, ¿qu diria el doctor Pangló si viera lo que es la pura naturaleza? Todo estÆ bien, norabuena; pero confesemos que es triste cosa haber perdido aÆ mi Cunegunda, y ser espetado en un asador por unos Orejones. Cacambo, que nunca se alteraba por nada, dixo al desconsolado Candido: No se aflija vm., que yo entiendo algo el guirigay de estos pueblos, y les voy aÆ hablar. No dexes de representarles, dixo Candido, que es una inhumanidad horrible el cocer la gente en agua hirviendo, y accion de mal cristiano.

Seæores, dixo alzando la voz Cacambo, vms. piensan que se van aÆ comer aÆ un jesuita; y fuera muy bien hecho, que no hay cosa mas conforme aÆ justicia que tratar así aÆ sus enemigos. Efectivamente el derecho natural enseæa aÆ matar al próximo, y así es estilo en todo el mundo: y si no exercitamos nosotros el derecho de comrnoslos, consiste en que tenemos otros manjares con que regalarnos; pero vosotros no estais en el mismo caso, y cierto vale mas comerse aÆ sus enemigos, que abandonar aÆ los cuervos y las cornejas el fruto de la victoria. Mas vms., seæores, no se querrÆn comer aÆ sus amigos; y creen que van aÆ espetar aÆ un jpsuita en el asador, mintras que el asado es vuestro defensor, y enemigo de vuestros enemigos. Yo soy nacido en vuestro mismo pais; este seæor que estais viendo es mi amo, y ljos de ser jesuita, acaba de matar aÆ un jesuita, y se ha traído los despojos: este es el motivo de vuestro error. Para verificar lo que os digo, coged su sotana, llevadla aÆ la primera barrera del reyno de los padres,  informaos si es cierto que mi amo ha muerto aÆ un jesuita. Poco tiempo serÆ necesario, y luego nos podeis comer, si averiguais que es mentira; pero si os he dicho la verdad, harto bien sabeis los principios de derecho público, la moral y las leyes, para que nos hagais mal.

Parecijusta la proposicion aÆ los Orejones, y comisionÆron aÆ dos prohombres para que con la mayor presteza se informaran de la verdad: los diputados desempeæÆron su comision con mucha sagacidad, y volvieron con buenas noticias. DesatÆron pues los Orejones aÆ los dos presos, les hiciron mil agasajos, les diron víveres, y los conduxiron hasta los confines de su estado, gritando muy alegres: No es jesuita, no es jesuita.

No se hartaba Candido de pasmarse del motivo porque le habían puesto en libertad. ¡QuØ pueblo, decia, quØ gente, quØ costumbres! Si no hubiera tenido la fortuna de atravesar de una estocada de parte Æ parte al hermano de mi baronesita, me comian sin mas remision. Verdad es que la naturaleza pura es buena, quando en vez de comerme me lian agasajado tanto estas gentes, así que han sabido que no era jesuita.

CAPITULO XVII.

CuØntase el arribo de Candido con su criado al pais del Dorada, y lo que alli viØron.

Quando estuviØron en la raya de los Orejones, Ya ve vm., dixo Cacambo Æ Candido, que este hemisferio vale tan poco como el otro; crØame, y vØvamos Æ Europa por el camino mas corto. ¿Cómo me he de volver, respondióCandido, ni adonde he de ir? Si me vuelvo Æ mi pais, los Abaros y los Bulgaros lo talan todo Æ sangre y fuego; si Æ Portugal, me queman; si nos quedamos en este pais, corremos peligro de que nos asen vivos. Mas ¿cómo nos hemos de resolver Æ dexar la parte del mundo donde reside mi baronesita?

EncaminØmonos Æ Cayena, dixo Cacambo; alli hallarØmos Franceses, que andan por todo el mundo, y que nos podrÆn valer: y acaso tendrÆ Dios misericordia de nosotros.

No era cosa fÆcil ir Æ Cayena: bien sabian, Æ poco mas ómØnos, hÆcia que parte se habian de dirigir; pero las montaaas, los rios, los despeaaderos, los salteadores, y los salvages cran en todas partes estorbos insuperables. Los caballos se muriØron de cansancio; se les acabÆron las provisiones; y se mantuviØron por espacio de un mes con frutas silvestres. Al cabo se hallÆron Æ orillas de un riachuelo poblado de cocos, que les conservÆron la vida y la esperanza. Cacambo, que era de tan buen consejo como la vieja, dixo Æ Candido: Ya no podemos ir mas tiempo Æ piØ, sobrado hemos andado; una canoa vacía estoy viendo Æ la orilla del río, llenØmosla de cocos, metÆmonos dentro, y dexØmonos llevar de la corriente: un río va siempre Æ parar Æ algun sitio habitado; y si no vemos cosas gratas, Æ lo mØnos verØmos cosas nuevas. Vamos allÆ, dixo Candido, y encomendØmonos Æ la Providencia.

NavegÆron por espacio de algunas leguas entre riberas, unas veces amenas, otras Æridas, aquí llanas, y allÆ escarpadas. El río se iba continuamente ensanchando, y al cabo se encaæaba baso una bóveda de espantables breæas que escalaban el cielo. TuviØron Æmbos caminantes la osadía de dexarse arrastrar de las olas debaxo de esta bóveda; y el río, que en este sitio se estrechaba, se los llevócon horroroso estrØpito y no vista velocidad. Al cabo de veinte y quatro horas viØron otra vez la luz; pero la canoa se hizo aæicos en los baxíos, y tuviØron que andar Æ gatas de uno en otro peæasco una legua entera:

finalmente avistaron un inmenso horizonte cercado de inaccesibles montañas. Todo el país estaba cultivado no sólo para recrear el gusto que para satisfacer las necesidades; en todas partes lo útil se mezclaba con lo agradable; víanse los caminos reales cubiertos, o por mejor decir ornados de carruajes de forma elegante y luciente materia, y dentro mugeres y hombres de peregrina hermosura: tiraban con raudo paso de estos carruajes unos avultados carneros encarnados, muy más ligeros que los mejores caballos de Andalucía, Tetuan y Mequinez.

Mejor tierra es esta, dijo Candido, que la Vesfalia; y se apeó con Cacambo en el primer lugar que topó. Algunos muchachos de la aldea, vestidos de tisú de oro hecho pedazos, estaban jugando al tejo. A la entrada del lugar; nuestros dos hombres del otro mundo se divertían en mirarlos. Eran los tejos unas piezas redondas muy anchas, amarillas, encarnadas y verdes, que despedían mucho brillo: cogieron algunas, y eran oro, esmeraldas y rubíes, de tanto valor que el de sólo su precio hubiera sido la más rica joya del trono del Gran Mogol. Estos muchachos, dijo Cacambo, son sin duda los infantes que están jugando al tejo. En esto se asomó el maestro de primeras letras del lugar, y dijo a los muchachos que ya era hora de entrar en la escuela. Ese es, dijo Candido, el preceptor de la familia real.

Los chicos del lugar abandonaron al punto el juego, y tiraron los tejos, y quanto para divertirse les había servido. Cogidos Candido, y acercándose a todo correr al preceptor, se los presentaron con mucha humildad, diciéndole por señas que sus Altezas Reales se habían dexado olvidado aquel oro y aquellas piedras preciosas. Echóse a reír el maestro de leer, y las tiró al suelo; miró luego atentamente a Candido a la cara, y siguió su camino.

Los caminantes se dieron prisa a coger el oro, los rubíes y las esmeraldas. ¿Donde estamos? decía Candido: menester es que estén bien educados los infantes de este país, pues así los enseñan a no hacer caso del oro ni las piedras preciosas. No estaba Cacambo sólo atónito que Candido. Al fin se llegaron a la primera casa del lugar, que tenía trazas de un palacio de Europa; a la puerta había agolpada una muchedumbre de gente, y más todavía dentro: oíase resonar una música melodiosa, y se respiraba un delicioso olor de exquisitos manjares. Arrimóse Cacambo a la puerta, y oyó hablar peruano, que era su lengua materna; pues ya sabe todo el mundo que Cacambo era hijo de Tucuman, de un pueblo donde no se conocía otro idioma. Yo le serviré, vm. de intérprete, dijo a Candido; entremos, que este es un meson.

Al punto dos mozos y dos criadas del meson, vestidos de tela de oro, y los cabellos prendidos con lazos de lo mismo, los convidaron a que se sentaran a mesa redonda. Sirvieron en ella cuatro sopas con dos papagayos cada una, un buytre cocido que pesaba doscientas libras, dos monos asados de un sabor muy delicado, trescientos colibríes en un plato, y seiscientos pájaros-moscas en otro, exquisitas frutas, y pastelería deliciosa, todo en platos de cristal de roca; y los mozos y sirvientas del meson escanciaban varios licores sacados de la caña de azúcar.

La mayor parte de los comensales eran mercaderes y carruajeros, todos de una urbanidad imponderable, que con la mas prudente circunspeccion hicieron a Cacambo algunas preguntas, y respondieron a las de este, dexándole muy satisfecho de sus respuestas. Quando se acabó la comida, Cacambo y Candido creyeron que pagaban muy bien el gasto, tirando en la mesa dos de aquellas grandes piezas de oro que habian cogido; pero soltarón la carcajada el huésped y la huésped, y no pudieron durante largo rato contener la risa: al fin se serenaron, y el huésped les dixo: Bien vemos, señores, que son vms. extrangeros; y como no estamos acostumbrados a ver ninguno, vms. perdonen si nos hemos echado a reir quando nos han querido pagar con las piedras de nuestros caminos reales. Sin duda vms. no tienen moneda del pais, pero tampoco se necesita para comer aquí, porque todas las posadas establecidas para comodidad del comercio las paga el gobierno. Aquí han, comido vms. mal, porque estan en una pobre aldea; pero en las demas partes los recibirán como se merecen. Explicaba Cacambo a Candido todo quanto decia el huésped, y lo escuchaba Candido con tanto pasmo y maravilla como tenia en decirselo su amigo Cacambo. ¿Pues qué pais es este, decían ambos, ignorado de todo lo demas de la tierra, y donde la naturaleza entera tanto de la nuestra se diferencia? Es regular que este sea el pais donde todo está bien, añadía Candido, que alguno ha de haber de esta especie; y diga lo que quiera me enseñe Pangloss, muchas veces he advertido que todo iba mal en Vesfalia.

CAPITULO XVIII.

—Donde se da cuenta de lo que en el pais del Dorado vieron.—

Cacambo dió parte de su curiosidad a su huésped, y este le dixo: Yo soy un ignorante, y no me arrepiento de serlo; pero en el pueblo tenemos a un anciano retirado de la corte, que es el sugeto mas docto del reyno, y que mas gusta de comunicar con los otros lo que sabe. Dicho esto, llevó a Cacambo a casa del anciano. Candido representaba la segunda persona, y acompañaba a su criado. Entraron ambos en una casa sin pompa, porque las puertas no eran mas que de plata, y los techos de los aposentos de oro, pero con tan fino gusto labrados, que con los mas ricos techos podian entrar en cetejo; la antesala solamente en rubíes y esmeraldas estaba embutida, pero el orden con que estaba todo colocado resarcia esta excesiva simplicidad.

Recibió el anciano a los dos extrangeros en un sofá de plumas de colibrí, y les ofreció varios licores en vasos de diamante, y luego satisfizo su curiosidad en estos términos. Yo tengo ciento setenta y dos años, y mi difunto padre, caballero del rey, me contó las asombrosas revoluciones del Perú, que habia presenciado. El reyno donde estamos es la antigua patria de los Incas, que cometieron el disparate de abandonarla por ir a sojuzgar parte del mundo, y que al fin destruyeron los Españoles.

Mas prudentes fuØron los príncipes de su familia que permaneciØron en su patria, y por consentimiento de la nacion dispusiØron que no saliera nunca ningun habitante de nuestro pequeæo reyno: lo qual ha mantenido intacta nuestra inocencia y felicidad. Los Espaæoles han tenido una confusa idea de este pais, que han llamado _El Dorado_; y un InglØs, nombrado el caballero Raleigh, llegóaquí cerca unos cien aæos hace; mas como estamos rodeados de intransitables breæas y simas espantosas, siempre hemos vivido exentos de la rapacidad europea, que con la insaciable sed que los atormenta de las piedras y el lodo de nuestra tierra, hubieran acabado con todos nosotros sin dexar uno vivo.

FuØ larga la conversacion, y se tratóen ella de la forma de gobierno, de las costumbres, de las mugeres, de los teatros y de las artes; finalmente Candido, que era muy adicto Æ la metafísica, preguntó por medio de Cacambo, si tenian religion los moradores. Sonrojóse un poco el anciano, y respondió ¿Pues cómo lo dudais? ¿creeis que tan ingratos somos? PreguntóCacambo con mucha humildad quØ religion era la del Dorado. Otra vez se abochornóel viejo, y le replicó ¿Acaso puede haber dos religiones? Nuestra religion es la de todo el mundo: adoramos Æ Dios noche y dia. ¿Y no adorais mas que un solo Dios? repuso Cacambo, sirviendo de intØrprete Æ las dudas de Candido. Como si hubiera dos, ótres, óuatro, dixo el anciano: vaya, que las personas de vuestro mundo hacen preguntas muy raras. No se hartaba Candido de preguntar al buen viejo, y queria saber quØ era lo que pedian Æ Dios en el Dorado. No le pedimos nada, dixo el respetable y buen sabio, y nada tenemos que pedirle, pues nos ha dado todo quanto necesitamos; pero le tributamos sin cesar acciones de gracias. A Candido le vino la curiosidad de ver los sacerdotes, y preguntódonde estaban; y el venerable anciano le dixo sonriØndose: Amigo mio, aquí todos somos sacerdotes; el rey y todas las cabezas de familia cantan todas las maæanas solemnes cÆnticos de acciones de gracias, que acompaæan cinco óseis mil mœsicos.--¿Con que no teneis frayles que enseæen, que arguyan, que gobiernen, que enreden, y que quemem Æ los que no son de su parecer?--Menester seria que estuviØramos locos, respondióel anciano; aquí todos somos de un mismo parecer, y no entendemos que significan esos vuestros frayles. Estaba Candido como extÆtico oyendo estas razones, y decia para sí: Muy distinto pais es este de la Vesfalia, y de la quinta del seæor baron; si hubiera visto nuestro amigo Pangló el Dorado, no diria que la quinta de Tunder-ten-tronck era lo mejor que habia en la tierra. Cierto que es bueno viajar.

Acabada esta larga conversacion, hizo el buen viejo poner un coche tirado de seis carneros, y dióÆ los dos caminantes doce de sus criados para que los llevaran Æ la Corte. Perdonad, les dixo, si me priva mi edad de la honra de acompaæaros; pero el rey os agasajarÆ de modo que quedeis gustosos, y sin duda disculparØis los estilos del pais, si alguno de ellos os desagrada.

MontÆron en coche Candido y Cacambo; los seis carneros iban volando, y en mØnos de quatro horas llegÆron al palacio del rey, situado Æ un

extremo de la capital. La puerta principal tenia doscientos y veinte piés de alto, y ciento de ancho, y no es dable decir de qué materia era; mas bien se echa de ver que portentosas ventajas sacaria a los pedruscos y la arena que llamamos nosotros oro y piedras preciosas. Al apearse Candido y Cacambo del coche, fueron recibidos por veinte hermosas doncellas de la guardia real, que los llevaron al baño, y los vistieron de un ropaje de plumion de colibrí; luego los principales oficiales y oficiales de palacio los condujeron al aposento de Su Magestad, entre dos filas de mil músicos cada una, como era estilo. Quando estuvieron cerca de la sala del trono, preguntó Cacambo a uno de los oficiales principales como habian de saludar a Su Magestad; si hincados de rodillas ó postrados al suelo; si habian de poner las manos en la cabeza ó en el trasero; si habian de lamer el polvo de la sala; finalmente quales eran las ceremonias. La práctica, dixo el oficial, es dar un abrazo al rey, y besarle en ambas mejillas. Abalanzáronse pues Candido y Cacambo al cuello de Su Magestad, el qual correspondió con la mayor afabilidad, y los convidó cortesmente a cenar. Entre tanto les enseñáron la ciudad, los edificios públicos que escalaban las nubes, las plazas de mercado ornadas de mil columnas, las fuentes de agua clara, las de agua rosada, las de licores de caña, que sin parar corrian en vastas plazas empedradas con una especie de piedras preciosas que esparcian un olor parecido al del clavo y la canela. Quiso Candido ver la sala del crimen y el tribunal, y le dixeron que no los habia, porque ninguno litigaba: se informó si habia cárcel, y le fué dicho que no; pero lo que mas extrañó y mas satisfaccion le causó fué el palacio de las ciencias, donde ví una galería de dos mil pasos, llena toda de instrumentos de física y matemáticas.

Habiendo andado en toda aquella tarde como la milésima parte de la ciudad, los traxeron de vuelta a palacio. Candido se sentó a la mesa entre Su Magestad, su criado Cacambo, y muchas señoras; y no se puede ponderar lo delicado de los manjares, ni los dichos agudos que de boca del monarca se oían. Cacambo le explicaba a Candido los donayres del rey, y aunque traducidos todavía eran donayres; y de todo quanto pasmó a Candido, no fué esto lo que le dexónos pasmado.

Un mes estuvieron en este hospicio. Candido decia continuamente a Cacambo: Ello es cierto, amigo mio, que la quinta donde yo nací no se puede comparar con el pais donde estamos; pero al cabo mi Cunegunda no habita en él, y sin duda que tampoco a tí te faltará en Europa una que bien quieras. Si nos quedamos aquí, seremos uno de tantos; y si damos vuelta a nuestro mundo no mas que con una docena de carneros cargados de piedras del Dorado, seremos mas ricos que todos los monarcas juntos, no tendremos que tener miedo a inquisidores, y con facilidad podremos cobrar a la baronesita. Este razonamiento petó a Cacambo: tal es la manía de correr mundo, de ser tenido entre los suyos, de hacer alarde de lo que ha visto uno en sus viages, que los dos afortunados se determinaron a dexarlo de ser, y a despedirse de Su Magestad.

Haceis un disparate, les dixo el rey: bien se que mi pais vale poco; mas quando se halla uno medianamente bien en un sitio, se debe estar en él. Yo no tengo por cierto derecho para detener a los extranjeros,

tiranía tan opuesta a nuestra práctica como a nuestras leyes. Todo hombre es libre, y os podeis ir quando quisiereis; pero es muy ardua empresa el salir de este pais: no es posible subir el raudo río por el qual habeis venido por milagro, y que corre baxo bóvedas de peñascos; las montañas que cercan mis dominios tienen quatro mil varas de elevacion, y son derechas como torres; su anchura coge un espacio de diez leguas, y no es posible baxarlas como no sea despeñándose. Pero, pues estais resueltos a ir, voy a dar orden a los intendentes de muletas para que hagan una que os pueda transportar con comodidad; y quando os hayan conducido al otro lado de las montañas, nadie os podrá acompañar; porque tienen hecho voto mis vasallos de no pasar nunca su recinto, y no son tan imprudentes que le hayan de quebrantar: en quanto a lo demás, pedidme lo que mas os acomode. No pedimos que Vuestra Magestad nos dé otra cosa, dixo Cacambo, que algunos carneros cargados de víveres, de piedras y barro del pais. Rióse el rey, y dixo: No se quereis, pasión es la que tienen vuestros Europeos a nuestro barro amarillo; llévaoos todo el que querais, y buen provecho os haga.

Inmediatamente dió orden a sus ingenieros que hicieran una muleta para izar fuera del reyno a estos dos hombres extraordinarios: tres mil buenos físicos trabajaron en ella, y se concluyó al cabo de quinze dias, sin costar arriba de cien millones de duros, moneda del pais. Metieron en la muleta a Candido y a Cacambo: dos carneros grandes encarnados tenían puesta la silla y el freno para que montasen en ellos así que hubiesen pasado los montes, y los seguian otros veinte cargados de víveres, treinta con preseas de las cosas mas curiosas que en el pais habia, y cincuenta con oro, diamantes, y otras piedras preciosas. El rey dió un cariñoso abrazo a los dos vagabundos. Fue cosa de ver su partida, y el ingenioso modo con que los izaron a ellos y a sus carneros a la cumbre de las montañas. Habiéndolos dexado en parage seguro, se despidieron de ellos los físicos; y Candido no tuvo otro hipo ni otra idea que ir a presentar sus carneros a la baronesita. A bien que llevamos, decia, con que pagar al gobernador de Buenos-Ayres, si es dable poner precio a mi Cuncgunda: vamos a la isla de Cayena, embarquémonos, y luego veremos quereis reyno habernos de poner en ajuste.

CAPITULO XIX.

De los sucesos de Surinam, y del conocimiento que hizo Candido de Martin.

La primera jornada de nuestros dos caminantes fue bastante agradable, llevados en alas de la idea de encontrarse poseedores de mayores tesoros que quantos en Asia, Europa y Africa se podian reunir. El enamorado Candido grabó el nombre de Cunegunda en las cortezas de los árboles. A la segunda jornada se atollaron en pantanos dos carneros, y perecieron con la carga que llevaban; otros dos se murieron de cansancio algunos dias despues; luego perecieron de hambre de siete a

ocho en un desierto; de allí Æ algunos días se cayØron otros en unas simas: por fin Æ los cien días de viage no les quedÆron mas que dos carneros. Candido dixo Æ Cacambo: Ya ves, amigo, que deleznales son las riquezas de este mundo; nada hay sólido, como no sea la virtud, y la dicha de volver Æ ver Æ Cunegunda. ConfiØselo así, dixo Cacambo; pero todavía tenemos dos carneros con mas tesoros que quantos podrÆ poseer el rey de Espaæa, y desde aquí columbro una ciudad, que presumo que ha de ser Surinam, colonia holandesa. Al tØrmino de nuestras miserias tocamos, y al principio de nuestra ventura.

En las inmediaciones del pueblo encontrÆron Æ un negro tendido en el suelo, que no tenia mas que la mitad de su vestido, esto es de unos calzoncillos de lienzo crudo azul, y al pobre le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha. ¡Dios miØ le dixo Candido, ¿quØ haces ahí, amigo, en la terrible situacion en que te veo? Estoy aguardando Æ mi amo el seæor de Vanderdendur, negociante afamado, respondiØel negro. ¿Ha sido por ventura el seæor Vanderdendur quien tal te ha parado? dixo Candido. Sí, Seæor, respondiØel negro; así es prÆctica: nos dan un par de calzoncillos de lienzo dos veces al aæo para que nos vistamos; quando trabajamos en los ingenios de azøcar, y nos coge un dedo la piedra del molino, nos cortan la mano; quando nos queremos escapar, nos cortan una pierna: yo me he visto en Æmbos casos, y Æ ese precio se come azøcar en Europa; puesto que quando en la costa de Guinea me vendiómi madre por dos escudos patagones, me dixo: Hijo querido, da gracias Æ nuestros fetiches, y adálos sin cesar, para que vivas feliz; ya logras de ellos la gracia de ser esclavo de nuestros seæores los blancos, y de hacer afortunados Æ tu padre y Æ tu madre. Yo no se ¡ay! si los he hecho afortunados; lo que se es que ellos me han hecho muy desdichado, y que los perros, los monos y los papagayos lo son mil veces mØnos que nosotros. Los fetiches holandeses que me han convertido, dicen que los blancos y los negros somos todos hijos de Adan. Yo no soy genealogista, pero si los predicadores dicen la verdad, todos somos primos hermanos; y cierto que no es posible portarse de un modo mas horroroso con sus propios parientes.

O Panglós, exclamóCandido, esta abominacion no la habias tØe adivinado: se acabó serÆ fuerza que abjure tu optimismo. ¿QuØ es el optimismo? dixo Cacambo. Ha, respondiØCandido, es la manía de sustentar que todo estÆ bien quando estÆ uno muy mal. Vertia lÆgrimas al decirlo contemplando al negro, y entróllorando en Surinam.

Lo primero que preguntÆron fuØ si habia en el puerto algun navío que se pudiera fletar para Buenos-Ayres. El hombre Æ quien se lo preguntÆron era justamente un patron espaæol que les ofreció ajustarse en conciencia con ellos, y les dió cita en una hostería, adonde Candido y Cacambo le fuØron Æ esperar con sus carneros.

Candido que llevaba siempre el corazon en las manos contó todas sus aventuras al Espaæol, y le confesó que queria robar Æ la baronesita Cunegunda. Ya me guardarØ yo, le respondiØ de pasarlos Æ vms. Æ Buenos-Ayres, porque seria irremisiblemente ahorcado, y vms. ni mas ni mØnos; que la hermosa Cunegunda es la dama en privanza de Su Excelencia. Este dicho fuØ una puæalada en el corazon de Candido:

lloró amalgamente, y después de su llanto, llamando aparte a Cacambo, le dixo: Escucha, querido amigo, lo que tienes que hacer; cada uno de nosotros lleva en el bolsillo unos millones de pesos en diamantes, y tu eres más astuto que yo: vete a Buenos-Ayres, en busca de Cunegunda. Si pone el gobernador alguna dificultad, dale cien mil duros; si no basta, dale doscientos mil: tu no has muerto a ningún inquisidor, y nadie te perseguirá. Yo fletaré otro navío, y te iré a esperar a Venecia; que es país libre, donde no hay ni Bulgarios, ni Abaros, ni Judíos, ni inquisidores que temer. Parecióle bien a Cacambo tan prudente determinación, puesto que sentía por de muerte haberse de separar de amo tan bueno; pero la satisfacción de servirle pudo más con él que el sentimiento de dexarle. Abrazáronse derramando muchas lágrimas; Candido le encomendó que no se olvidara de la buena vieja; y Cacambo se partió aquel mismo día: el tal Cacambo era un excelente sujeto.

Detóvese algún tiempo Candido en Surinam, esperando que hubiese otro patron que le llevase a Italia con los dos carneros que le habían quedado. Tomó criados para su servicio, y compró todo quanto era necesario para un viaje largo; finalmente se le presentó el señor Vanderdendur, armador de una gruesa embarcación. ¿Cuanto pide v. m., le preguntó por llevarme en derecha a Venecia, con mis criados, mi bagage, y los dos carneros que v. m. ve? El patron pidió diez mil duros, y Candido se los ofreció sin rebaja. ¡Hola, hola! dixo entre sí el prudente Vanderdendur, ¿con que está el extranjero da diez mil duros sin regatear? Menester es que sea muy rico. Volvióle allí a un rato, y dixo que no podía hacer el viaje por menos de veinte mil. Veinte mil le daré v. m., dixo Candido. Toma, dixo en voz baja el mercader, ¿con que da veinte mil duros con la misma facilidad que diez mil? Otra vez volvió y dixo que no le podía llevar a Venecia si no le daba treinta mil duros. Pues treinta mil serán, respondió Candido. Ha, ha, murmuró el holandés, treinta mil duros no le cuestan nada a este hombre; sin duda que en los dos carneros lleva inmensos tesoros: no insistamos más; hagamos que nos pague los treinta mil duros, y luego veremos. Vendió Candido dos diamantes, que el más chico valía más que todo quanto dinero le había pedido el patron, y le pagó adelantado. Estaban ya embarcados los dos carneros, y seguía Candido de lejos en una lancha para ir al navío que estaba en la rada; el patron se aprovecha de la ocasión, leva anclas, y sesga el mar llevando el viento en popa. En breve le pierde de vista Candido confuso y desatentado. ¡Ay! exclamaba, esta picardía es digna del antiguo hemisferio. Vuélvese a la playa anegado en su dolor, y habiendo perdido lo que bastaba para hacer ricos a veinte monarcas. Fuera de sí, se va a dar parte al juez holandés, y en el arrebató de su turbación llama muy recio a la puerta, entra, cuenta su cuita, y alza la voz algo más de lo que era regular. Lo primero que hizo el juez fué condenarle a pagar diez mil duros por la bulla que había metido: oyó luego con mucha pachorra, le prometió que examinaria el asunto así que voliera el mercader, y exigió otros diez mil duros por los derechos de audiencia.

Esta conducta acabó de desesperar a Candido; y aunque a la verdad había padecido otras desgracias mil veces más crueles, la calma del juez y del patron que le había robado le exaltaron la cólera, y le

ocasionaron una negra melancolía. Presentábasele su mente la maldad humana con toda su disformidad, y solo pensamientos tristes revolvia. Finalmente estando para salir para Burdeos un navío francés, y no quedándole carneros cargados de diamantes que embarcar, ajustó lo que valía un camarote del navío, y mandó pregonar en la ciudad que pagaba el viaje y la manutención, y daba dos mil duros a un hombre de bien que le quisiera acompañar, con la condición de que fuese el más descontento de su suerte, y el más desdichado de la provincia. Presentóse una cfila tal de pretendientes, que no hubieran podido caber en una esquadra. Queriendo Candido escoger los que mejor educados parecían, se aló hasta unos veinte que le parecieron más sociables, y todos pretendían que merecían la preferencia. Reunidos en su posada, y los convidó a cenar, poniendo por condición que hiciese cada uno de ellos juramento de contar con sinceridad su propia historia, y prometiendo escoger al que más digno de compasión y más descontento con justicia de su suerte le pareciese, y dar a los demás una gratificación. Duró la sesión hasta las cuatro de la madrugada; y al oír sus aventuras ó desventuras se acordaba Candido de lo que le había dicho la vieja quando iban a Buenos-Ayres, y de la apuesta que había hecho de que no había uno en el navío a quien no hubiesen acontecido gravísimas desdichas. A cada una estimaba que contaban, pensaba en Pangloss, y decía: El tal Pangloss apurado se había de ver para demostrar su sistema: yo quisiera que se hallase aquí. Es cierto que si está todo bien, es en el Dorado, pero no en lo demás de la tierra. Finalmente se determinó en favor de un hombre docto y pobre, que había trabajado diez años para los libreros de Amsterdam, creyendo que no había en el mundo oficio que más aperreado traxese al que le ejercitaba. Fuera de eso este docto sugeto, que era hombre de muy buena pasta, había sido robado por su mujer, aporreado por su hijo, y su hija le había abandonado, y se había escapado con un portugués. Le acababan de quitar un miserable empleo con el qual vivía, y le perseguían los predicantes de Surinam, porque le tachaban de sociniano. Hase de confesar que los demás eran por lo menos tan desventurados como él; pero Candido esperaba que con el docto se aburriría más en el viaje. Todos sus competidores se quejaron de la injusticia manifiesta de Candido; mas este los calmó repartiéndoles cien duros a cada uno.

CAPITULO XX.

__De lo que sucedió a Candido y a Martin durante la navegacion.__

Embarcóse pues para Burdeos con Candido el docto anciano, cuyo nombre era Martin. Ambos habían visto y habían padecido mucho; y aun quando el navío hubiera ido de Surinam al Japon por el cabo de Buena Esperanza, no les hubiera en todo el viaje faltado materia para discurrir acerca del mal físico y el mal moral. Verdad es que Candido le sacaba muchas ventajas a Martin, porque llevaba la esperanza de ver a su Cunegunda, y Martin no tenía cosa ninguna que esperar: y le

quedaba oro y diamantes; de suerte que aunque habia perdido cien carneros grandes cargados de las mayores riquezas de la tierra, y aunque le escarbaba continuamente la bribonada del patron holandés, todavía quando pensaba en lo que aun llevaba en su bolsillo, y hablaba de Cunegunda, con especialidad después de comer, se inclinaba al sistema de Panglós. Y vm., señor Martín, le dixo al docto, ¿quién piensa de todo esto? ¿quién opinion lleva cerca del mal físico y el mal moral? Señor, respondió Martín, los clérigos me han acusado de ser sociniano; pero la verdad es que soy maniquero. Ese es cuento, replicó Candido, que ya no hay maniqueros en el mundo. Pues yo en el mundo estoy, dixo Martín, y es la realidad que no está en mi creer otra cosa. Menester es que tenga vm. el diablo en el cuerpo, repuso Candido. Tanto papelea en este mundo, dixo Martín, que muy bien puede ser que esté en mi cuerpo lo mismo que en otra parte. Confieso que quando tiendo la vista por este globo óglobo, se me figura que le ha dexado Dios en disposicion de un ser maléfico, exceptuando el Dorado. Aun no he visto un pueblo que no desee la ruina del pueblo inmediato, ni una familia que no quisiera exterminar otra familia. En todas partes los menudos exceden de los grandes, y se postran en sus plantas; y los grandes los tratan como viles rebachos, desollándolos y comiéndoselos. Un millon de asesinos en regimientos andan corriendo la Europa entera, saqueando y matando con disciplina, porque no saben oficio mas honroso; en las ciudades que en apariencia disfrutan la paz, y en que florecen las artes, estan roidos los hombres de mas envidia, inquietudes y afanes, que quantas plagas padece una ciudad sitiada. Todavía son mas crueles los pesares secretos que las miserias públicas; en una palabra, he visto tanto y he padecido tanto, que soy maniquero. Cosas buenas hay, no obstante, replicó Candido. Podrá ser, decía Martín, mas no han llegado en mi noticia.

En esta disputa estaban quando se oyeron descargas de artillería. De uno en otro instante crecia el estruendo, y todos se armaron de un antejo. Veíanse como en distancia de tres millas dos navios que combatían, y los traxo el viento tan cerca del navío francés en uno y en otro, que tuvieron el gusto de mirar el combate muy en su sabor. Al cabo uno de los navios descargó una andanada con tanto tino y acierto, y tan en flor de agua, que echó en pique en su contrario. Martín y Candido distinguieron con mucha claridad en el combates de la nave que zozobraba unos cien hombres que todos alzaban las manos al cielo dando espantosos gritos; en un punto se los tragó todos la mar.

Vea vm., dixo Martín, pues así se tratan los hombres unos en otros. Verdad es, dixo Candido, que anda aquí la mano del diablo. Diciendo esto, advirtió cierta cosa de un encarnado muy subido, que nadaba junto al navio; echaron la lancha para ver que era, y era uno de sus carneros. Mas se alegró Candido con haber recobrado este carnero, que lo que habia sentido la pérdida de ciento cargados todos de diamantes gruesos del Dorado.

En breve reconoció el capitán del navío francés que el del navío sumergidor era Español, y el del navío sumergido un pirata holandés, el mismo que habia robado en Candido. Con el pirata se hundiéron en el mar las inmensas riquezas de que se habia apoderado el infame, y solo

se libertó un carnero. Ya ve vm., dixo Candido a Martin, que a veces llevan los delitos su merecido: este pícaro de patrón holandés ha sufrido la pena digna de sus maldades. Está bien, dixo Martin, pero ¿porqué han muerto los pasajeros que venían en su navío? Dios ha castigado al malo, y el diablo ha ahogado a los buenos.

Seguían en tanto su derrota el navío francés y el español, y Candido en sus conversaciones con Martin. Quince días sin parar disputaron, y tan adelantados estaban el último como el primero; pero hablaban, se comunicaban sus ideas, y se consolaban. Candido pasando la mano por el lomo a su carnero le decía: Una vez que te he hallado a tí, también podré hallar a Cunegunda.

CAPITULO XXI.

—Donde se da cuenta de la plática de Candido y Martín, al acercarse a las costas de Francia.—

Avistaronse al fin las costas de Francia. ¿Ha estado vm. en Francia, señor Martin? dixo Candido. Sí, señor, respondió Martin, y he corrido muchas provincias: en unas la mitad de los habitantes son locos, en otras muy retrecheros, en estas bastante bonazos y bastante tontos, y en aquellas lo dan por ladinos. En todas la ocupación principal es enamorar, murmurar la segunda, y la tercera decir majaderías.--¿Y ha visto vm. a París, señor Martin?--He visto a París, que es una menestra de pajaros de todas clases, un caos, una prensa, donde todo el mundo anhela por placeres, y casi nadie los halla, a lo menos según me ha parecido. Estuve poco tiempo; al llegar, me robaron quanto traía unos rateros en la plaza de San German; luego me reputaron a mí por ladrón, y me tuvieron ocho días en la cárcel; y al salir libre entré como corrector en una imprenta, para ganar con que volverme a pié a Holanda. He conocido la canalla escritora, la canalla enredadora, y la canalla convulsa. Dicen que hay algunas personas muy cultas en este pueblo, y creo que así será.

Yo por mí no tengo hipo ninguno por ver la Francia, dixo Candido; bien puede vm. considerar que quien ha vivido un mes en el Dorado no se cura de ver cosa ninguna de este mundo, como no sea Cunegunda. Voy a esperarla a Venecia, y atravesaremos la Francia para ir a Italia: ¿me acompañará vm.? Con mil amores, respondió Martin; dicen que Venecia solo para los nobles Venecianos es buena, puesto que hacen mucho agasajo a los extranjeros que llevan mucho dinero: yo no le tengo, pero vm. sí, y le seguiré adonde quiera que fuere. Hablando de otra cosa, dixo Candido, ¿cree vm. que la tierra haya sido antiguamente mar, como lo afirma aquel libro gordo que es del capitán del buque? No por cierto, replicó Martin, como ni tampoco los demás adios que nos quieren hacer tragar de algún tiempo acá. ¿Pues para qué fin piensa vm. que fué criado el mundo? continuó Candido. Para hacernos dar al diablo, respondió Martin. ¿No se pasma vm., siguió Candido, del

amor de las dos mozas del país de los Orejones Æ los dos ximios, que contó Æ vm.? Muy llojos de eso, repuso Martín; no veo que tenga nada de extraña esa pasión, y he visto tantas cosas extraordinarias, que nada se me hace extraordinario. ¿Cree vm., le dijo Candido, que en todos tiempos se hayan degollado los hombres como hacen hoy, y que siempre hayan sido embusteros, alevos, perversos, ingratos, ladrones, flacos, mudables, viles, envidiosos, glotones, borrachos, codiciosos, ambiciosos, sangrientos, calumniadores, disolutos, fanáticos, hipócritas y necios? ¿Cree vm., replicó Martín, que los milanos se hayan, siempre engullido las palomas, quando han podido dar con ellas? Sin duda, dijo Candido. Pues bien, continuó Martín, si los milanos siempre han tenido las mismas inclinaciones, ¿porqué quiere vm. que las de los hombres hayan ariado? No, dijo Candido, eso es muy diferente porque el libre albedrío..... Así discurrían, quando aportaron Æ Burdeos.

CAPITULO XXII.

De los sucesos que en Francia acontecieron Æ Candido y Æ Martín.

No se detuvo Candido en Burdeos mas tiempo que el que le fué necesario para vender algunos pedernales del Dorado, y comprar una buena silla de posta de dos asientos, porque no podía ya vivir sin su filósofo Martín. Lo único que sintió fué tenerse que separar de su carnero, que dexó Æ la Academia de ciencias de Burdeos, la qual propuso por asunto del premio de aquel año determinar porque la lana de aquel carnero era encarnada; y se le adjudicó Æ un docto del Norte, que demostró por A mas B, menos C dividido por Z, que era forzoso que fuera aquel carnero encarnado, y que se muriese de la monja.

Todos quantos caminantes topaba Candido en los mesones le decían: Vamos Æ Paris. Este general prurito le inspiró al fin deseos de ver esta capital, en lo qual no se desviaba mucho de la dirección de Venecia. Entró por el arrabal de San Marcelo, y creyó que estaba en la mas sucia aldea de Vesfalia. Apenas llegó Æ la posada, le acometió una ligera enfermedad originada del cansancio; y como llevaba al dedo un enorme diamante, y habían advertido en su coche una caja muy pesada, al punto se le acercaron dos doctores médicos que no había mandado llamar, varios íntimos amigos que no se apartaban de él, y dos devotas mugeres que le hacían caldos. Decía Martín: Bien me acuerdo de haber estado yo malo en Paris, quando mi primer viage; pero era muy pobre, y así ni tuve amigos, ni devotas, ni médicos, y sané muy presto.

Las resultas fueron que Æ poder de sangrías, recetas y médicos, se agravó la enfermedad de Candido. Al fin sanó y mientras estaba convaleciente, le visitaron muchos sugetos de trato fino, que cenaban con él. Había juego fuerte, y Candido se pasmaba de que nunca le

venian, buenos naypes; pero Martin no lo extrañaba.

Entre los que mas concurrían a su casa habia un cierto abate, que era de aquellos hombres diligentes, siempre listos para todo quanto les mandan, serviciales, entremetidos, halagüeños, descarados, buenos para todo, que atisban a los forasteros que llegan a la capital, les cuentan los sucesos mas escandalosos que acontecen, y les brindan con placeres a qualquier precio. Lo primero que hizo fue llevar a la comedia a Martin y a Candido. Representaban una tragedia nueva, y Candido se encontró al lado de unos quantos hypercríticos, lo qual no le quitó que llorase al ver algunas escenas representadas con la mayor perfeccion. Uno de los hypercríticos que junto a el estaban, le dixo en un entre-acto: Hace muy mal en llorar; esa comedianta es malísima, y el que representa con ella peor todavía, y peor la tragedia que los actores: el autor no sabe palabra de arábigo, y ha puesto la escena en la Arabia; sin contar con que es hombre que cree que no hay ideas innatas: mañana le traeré veinte folletos contra el. Caballero, ¿quantas composiciones dramáticas tienen vms. en Francia? dixo Candido al abate; y este respondió Cinco o seis mil. Mucho es, dixo Candido; ¿y quantas buenas hay? Quince ó diez y seis, replicó el otro. Mucho es, dixo Martin.

Salió Candido muy satisfecho con una cónica que hacia el papel de la Reyna Isabel de Inglaterra, en una tragedia muy insulsa que algunas veces se representa. Mucho me gusta esta actriz, le dixo a Martin, porque se da ayre a Cunegunda; mucho gusto tendria en hacerle una visita. El abate, se brindó a llevarle a su casa. Candido criado en Alemania preguntó qué ceremonias eran las que se estilaban en Francia para tratar con las reynas de Inglaterra. Distingo, dixo el abate: en las provincias las llevan a comer a los mesones, en Paris las respetan quando son bonitas, y las tiran al muladar después de muertas. ¡Al muladar las reynas! dixo Candido. Verdad es, dixo Martin; razon tiene el señor abate: en Paris estaba yo quando la señora Monima pasó como dicen, de esta a mejor vida, y le negaron lo que esta gente llama _sepultura en tierra santa_, lo qual significa podrirse con toda la pobreza de la parroquia en un hediondo cementerio, y la enterraron sola y seæera en un rincón de su jardín, lo qual le causó sin duda muchísima pesadumbre, porque tenia muy hidalgos pensamientos. Accion de mala crianza fue en efecto, dixo Candido. ¿Qué quiere vm., dixo Martin, si estas gentes son así? Imagínese vm. todas las contradicciones, y todas las incompatibilidades posibles, y las hallaré reunidas en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias, y en los espectáculos de esta donosa nacion. ¿Y es cierto que en Paris se ríe la gente de todo? Verdad es, dixo el abate, pero se ríen dándose al diablo; se lamentan de todo dando careajadas de risa; y riéndose se cometen las mas detestables acciones.

¿Quién es, dixo Candido, aquel marrano que tan mal hablaba de la tragedia que tanto me ha hecho llorar, y de los actores que tanto gusto me han dado? Un malandrin, respondió el abate, que gana la vida hablando mal de todas las composiciones dramáticas y de todos los libros que salen; que aborrece a todo aquel que es aplaudido, como aborrecen los eunucos a los que gozan; una sierpe de la literatura,

que vive de ponzoña y cieno; un folletista. ¿QuØ llama vm. folletista? dixo Candido. Un compositor de folletos, dixo el abate, un Freron, ó un Ostolaza. Así discurrían Candido, Martin y el abate en la escalera del coliseo, mientras que iba saliendo la gente, concluida la comedia. Puesto que tengo muchísimos deseos de ver Æ Cunegunda, dixo Candido, bien quisiera cenar con la primera trágica, que me ha parecido un portento. No era hombre el abate que tuviese entrada en casa de la tal primera actriz, que solo recibía sujetos del mas fino trato. EstÆ ocupada esta noche, respondiØ pero tendrØ la honra de llevar Æ vm. Æ casa de una seæora de circunstancias, y conocerÆ Æ París allí como si hubiera vivido en el muchos aæos.

Candido, que naturalmente era amigo de saber, se dexóllevar Æ casa de la tal seæora: estaban ocupados los tertulianos en jugar Æ la banca, y doce tristes apuntes tenían en la mano cada uno un juego de naypes, archivo de su mala ventura. Reynaba un profundo silencio; teæido estaba el semblante de los apuntes de una macilenta amarillez, y se leía la zozobra en el del banquero; y la seæora de la casa, sentada junto al despiadado banquero, con ojos de lince anotaba todos los parolis, y todos los sietelevares con que doblaba cada jugador sus naypes, haciØndoselos desdoblar con un cuidado muy escrupuloso, pero con cortesía y sin enfadarse, por temor de perder sus parroquianos. LlamÆbanla la marquesa de Paroliæac; su hija, muchacha de quince aæos, era uno de los apçentes, y con un guiæar de ojos advertía Æ su madre las picardigüelas de los pobres apuntes que procuraban enmendar los rigores de la mala suerte. EntrÆron el abate, Candido y Martin, y nadie se levantóÆ darles las buenas noches, ni los saludó ni los mirósiquiera; tan ocupados todos estaban en sus naypes. Mas cortØs era la seæora baronesa de Tunder-tentronck, dixo entre sí Candido.

Acercóse en esto el abate al oido de la marquesa, la qual se medio-levantóde la silla, honróÆ Candido con una risita agraciada, y Æ Martin haciØndole cortesía con la cabeza con magestuoso ademan; mandó luego que traxeran Æ Candido asiento y una baraja, y este perdióen dos tallas diez mil duros. Cenaron luego con mucha jovialidad, y todos estaban atónitos de que Candido no sintiese mas lo que perdía. Los lacayos en su idioma lacayuno se decían unos Æ otros: Preciso es que sea un mylord inglØs.

La cena se parecia Æ casi todas las cenas de Paris; primero mucho silencio, luego un estrØpito de palabras que no se entendían, chistes luego, casi todos muy insulsos, noticias falsas, malos raciocinios, algo de política, y mucha murmuracion; despues hablÆron de obras nuevas. PasÆron luego Æ tratar de teatros, y el ama de casa preguntó porque habia ciertas tragedias que se representaban con freqüencia, y que nadie podia leer. Un hombre de fino gusto que habia entre los convidados, explicócon mucha claridad como podia interesar una tragedia que tuviera poquísimo mØrito, probando en breves razones que no bastaba traer por los cabellos una ódos situaciones de aquellas que tan freqüentes son en las novelas, y siempre embelesan Æ los oyentes; que es menester novedad sin extravagancia, sublimidad Æ veces, y naturalidad siempre; conocer el corazon del hombre y el

estilo de las pasiones; ser gran poeta, sin que parezca poeta ninguno de los interlocutores; saber con perfección su idioma, hablarle con pureza, y con armonía continua, sin sacrificar nunca el sentido al consonante. Todo aquel que no observare todas estas reglas, aæadió muy bien podrÆ componer una ódos tragedias que sean aplaudidas en el teatro, mas nunca pasarÆ plaza de buen escritor. Poquísimas tragedias hay buenas: unas son idyllos en coloquios bien escritos y bien versificados; otras disertaciones de política que infunden sueæo, ó amplificaciones que cansan; otras desatinos de un energæmeno en estilo bÆrbaro, razones cortadas, apóstrofes interminables Æ los Dioses no sabiendo que decir Æ los hombres, falsas mÆxímas, y lugares comunes hinchados.

Escuchaba con mucha atención Candido este razonamiento, y formópor Øl altísima idea del orador; y como había tenido la marquesa la atención de colocarle Æ su lado, se tomóla licencia de preguntarle al oído quien era un hombre que tan de perlas hablaba. Ese es un docto, dixo la dama, que nunca apunta, y que me trae Æ cenar algunas veces el abate, que entiende perfectamente de tragedias y libros, y que ha compuesto una tragedia que silbÆron, y un libro del qual un solo exemplar que me dedicóha salido de la tienda de su librero. ¡QuØ varon tan eminente! dixo Candido, es otro Panglós; y volviØndose hÆcia Øl le dixo: ¿Sin duda, Caballero, que es vm. de dictÆmen de que todo estÆ perfectamente en el mundo físico y en el moral, y de que nada podia suceder de otra manera? ¡Yo, caballero! le respondióel docto; nada mØnos que eso. Todo me parece que va al revØs en nuestro pais, y que nadie sabe ni qual es su estado, ni qual su cargo, ni lo que hace, ni lo que debiera hacer; y que excepto la cena que es bastante jovial, y donde la gente estÆ bastante acorde, todo el resto del tiempo se consume en impertinentes contiendas; de jansenistas con motinistas, de parlamentarios con eclesiÆsticos, de literatos con literatos, de palaciegos con palaciegos, de alcabaleros y diezmeros con el pueblo, de mugeres con maridos, y de parientes con parientes; por fin una guerra perdurable.

Replicóe Candido: Cosas peores he visto yo; pero un sabio que despues tuvo la desgracia de ser ahorcado, me enseñóque todas esas cosas son dechado de perfecciones, y sombras de una hermosa pintura. Ese ahorcado se reía de la gente, dixo Martin, y esas sombras sen manchas horrorosas, Los hombres son los que echan esas manchas, dixo Candido, y no pueden hacer mØnos. ¿Con que no es culpa de ellos? replicó Martin. Bebian en tanto la mayor parte de los apuntes, que no entendian una palabra de la materia; Martin discurria con el hombre docto, y Candido contaba parte de sus aventuras al ama de la casa.

Despues de cenar, llevóla marquesa Æ su retiete Æ Candido, y le sentó en un canapØ. ¿Con que estÆ vm. enamorado perdido de Cunegunda, la baronesita de Tunder-ten-tronck? Sí, Seæora, respondióCandido. Replicóe la marquesa con una amorosa sonrisa: Vm. responde como un mozo de Vesfalia; un FrancØs me hubiera dicho: Verdad es, Seæora, que he querido Æ Cunegunda, pero quando la miro Æ vm., me temo no quererla. Yo, Seæora, dixo Candido, responderØ como vm. quisiere. La pasión de vm., dixo la marquesa, empezóalzando un paæuelo, y yo

quiero que vm. alce mi liga. Con toda mi alma, dixo Candido, y la levantó del suelo. Ahora quiero que me la ponga, continuó la dama, y Candido se la puso. Mire vm., repuso la dama, vm. es extranjero: ¿mis amantes de Paris los hago yo pensar ¿veces quince días seguidos, pero ¿vm. me rindo desde la primera noche, porque es menester tratar cortesmente ¿un buen mozo de Vesfalia. La buena caesa que había reparado en dos diamantes enormes de dos sortijas del extranjero buen mozo, tanto se los alabó que de los dedos de Candido pasaron los de la marquesa.

Al volverse Candido a su casa con el abate, sintió algunos remordimientos por haber cometido una infidelidad a Cunegunda; y el señor abate tomó parte en su sentimiento, porque le había cabido una muy pequeña en los diez mil duros perdidos por Candido al juego, y en el valor de los dos brillantes, medio-dados y medio-estafados: y era su ánimo aprovecharse todo quanto pudiese de lo que el trato de Candido le podía valer. Habléle sin cesar de Cunegunda, y Candido le dixo que quando la viera en Venecia, le pediría perdón de la infidelidad que acababa de cometer.

Cada día estaba el abate mas cortés y mas atento, interesándole todo quanto decía Candido, todo quanto hacia, y quanto quería hacer. ¿Con que está vm. aplazado por la baronesita para Venecia? le dixo. Sí, señor abate, respondió Candido, tengo precisión de ir allá a buscar a Cunegunda. Llevado entonces del gusto de hablar de su amada, le contó como era su costumbre, parte de sus aventuras con esta ilustre Vesfaliana. Bien creo, dixo el abate, que esa señorita tiene mucho talento, y escribe muy bonitas cartas. Nunca me ha escrito, dixo Candido, porque se ha de figurar vm. que quando me echaron de la granja por amor de ella, no le pude escribir; que poco después supe que era muerta, que después me la encontré, y la volví a perder, y que le he despachado un mensajero a dos mil y quinientas leguas de aquí, que aguardo con su respuesta.

Escuchó con mucha atención el abate, se paró algo pensativo, y se despidió luego de ambos extranjeros, abrazándolos tiernamente. Al otro día, antes de levantarse de la cama, diéronle a Candido la esquila siguiente: "Muy Señor mió y mi querido amante: ocho días hace que estoy mala en esta ciudad, y acabo de saber que se encuentra vm. en ella. Hubiera ido volando a echarme en sus brazos, si me pudiera menear. He sabido que había vm. pasado por Burdeos, donde se ha quedado el fiel Cacambo y la vieja, que llegarán muy en breve. El gobernador de Buenos-Ayres se ha quedado con todo quanto Cacambo llevaba; pero el corazón de vm. me queda. Venga vm. a verme; su presencia me dará la vida, ó hará que me muera de alegría."

Una carta tan tierna, y tan poco esperada, puso a Candido en una imponderable alegría, pero la enfermedad de su amada Cunegunda le traspasaba de dolor. Fluctuante entre estos dos afectos, agarra a puñados el oro y los diamantes, y hace que le lleven con Martin a la posada donde estaba Cunegunda alojada: entra temblando con la ternura, latándole el corazón, y él habla interrumpida con sollozos; quiere descorrer las coitinas de la cama, y manda que traygan luz. No haga

vm. tal, le dixo la criada, la luz le hace mal; y volvió a correr la cortina. Amada Cunegunda, dixo llorando Candido: ¿cómo te hallas? No puede hablar, dixo la criada. Entónces la enferma sacó fuera de la cama una mano muy suave que bañó Candido un largo rato con lágrimas, y que llenó luego de diamantes, desando un saco de oro encima del taburete.

En medio de sus arrebatos se aparece un alguacil acompañado del abate y de seis corchetes. ¿Con que estos son, dixo, los dos extranjeros sospechosos? y mandó incontinenti que los ataran y los llevaran a la cárcel. No tratan de esta manera en el Dorado a los forasteros, dixo Candido. Mas maniquero soy que nunca, replicó Martin. Pero, señor, ¿adonde nos lleva vm.? dixo Candido. A un calabozo, respondió el alguacil.

Martin, que se habia recobrado del primer sobresalto, sospechó que la señora que se decia Cunegunda era una buscona, el señor abate un tunante que habia abusado del candor de Candido, y el alguacil otro tuno de quien no era difícil desprenderse. Por no exponerse a tener que lidiar con la justicia, y con el hipo que tenia de ver a la verdadera Cunegunda, Candido, por consejo de Martin, ofreció al alguacil tres diamantillos de tres mil duros cada uno. Ha, señor, le dixo el hombre de vara de justicia, aunque hubiera vm. cometido todos los delitos imaginables, seria el mas hombre de bien de este mundo. ¡Tres diamantes de tres mil duros cada uno! La vida perderia yo por vm., para luego le lleve a un calabozo. Todos los extranjeros son arrestados, pero dexelo por mi cuenta, que yo tengo mi hermano en Diepe en la Normandía, y le llevaré alla; y si tiene vm. algunos diamantes que darle, le trataré como yo propio. ¿Y porqué arrestan a todos los extranjeros? dixo Candido. El abate tomando entónces el hilo, respondió Porque un miserable andrajoso del país de Artois [Footnote: Artois. Daiuieu, el que hirió a Luis XV, era natural de Arras, capital del Artois.], que había oido decir disparates, ha cometido un parricidio, no como el del mes de Mayo de 1610, [Footnote: Francisco Kavaillac mató a Henrique IV de una puñalada en Mayo de 1610.] sino como el del mes de Diciembre de 1594, [Footnote: Juan Clialel, en Diciembre de 1594, hirió a Henrique quarto; pero la herida no fué de peligro.] y como otros muchos cometidos otros años y otros meses por andrajosos que habian oido decir disparates.

Entónces explicó el alguacil lo que habia apuntado el abate. ¡Qué monstruos! exclamó Candido. ¿Cómo se cometen tamañas atrocidades en un pueblo que canta y bayla? ¿Quando saldré yo de este país donde azusan ximios a tigres? En mi país he visto osos; solo en el Dorado he visto hombres. En nombre de Dios, señor alguacil, lléveme vm. a Venecia, donde aguardo a mi Cunegunda. Donde yo puedo llevar a vm., es a la Normandía baxa, dixo el cabo de ronda. Hízole luego quitar los grillos, dixo que se habia equivocado, despidió sus corchetes, y se llevó a Candido y Martin a Diepe, entregándolos a su hermano. Había un buque holandés pequeño al ancla; y el Normando, que con el cebo de otros tres diamantes era el mas servicial de los mortales, embarcó a Candido y a su familia en el tal navío que iba a dar a la vela para Portsmouth en Inglaterra. No era camino para Venecia; pero Candido creyó

que salía del infierno, y estaba resuelto a dirigirse a Venecia luego que se le presentase ocasión.

CAPITULO XXIII.

Del arribo de Candido y Martin a la costa de Inglaterra, y de lo que allí vieron.

¡Ay Panglós amigo! ¡ay amigo Martin! ¡ay amada Cunegunda! ¡lo que es este mundo! decía Candido en el navío holandés. Cosa muy desatinada y muy abominable, respondió Martin.--Vm. ha estado en Inglaterra: ¿son tan locos como en Francia?--Es locura de otra especie, dixo Martin; ya sabe vm. que ambas naciones estan en guerra por algunas aranzadas de nieve en el Canadá, y por tan discreta guerra gastan mucho mas que lo que todo el Canadá vale. Decir a vm. a punto fijo en qual de los dos países hay mas locos de atar, mis cortas luces no alcanzan a tanto; lo que sí sé, es que en el país que vamos a ver son locos atrabiliosos.

Diciendo esto aportaron a Portsmouth: la orilla del mar estaba cubierta de gente que miraba con atención a un hombre gordo [El almirante Byng], hincado de rodillas, y vendados los ojos, en el combes de uno de los navíos de la esquadra. Quatro soldados formados en frente le tiraron cada uno tres balas a la mollera con el mayor sosiego, y toda la asamblea se fué muy satisfecha. ¿Qué quiere decir esto? dixo Candido: ¿qué perverso demonio reyna en todas partes? Preguntó quien era aquel hombre gordo que acababan de matar con tanta solemnidad. Un almirante, le dijeron.--¿Y porqué han muerto a ese almirante?--Porque no ha hecho matar bastante gente; ha dado una batalla a un almirante francés, y hemos fallado que no estaba bastante cerca del enemigo. Pues el almirante francés tan lejos estaba del inglés como este del francés, replicó Candido. Sin disputa, le dijeron; pero en esta tierra es conveniente matar de quando en quando algun almirante para dar mas enemigo a los otros.

Tanto se irritó y se pasmó Candido con lo que oía y lo que vía, que no quiso siquiera poner pié en tierra, y se ajustó con el patron holandés, a riesgo de que le robara como el de Surinam, para que le condujera sin mas tardanza a Venecia. A cabo de dos dias estuvo listo el patrón. Costearon la Francia, pasaron a vista de Lisboa, y se estremeció Candido; desembocaron por el estrecho en el Mediterráneo, y finalmente aportaron a Venecia. Bendito sea Dios, dixo Candido dando un abrazo a Martin, que aquí verá a la hermosa Cunegunda. Con Cacambo cuento lo mismo que conmigo propio. Todo está bien, todo va bien y lo mejor que es posible.

CAPITULO XXIV.

Que trata de fray Hilarion y de Paquita.

Luego que llegó a Venecia, se echó a buscar a Cacambo en todas las posadas, en todos los cafés, y en casa de todas las mozas de vida alegre; pero no le fué posible dar con él. Todos los días iba a informarse de todos los navíos y barcos, y nadie sabia de Cacambo. ¡Con que he tenido yo lugar, le decía a Martin, para pasar de Surinam a Burdeos, para ir de Burdeos a Paris, de Paris a Diepe, de Diepe a Portsmoëa, para costear a Portugal y a España, para atravesar todo el Mediterráneo, y pasar algunos meses en Venecia, y aun no ha llegado la hermosa Cunegunda, y en su lugar he topado una buscona y un abate! Sin duda es muerta Cunegunda, y a mi no me queda mas remedio que morir. ¡Ha, quanto mas hubiera valido quedarme en aquel paraíso terrenal del Dorado, que volver a esta maldita Europa! Razon tiene vm., amado Martin; todo es mera ilusion y calamidad.

Acometió una negra melancolía, y no fué ni a la ópera a la moda, ni a las demas diversiones del carnaval, ni hubo dama que le causara la mas leve tentacion. Díxole Martin: ¡Qué sencillo es vm., si se figura que un criado mestizo, que lleva un millon de duros en la faltriquera, ir a buscar a su amada al fin del mundo, y a traerla a Venecia; la guardar a para sí, si la encuentra, y si no, tomar a otra: aconsejo a vm. que se olvide de Cacambo y de su Cunegunda. Martin no era hombre que daba consuelos. Crecia la melancolía de Candido, y Martin no se hartaba de probarle que eran muy raras la virtud y la felicidad sobre la tierra, excepto acaso en el Dorado, donde ninguno podia entrar.

Sobre esta importante materia disputaban, mientras venia Cunegunda, quando reparó Candido en un frayle Francisco mozo, que se paseaba por la plaza de San Marcos, llevando del brazo a una moza. El Franciscano era robusto, fuerte, y de buenos colores, los ojos brillantes, la cabeza erguida, el continente reposado, y el paso sereno; la moza, que era muy linda, iba cantando, y miraba con enamorados ojos a su diaguino, el qual de quando en quando le pasaba la mano por la cara. Me confesar a vm. a lo mñnos, dixo Candido a Martin, que estos dos son dichosos. Mñnos en el Dorado, no he encontrado hasta ahora en el mundo habitable mas que desventurados; pero apuesto a que esa moza y ese frayle son felicísimas criaturas. Yo apuesto a que no, dixo Martin. Convidémoslos a comer, dixo Candido, y verémos si me equivoco.

Acercóse a ellos, hizoles una reverencia, y los convidó a su posada a comer macarrones, perdices de Lombardia, huevos de sollo, y a beber vino de Montepulciano y el l'Écrima-cristi, Chipre y Samos. Sonrojóse la mozueta; admitió el Franciscano el convite, y le siguió la muchacha mirando a Candido pasmada y confusa, y vertiendo algunas lágrimas. Apónas entró la mozueta en el aposento de Candido, le dixo: ¿Pues que, ya no conoce al señor Candido a Paquita? Candido que oyó estas palabras, y que hasta entonces no la habia mirado con atencion, porque solo en Cunegunda pensaba, le dixo: ¡Ha, pobre chica! ¿con que tó eres la que puso al doctor Pangloss en el lindo estado en que le ví?

¡Ay, seæor! yo propia soy, dixo Paquita; ya veo que estÆ vm. informado de todo. Supe las desgracias horrosas que sucediØron Æ la seæora baronesa y Æ la hermosa Cunegunda, y jærole Æ vm. que no ha sido mØnos adversa mi estrella. Quando vm. me viØera yo una inocente; y un capuchino, que era mi confesor, me engaæócon mucha facilidad: las resultas fuØron horribles, y me vi precisada Æ salir de la quinta, poco despuØs que le echóÆ vm. el seæor baron Æ patadas en el trasero. Si no hubiera tenido lÆstima de mi un, mØdico famoso, me hubiera muerto; por agradecØrselo, fui un poco de tiempo la querida del tal mØdico: y su muger, que estaba endiablada de zelos, me aporreaba sin misericordia todos los días. Era ella una furia, el mas feo el de los hombres, y yo la mas sin ventura de las mugeres, aporreada sin cesar por un hombre Æ quien no podía ver. Bien sabe vm., seæor, los peligros que corre una muger vinagre que lo es de un mØdico: aburrido el mío de los rompimientos de cabeza de su muger, un dia para curarla de un resfriado le administróun remedio tan eficaz, que en menos de dos horas se murióen horrendas convulsiones. Los parientes de la difunta formÆron causa criminal al doctor, el qual se escapó y Æ mi me metiØron en la cÆrcel; y si no hubiera sido algo bonita, DO me hubiera sacado Æ salvamento mi inocencia. El juez me declarólibre, con la condicion de ser el sucesor del mØdico; y muy en breve me substituyó otra, y fuí despedida sin darme un cuarto, y forzada Æ emprender este abominable oficio, que Æ vosotros los hombres os parece tan gustoso, y que para nosotras es un piØlago de desventuras. Víneme Æ exercitar mi profesion Æ Venecia. Ha, seæor, si se figurara vm. quØ cosa tan inaguantable es halagar sin diferencia al negociante viejo, al letrado, al frayle, al gondolero, y al abate; estar expuesta Æ tanto insulto, Æ tantos malos tratamientos; verse Æ cada paso obligada Æ pedir prestado un guardapesillo para que se le remangue Æ una un hombre asqueroso; robada por este de lo que ha ganado con aquel, estafada por los alguaciles, y sin tener otra perspectiva que una horrible vejez, un hospital y un muladar, confesaria que soy la mas malbadada criatura de este mundo. Así descubria Paquita su corazon al buen Candido, en su gabinete, Æ presencia de Martin, el qual dixo: Ya llevo ganada, como vm. ve, la mitad de la apuesta.

Habíase quedado fray Hilarion en la sala de comer, bebiendo un trago miØntras servian la comida. Candido le dixo Æ Paquita: Pues si parecias tan alegre y tan contenta quando te encontrØ; si cantabas y halagabas al diaguino con tanta naturalidad, que te tuve por tan feliz como dices que eres desdichada. Ha, seæor, respondióPaquita, esa es otra de las lacras de nuestro oficio. Ayer me robóy me aporreóun oficial, y hoy tengo que fingir que estoy alegre para agradar Æ un frayle.

No quiso Candido oir mas, y confesóque Martin tenia razón. SentÆronse luego Æ la mesa con Paquita y el frayle Francisco; fuØ bastante alegre la comida, y de sobremesa hablÆron con alguna confianza. Díxole Candido al frayle: ParØceme, padre, que disfruta Vuestra Reverencia de una suerte envidiable. En su semblante brilla la salud y la robustez, su fisonomía indica el bien-estar, tiene una muy linda moza para su recreo, y me parece muy satisfecho con su hÆbito de diaguino. Por Dios santo, caballero, respondiófray Hilarion, que quisiera que

todos los Franciscanos estuvieran en el quinto infierno, y que mil veces me han dado tentaciones de pegar fuego al convento, y de hacerme Turco. Quando tenia quince años, mis padres, por dexar mas caudal a un maldito hermano mayor (condenado el sea), me obligaron a tomar este execrable hábito. El convento es un nido de zelos, de rencillas y de desesperacion. Verdad es que por algunas malas misiones de quaresma que he predicado, me han dado algunos quartos, que la mitad me ha robado el guardian: lo restante me sirve para mantener mozas; pero quando por la noche entro en mi celda, me dan impulsos de romperme la cabeza contra las paredes, y lo mismo sucede a todos los demas religiosos.

Volviéndose entonces Martin a Candido con su acostumbrado relente, le dixo: ¿Qué tal? ¿he ganado, óno, la apuesta? Candido regalólos mil duros a Paquita, y mil a fray Hilarion. Yo fío, dixo, que con este dinero seré felices.

Pues yo fío lo contrario, dixo Martin, que con esos miles los haré muy infelices todavía. Sea lo que fuere, dixo Candido, un consuelo tengo, y es que a veces encuentra uno gentes que creía no encontrar nunca; y muy bien, podrá suceder que después de haber topado a mi carnero encarnado y a Paquita, me halle un día de manos a boca con Cunegunda. Mucho deseo, dixo Martin, que sea para la mayor felicidad de mí; pero se me hace muy cuesta arriba. Malas crederas tiene mí., respondió Candido. Consiste en que he vivido mucho, replicó Martin. ¿Pues no ve mí. esos gondoleros, dixo Candido, que no cesan de cantar? Pero no los ve mí. en su casa con sus mugeres y sus chiquillos, repuso Martin. Sus pesadumbres tiene el Dux, y los gondoleros las suyas. Verdad es que pesándolo todo, mas feliz suerte que la del Dux es la del gondolero; pero es tan poca la diferencia, que no merece la pena de un detenido examen. Me han hablado, dixo Candido, del senador Pococurante, que vive en ese suntuoso palacio situado sobre el Brenta, y que agasaja mucho a los forasteros; y dicen que es un hombre que nunca ha sabido qué cosa sea tener pesadumbre. Mucho diera por ver un ente tan raro, dixo Martin. Sin mas dilación mandó Candido a pedir licencia al señor Pococurante para hacerle una visita el día siguiente.

CAPITULO XXV.

Que da cuenta de la visita que hicieron Martin y Candido al señor Pococurante, noble veneciano.

Embarcaronse Candido y Martin en una gondola, y fueron por el Brenta al palacio del noble Pococurante. Los jardines eran amenos y ornados con hermosas estatuas de mármol, el palacio de magnífica fábrica, y el dueño un hombre como de sesenta años, y muy rico. Recibió los dos curiosos forasteros con mucha urbanidad, pero sin mucho cumplimiento; cosa que intimidó a Candido, y no le pareció a Martin.

Al instante dos muchachas bonitas y muy aseadas sirvieron el chocolate: Candido no pudo menos de elogiar sus gracias y su hermosura. No son malas chicas, dixo el senador; algunas veces mando que duerman conmigo, porque estoy aburrido de las señoras del pueblo, de su retrechería, sus zelos, sus contiendas, su mal genio, sus nimiedades, su vanidad, sus tonterías, y mas aun de los sonetos que tiene uno que hacer ó mandar hacer en elogio suyo: mas con todo ya empiezan á fastidiarme estas muchachas.

Después de almorzar, se fueron á pasear á una espaciosa galería, y pasmado Candido de la hermosura de las pinturas, preguntóde qué maestro eran las dos primeras. Son de Rafael, dixo el senador, y las compró muy caras por vanidad, algunos años ha; dicen que son la cosa mas hermosa que tiene Italia, pero á mi no me gustan: los colores son muy denegridos, las figuras no están bien perfiladas, ni salen lo bastante del plano; los ropajes no se parecen en nada á la ropa de vestir; y en una palabra, digan lo que quisieren, yo no alcanzo á ver aquí una feliz imitacion de la naturaleza, y no daré mi aprobacion á un quadro hasta que me retrate la propia naturaleza; pero no los hay de esta especie. Yo tengo muchos, pero no miro á uno siquiera.

Pococurante, antes de comer, mandó que le dieran un concierto: la música le pareció deliciosa á Candido. Bien puede este estruendo, dixo Pococurante, divertir cosa de media hora; pero quando dura mas, á todo el mundo cansa, puesto que nadie se atreve á confesarlo. La música del dia no es otra cosa que el arte de executar cosas dificultosas, y lo que no es mas que difícil no gusta mucho tiempo. Mas me agradaría la ópera, si no hubieran atinado con el arte de convertirla en un monstruo que me repugna. Vaya quien quisiera á ver malas tragedias en música, cuyas escenas no paran en mas que en traer al estriote dos ó tres ridiculas coplas donde lucen los gorgoros de una cantarina; saborése otro en oír á un tiple tararear el papel de César ó Caton, y pasearse en afeminados pasos por las tablas: yo por mí, muchos años hace que no veo semejantes majaderías de que tanto se ufana hoy la Italia, y que tan caras pagan los soberanos extrangeros. Candido contradixo un poco, pero con prudencia; y Martin fué en todo del dictamen del senador.

Sentáronse á la mesa, y después de una opípara comida entraron en la biblioteca. Candido que vió un Homero magníficamente encuadernado, alabó mucho el fino gusto de Su Ilustrísima. Este es el libro, dixo, que era las delicias de Panglós, el mejor filósofo de Alemania. Pues no es las mías, dixo con mucha frialdad Pococurante: en otro tiempo me habían hecho creer que tenia mucho gusto en leerle; pero la repeticion no interrumpida de batallas que todas son parecidas, aquellos Dioses siempre en accion, y que nunca hacen cosa ninguna decisiva; aquella Helena, causa de la guerra, y que apenas tiene accion en el poema; aquella Troya siempre sitiada, y nunca tomada: todo esto me causaba un fastidio mortal. Algunas veces he preguntado á varios hombres doctos si los aburría esta lectura tanto como á mí; y todos los que hablaban sinceramente me han confesado que se les caía el libro de las manos, pero que era indispensable tenerle en su biblioteca, como un

monumento de la antigüedad, ó como una medalla enmohecida que no es ya materia de comercio.

No piensa así Vueselencia de Virgilio, dixo Candido. Convengo, dixo Pococurante, en que el segundo, el quarto y el sexto libro de su Eneyda son excelentes; mas por lo que hace Æ su pío Eneas, al fuerte Cloanto, al amigo Acates, al niæo Ascanio, al tonto del rey Latino, Æ la zafia Amata, y Æ la insulsa Lavinia, creo que no hay cosa mas fria ni mas desagradable: y mas me gusta el Taso, y las novelas para arrullar criaturas del Ariosto.

¿Me harÆ Su Excelencia el gusto de decirme, repuso Candido, si no le tiene muy grande en la lectura de Horacio? MÆxîmas hay en Øl, dixo Pococurante, que pueden ser œtiles Æ un hombre de mundo, y que reducidas Æ enØrgicos versos se graban con facilidad en la memoria; pero no me curo ni de su viage Æ Brindis, ni de su descripcion de una mala comida, ni de la disputa digna de unos mozos de esquina entre no sØ quØ Rupilo, cuyas razones, dice, _estaban llenas de podre_, y las de su contrincante _llenas de vinagre_. Sus groseros versos contra viejas y hechiceras los he leído con mucho asco; y no veo quØ mØrito tiene decir Æ su amigo Mecenas, que si le pone en el catÆlogo de poetas líricos, tocarÆ Æ los astros con su erguida frente. A los tontos todo los maravilla en un autor apreciado; pero yo, que leo para mí solo, no apruebo mas que lo que me da gusto. Candido, que se habia criado no juzgando de nada por sí propio, estaba muy atónito con todo quanto oía; y Æ Martin le parecía el modo de pensar de Pococurante muy conforme Æ razón.

¡Ha! aquí hay un Cicerón, dixo Candido: sin duda no se cansa Vueselencia de leerle. Nunca le leo, respondióel Veneciano. ¿QuØ tengo yo con que haya defendido Æ Rabirio óÆ Cluencio? Sobrados pleytos tengo sin esos que fallar. Mas me hubieran agradado sus obras filosóicas; pero quando he visto que de todo dudaba, he inferido que lo mismo sabia yo que Øl, y que para ser ignorante Æ nadie necesitaba.

¡Hola! ochenta tomos de la academia de ciencias; algo bueno podrÆ haber en ellos, exclamóMartin. Sí que lo habría, dixo Pococurante, si uno de los autores de ese fÆrrago hubiese inventado siquiera el arte de hacer alfileres; pero en todos esos libros no se hallan mas que sistemas vanos, y ninguna cosa œtil.

¡Quantas composiciones teatrales estoy viendo, dixo Candido, en italiano, en castellano y en francØs! Así es verdad, dixo el senador; de tres mil pasan, y no hay treinta buenas. Lo que es esas recopilaciones de sermones que todos juntos no equivalen Æ una pÆgina de SØneca, y todos esos librotos de teología, ya se presumen vms. que no los abro nunca, ni yo ni nadie.

ReparóMartin en unos estantes cargados de libros ingleses. Bien creo, dixo, que un republicano se recrea con la mayor parte de estas obras con tanta libertad escritas. Sí, respondióPococurante, bella cosa es escribir lo que se siente; que es la prerogativa del hombre. En nuestra Italia toda solo se escribe lo que no se siente, y no son

osados los moradores de la patria de los Cæsares y los Antoninos Æ concebir una idea sin la venia de un Domínico. Mucho me contentaria la libertad que Æ los ingenios ingleses inspira, si no estragaran la pasión y el espíritu de partido quantas dotes apreciables aquella tiene.

Reparando Candido en un Milton, le preguntósi tenia por un hombre sublime Æ este autor. ¿A quiØn? dixo Pococurante: ¿Æ ese bÆrbaro que en diez libros de duros versos ha hecho un prolixo comento del GØnesis? ¿Æ ese zafio imitador de los Griegos, que desfigura la creacion, y miØntras que pinta Moises al eterno Ser criando el mundo por su palabra, hace que coja el Mesías en un armario del cielo un inmenso compÆs para trazar su obra? ¡Yo, estimar Æ quien ha echado Æ perder el infierno y el diablo del Taso; Æ quien disfraza Æ Lucifer, unas veces de sapo, otras de pigmeo, le hace repetir cien veces las mismas razones, y disputar sobre teología; Æ quien imitando seriamente la cómica invencion de las armas de fuego del Ariosto, representa Æ los diablos tirando caæonazos en el cielo! Ni yo, ni nadie en Italia ha podido gustar de todas esas tristes extravagancias. Las bodas del Pecado y la Muerte, y las culebras que pare el Pecado provocan Æ vomitar Æ todo hombre de gusto algo delicado; y su prolixa descripcion de un hospital solo para un enterrador es buena. Este poema obscuro, estrambúico y repugnante, fue despreciado en su cuna, y yo le trato hoy como le tratÆron en su patria sus coetÆneos. Por lo demas, yo digo mi dictÆmen sin curarme de si los demas piensan como yo. Candido estaba muy afligido con estas razones, porque respetaba Æ Homero, y no le desagradaba Milton. ¡Ay! dixo en voz baxa Æ Martin, mucho me temo que profese este hombre un profundo desprecio Æ nuestros poetas tudescos. Poco inconveniente seria, replicóMartin. ¡O quØ hombre tan superior, decía entre dientes Candido, quØ ingenio tan divino este Pococurante! ninguna cosa le agrada.

Hecho el escrutinio de todos los libros, baxÆron al jardín, y Candido alabómucho todas sus preciosidades. No hay una cosa de peor gusto, dixo Pococurante, aquí no tenemos otra cosa que fruslerías; bien es que maæana voy Æ disponer que me planten otro por un estilo mas noble.

DespidiØronse en fin Æmbos curiosos de Su Excelencia, y al volverse Æ su casa dixo Candido Æ Martin: Confiese vm. que el seæor Pococurante es el mas feliz de los humanos, porque es un hombre superior Æ todo quanto tiene.

¿Pues no considera vm., dixo Martin, que estÆ aburrido de quanto tiene? Mucho tiempo ha que dixo Platon que no son los mejores estómagos los que vomitan todos los alimentos. ¿Pero no es un gusto, respondióCandido, criticarlo todo, y hallar defectos donde los demas solo perfecciones encuentran? Eso es lo mismo, replicóMartin, que decir que es mucho gusto no tener gustos. Segun eso, dixo Candido, no hay otro hombre feliz que yo, quando vuelva Æ ver Æ mi Cunegunda. Buena cosa es la esperanza, respondióMartin.

Corrian en tanto los dias y las semanas, y Cacambo no parecia, y estaba Candido tan sumido en su pesadumbre, que ni siquiera notóque

no habian venido a darle las gracias fray Hilarion ni Paquita.

CAPITULO XXVI.

__Que da cuenta de como Candido y Martin cenaron con unos extranjeros, y quien eran estos.__

Un día, yendo Candido y Martin a sentarse a la mesa con los forasteros alojados en su misma posada, se acercó por detrás al primero uno que tenia una cara de color de hollin de chimenea, el qual, agarrándole del brazo, le dixo: Dispóngase v. m. a venirse con nosotros, y no se descuide. Vuelve Candido el rostro, conoce a Cacambo; solo la vista de Cunegunda le hubiera podido causar mas extrañeza y mas contento. Poco le faltó para volverse loco de alegría; y dando mil abrazos a su caro amigo, le dixo: ¿Con que sin duda está contigo Cunegunda? ¿donde está? ¡Vágame verla, y a morir de gozo a sus plantas. Cunegunda no está aquí, dixo Cacambo, que está en Constantinopla.--¡Dios mio, en Constantinopla! pero aunque estuviera en la China, voy allá volando: vamos. Después de cenar nos iremos, respondió Cacambo: no puedo decir a v. m. mas, que soy esclavo, y me está esperando mi amo, y así es menester que le vaya a servir a la mesa: no diga v. m. una palabra; cene, y esté aparejado.

Preocupado Candido de júbilo y sentimiento, gozoso por haber vuelto a ver a su fiel agente, atónito de verle esclavo, rebotando en la alegría de encontrar a su amada, palpitándole el pecho, y vacilante su razon, se sentó a la mesa con Martin, el qual sin inmutarse contemplaba todas estas aventuras, y con otros seis extranjeros que habian venido a pasar el carnaval a Venecia.

Cacambo, que era el copero de uno de los extranjeros, arremióse a su amo al fin de la comida, le dixo al oido: Señor, Vuestra Magestad puede irse quando quisiere, que el buque está pronto; y se fué dichas estas palabras. Atónitos los convidados se miraban sin chistar, quando llegó otro sirviente a su amo, le dixo: Señor, el coche de Vuestra Magestad está en Padua, y el barco listo. El amo hizo una seña, y se fué el criado. Otra vez se miraron a la cara los convidados, y creció el asombro. Arremióse luego el tercer criado a otro extranjero, le dixo: Señor, cróame Vuestra Magestad, que no se debe detener mas aquí; yo voy a disponerlo todo, y desapareció

Entonces no dudaron Candido ni Martin de que era mogiganga de carnaval. El quarto criado dixo al quarto amo: Vuestra Magestad se podrá ir quando quiera, y se salió lo mismo que los demas. Otro tanto dixo el criado quinto al quinto amo; pero el sexto se explicó de muy diferente modo con el sexto forastero, que estaba al lado de Candido, y le dixo: A fe, Señor, que nadie quiere fiar un ochavo a Vuestra Magestad, ni a mi tampoco, y que esta misma noche pudiera ser muy bien que nos metieran en la cárcel, y así voy a ponerme en salvo: quédese

con Dios Vuestra Magestad.

Habiéndose marchado todos los criados, se quedaron en alto silencio Candido, Martin y los seis forasteros. Rompió al fin Candido, diciendo: Ciertamente, señores, que es donosa la burla; ¿porqué son todos vms. reyes? Yo por mi declaro que ni el señor Martin ni yo lo somos. Respondiendo entonces con mucha dignidad el amo de Cacambo, dixo en italiano: Yo no soy un bufón; mi nombre es Acmet III; he sido gran Sultán por espacio de muchos años; habia destronado a mi hermano, y mi sobrino me ha destronado a mí; a mis visires les han cortado la cabeza, y yo acabo mis días en el serrallo viejo. Mi sobrino el gran Sultán Mahamud me da licencia para viajar de quando en quando para restablecer mi salud; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Después de Acmet habló un mancebo que junto a él estaba, y dixo: Yo me llamo Ivan, he sido emperador de toda la Rusia, y destronado en la cuna. Mi padre y mi madre fueron encarcelados, y a mi me criaron en una cárcel. Algunas veces me dan licencia para viajar en compañía de mis alcaydes; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dixo luego el tercero: Yo soy Carlos Eduardo, rey de Inglaterra, habiéndome cedido mi padre sus derechos a la corona. He peleado por sustentarlos; a ochocientos partidarios míos les han arrancado el corazón, y les han sacudido con él en la cara: a mi me han tenido preso, y ahora voy a ver al Rey mi padre a Roma, el qual ha sido destronado así como mi abuelo, y así como yo; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Habló entonces el quarto, y dixo: Yo soy rey de los Polacos; la suerte de la guerra me ha privado de mis estados hereditarios; los mismos contratiempos ha sufrido mi padre: me resigno a los decretos de la Providencia, como hacen el sultán Acmet, el emperador Ivan, y el rey Carlos Eduardo, que Dios guarde dilatados años; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dixo después el quinto: También yo soy rey de los Polacos, y dos veces he perdido mi reyno; pero la Providencia me ha dado otro estado, en el qual he hecho mas bienes que quantos han podido hacer en las riberas del Vistula todos los reyes de la Sarmacia juntos: también me resigno a los juicios de la Providencia; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Habló por último el sexto monarca, y dixo: Caballeros, yo no soy tan gran señor como vms., mas al cabo rey he sido como el mas pintado: mi nombre es Teodoro; fui electo rey en Cócega, me daban _magestad_, y ahora apenas se dignan de decirme _su merced_: he hecho acuñar moneda, y no tengo un maravedí; tenia dos secretarios de estado, y apenas me queda un lacayo; me he visto en un trono, y he estado mucho tiempo en Londres en una cárcel acostado sobre paja; y me rezelo que me suceda aquí lo mismo, puesto que he venido, como Vuestras Magestades, a pasar el carnaval a Venecia.

Escucharon con magnánima compasión los otros cinco monarcas este

razonamiento, y dió cada uno veinte zequíes al rey Teodoro para que comprase vestidos y ropa blanca. Candido le regaló un brillante de dos mil zequíes. ¿Quién es este particular, dijeron los cinco reyes, que puede hacer una d'Édida cien veces más quantiosa que cualquiera de nosotros, y que efectivamente la hace?

Al levantarse de la mesa, llegaron a la misma posada cuatro Altezas Serenísimas que también habían perdido sus estados por los acasos de la guerra, y venían a pasar lo restante del carnaval a Venecia; pero no se informó siquiera Candido de las aventuras de los recién-venidos, no pensando en más que en ir a buscar a su amada Cunegunda a Constantinopla.

CAPITULO XXVII.

Del viage de Candido a Constantinopla.

Ya el fiel Cacambo había concertado con el capitán turco que había de llevar a Constantinopla al sultán Acmet, que tomara a bordo a Candido y a Martín; y ambos se embarcaron, habiéndose postrado primero ante su miserable Alteza. Candido en el camino decía a Martín: ¡Con que hemos cenado con seis reyes destronados, y de los seis a uno he tenido que darle una limosna! Acaso hay otros muchos príncipes más desgraciados. Yo a la verdad no he perdido más que cien carneros, y voy a descansar de mis fatigas en brazos de Cunegunda. Razon tenía Panglós, amado Martín, todo está bien. Sea enhorabuena, dijo Martín. Increíble aventura es empero, continuó Candido, la que en Venecia nos ha sucedido; porque nunca se ha visto ni oído cosa tal como cenar juntos en la misma posada seis monarcas destronados. No es eso cosa más extraordinaria, replicó Martín, que otras muchas que nos han sucedido. Con mucha frecuencia sucede que un rey sea destronado; y por lo que respeta a la honra que hemos tenido de cenar con ellos, eso es una friolera que ni siquiera mentarse merece.

Apenas estaba Candido en el navío, se arrojó en brazos de su criado antiguo y su amigo Cacambo. ¿Y pues, le dijo, qué hace Cunegunda? ¿es todavía un portento de beldad? ¿me quiere aun? ¿cómo está? Sin duda que le has comprado un palacio en Constantinopla. Señalóme mi amo, le respondió Cacambo, Cunegunda está fregando platos a orillas de la Propontis, en casa de un príncipe que tiene poquísimos platos, porque es esclava de un soberano antiguo llamado Ragotski, a quien da el gran Turco tres duros diarios en su asilo; y lo peor es que ha perdido su hermosura, y que está horrorosa de puro fea. ¡Ay! fea ó hermosa, dijo Candido, yo soy hombre de bien, y mi obligación es quererla siempre. ¿Pero cómo se puede encontrar en tan miserable estado con el millón de duros que tu le llevaste? Bueno está eso, respondió Cacambo: ¿pues no tuve que dar doscientos mil al señor Don Fernando de Ibarra, Figueroa, Mascareñas, Lampurdan y Souza, gobernador de Buenos-Ayres, para alcanzar su licencia de traerme a Cunegunda? ¿y no

nos ha robado un pirata todo quanto nos había quedado? ¿No nos ha conducido dicho pirata al cabo de Matapan, Æ Milo, Æ Nicaria, Æ Samos, Æ Petri, Æ los Dardanelos, Æ MÆrmará y Æ Escutari? Cunegunda y la vieja estan sirviendo al príncipe que llevo dicho, y yo soy esclavo del sultan destronado. ¡Quanta espantosa calamidad encadenada una con otra! dixo Candido. Al cabo aun me quedan algunos diamantes, y con facilidad rescatarØ Æ Cunegunda. ¡Que lÆstima es que estØ tan fea! VolviØndose luego Æ Martin, le dixo: ¿QuiØn piensa vm. que es mas digno de compasion, el emperador Acmet, el emperador Ivan, el rey Carlos Eduardo, óyo? No lo sØ, dixo Martin, y menester fuera hallarme dentro del pecho de vms. para saberlo. Ha, dixo Candido, si estuviera aquí Panglós, el lo sabria, y nos lo diria. Yo no poseo, respondiØ Martin, la balanza con que pesaba ese seæor Panglós las miserias, y valuaba las cuitas humanas; pero sí presumo que hay en la tierra millones de hombres mas dignos de lÆstima que el rey Carlos Eduardo, el emperador Ivan, y el sultan Acmet. Bien puede ser, dixo Candido.

A pocos dias llegÆron al canal del mar Negro. Candido rescatóÆ precio muy subido Æ Cacambo, y sin perder un instante se metiócon sus compaæeros en una galera para ir Æ orillas de la Propontis en demanda de Cunegunda, por mas fea que estuviese.

Habia entre la chusma dos galeotes que remaban muy mal, y Æ quien el arraez levantisco aplicaba de quando en quando sendos latigazos en las espaldas con el rebenque. Por un movimiento natural los miróCandido con mas atención que Æ los demas forzados, arrimÆndose a ellos con lÆstima; y en algunas facciones de sus desfigurados rostros le parecióque se daban un poco de ayre Æ Panglós, y al otro desventurado jesuíta, al baron, hermano de Cunegunda. Enternecido y movido Æ compasión con esta idea, los contemplócon mayor atencion, y dixo Æ Cacambo: Por mi vida, que si no hubiera visto ahorcar Æ maese Panglós, y no hubiera tenido la desgracia de matar al baron, creeria que son esos que van remando en la galera.

Oyendo los nombres del baron y de Panglós, diØron un agudo grito Æmbos galeotes, se parÆron en el banco, y dexÆron caer los remos. Al punto se tiróÆ ellos el arraez, menudeando los latigazos con el rebenque. DetØngase, detØngase, Seæor, clamóCandido, que le darØ el dinero que me pidiere. ¿Con que es Candido? decia uno de los forzados. ¿Con que es Candido? repetia el otro. ¿Es sueæo? decia Candido; ¿estoy en esta galera? ¿estoy despierto? ¿Es el seæor baron Æ quien yo matØ? ¿es maese Panglós Æ quien vi ahorcar? Nosotros somos, nosotros somos, respondian Æ la par. ¿Con que este es aquel insigne filósofo? decia Martin. Ha, seæor arraez levantisco, ¿quanto quiere por el rescate del seæor baron de Tunder-ten-tronck, uno de los primeros barones del imperio, y del seæor Panglós, el metafísico mas profundo de Alemania?

Perro cristiano, respondiØel arraez, una vez que esos dos perros de galeotes cristianos son barones y metafísicos, lo qual es sin duda un, cargo muy alto en su pais, me has de dar por ellos cincuenta mil zequíes.--Yo se los darØ, seæor; llØveme de un vuelo Æ Constantinopla, y al punto serÆ satisfecho; pero no, llØveme Æ casa de Cunegunda. El arrÆez, así que oyóla oferta de Candido, puso la proa Æ la ciudad, y

hacia que remaran con mas ligereza que un pÆxaro sesga el ayre.

DióCandido cien abrazos Æ Panglós y al baron.--¿Pues cómo no he muerto Æ vm., mi amado baron? ¿y vm., mi amado Panglós, cómo estÆ vivo habiØndole ahorcado? ¿y porquØ estÆn Æmbos en galeras en Turquía? ¿Es cierto que estØ mi querida hermana en esta tierra? dixo el barón. Sí, Seæor, respondióCacambo. Al fin vuelvo Æ ver Æ mi caro Candido, exclamaba Panglós. Candido les presentaba Æ Martin y Æ Cacambo: todos se abrazaban, todos hablaban Æ la par; bogaba la galera, y estaban ya dentro del puerto. LlamÆron Æ un Judío Æ quien vendióCandido por cincuenta mil zequíes un diamante que valia cien mil, y el Judío le jurópor Abrahan, que no podía dar un ochavo mas. Incontinenti satisfizo el rescate del baron y Panglós: este se arrojóÆ las plantas de su libertador, bæÆndolas en lÆggrimas; aquel le diólas gracias baxando la cabeza, y le prometiópagarle su dinero así que tuviese con que. ¿Pero es posible, decia, que estØ en Turquía mi hermana? Tan posible, replicóCacambo, que estÆ fregando platos en casa de un príncipe de Transilvania. LlamÆron, al punto Æ otros Judíos, vendió Candido otros diamantes, y se partiØron todos en otra galera para ir Æ librar Æ Cunegunda.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de los sucesos que pasÆron con Candido, Cunegunda, Panglós y Martin.

Mil perdones pido Æ vm., dixo Candido al baron, mil perdones, padre reverendísimo, de haberle pasado el cuerpo de una estocada. No tratemos mas de eso, dixo el baron, yo confieso que me excedí un poco. Pero una vez que desea vm. saber como me he visto en galeras, le contarØ que despues que me hubo sanado de mi herida el hermano boticario del colegio, me acometióy me hizo prisionero una partida espaæola, y me pusiØron en la cÆrcel de Buenos-Ayres, quando acababa mi hermana de embarcarse para Europa. Pedí que me enviaran Æ Roma al padre general, y me nombrÆron para ir Æ Constantinopla de capellan de la embaxada de Francia. Habia apØnas ocho dias que estaba desempeæando las obligaciones de mi empleo, quando encontrØ una noche Æ un icoglan muy muchacho y muy lindo; y como hacia mucho calor, quiso el mozo bææarse, y yo tambien me metí con el en el bææo, no sabiendo que era delito capital en un cristiano que le hallaran desnudo con un mancebo musulman. Un cadí me mando dar cien palos en la planta de los piØs, y me condenóÆ galeras; y pienso que jamas se ha cometido injusticia mas horrorosa. Ahora querria saber porque se halla mi hermana de fregona de un príncipe de Transilvania refugiado en Turquía.

¿Y vm., mi amado Panglós, cómo es posible que le estØ viendo? Verdad es, dixo Panglós, que me viste ahorcar; iban Æ quemarme, pero ya te acuerdas que llovía Æ chaparrones quando me habian de echar Æ la hoguera, y que no fuØ posible encender el fuego; así que me ahorcÆron,

sin exemplar, no pudiendo mas: y un cirujano que comprómi cuerpo, me llevóÆ su casa, y me disecó Primero me hizo una incision crucial desde el ombligo hasta la clavícula. Yo estaba tan mal ahorcado, que no podia ser mas: el executor de las sentencias de la santa inquisicion, que era subdiÆcono, es verdad que quemaba las personas con la mayor habilidad, pero no entendia cosa en materia de ahorcar: la sogá que estaba mojada apretópoco, en fin todavía estaba vivo. La incision crucial me hizo dar un grito tan desahorado, que atemorizado el cirujano se cayóde espaldas; y creyendo que estaba disecando Æ Lucifer se escapómuerto de miedo, y se volvióÆ caer de la escalera abaxo. Al estrØpito acudiósu muger de un quarto inmediato; y viØndome tendido en la mesa con la incision crucial, se asustómas que su marido, se escapó y se cayóencima de Øl. Quando volviØron algo en sí, oí que decia la cirujana al cirujano: ¿QuiØn te metióen disecar Æ un herege? ¿acaso no sabes que todos ellos tienen metido el diablo en el cuerpo? me voy corriendo Æ llamar Æ un clØrigo que le exócize. Asustado con estas palabras recogí las pocas fuerzas que me quedaban, y me puse Æ gritar: Tengan lÆstima de mí. Al fin cobróÆnimo el barbero portuguØs, me dióunos quantos puntos en la incision, su muger me cuidó y Æ cabo de quinze días estaba ya bueno. El barbero me acomodóde lacayo de un caballero de Malta que iba Æ Venecia; pero no teniendo mi amo con que mantenerme, me puse Æ servir Æ un mercader veneciano, y le acompaæØ Æ Constantinopla.

Ocurrióme un dia la idea de entrar en una mezquita, donde no habia mas que un iman viejo y una santurrona moza muy bonita, que rezaba sus padre-nuestrós: tenia descubiertos los pechos, y entre las dos tetas un ramillete muy hermoso de tulipas, rosas, anØmonas, rançenculos, jacintos y aurículas. Cayósele el ramillete, y yo le cogí, y se le puse con tanta cortesía como respeto. Tanto tardaba en ponØrsele, que se enfadóel iman; y advirtiendó que era cristiano, llamógente. LlevÆronme Æ casa del cadí, que me mandódar cien varazos en los piØs y me envióÆ galeras, amarrÆndome justamente Æ la misma galera y al mismo banco que el seæor baron. En ella habia quatro mozos de Marsella, cinco clØrigos napolitanos, y dos frayles de Corfœ, que nos asegurÆron que casi todos los días sucedian aventuras como las nuestras. Sustentaba el seæor baron que le habian hecho mas injusticia que Æ mí; y yo defendía que mucho mas permitido era volver Æ poner un ramillete al pecho de una moza, que hallarse en cueros con un icoglan: disputÆbamos continuamente, y nos sacudian cien latigazos al dia con la penca, quando te conduxo Æ nuestra galera la cadena de los sucesos de este universo, y nos rescataste. ¿Y pues, amado Panglós, le dixo Candido, quando se vióvm. ahorcado, disecado, molido Æ palos, y remando en galeras, pensaba que todo iba perfectamente? Siempre me estoy en mis trece, respondióPanglós; que al fin soy filósofo, y un filósofo no se ha de desdecir, porque no se puede engaæar Leibnitz, aparte que la armonía preestablecida, es la cosa mas linda del mundo, no mØnos que el lleno y la materia sutil.

De como topóCandido con Cunegunda y con la vieja.

MiØntras se daban cuenta de sus aventuras Candido, el baron, Pangló, Martin y Cacambo; miØntras que discurrían acerca de los sucesos contingentes óno contingentes de este mundo, que disputaban sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y el mal físico, sobre la libertad y la necesidad, sobre los consuelos que puede recibir quien estÆ en galeras en Turquía, aportÆron Æ las playas de la Propontis, junto Æ la morada del príncipe de Transilvania. Lo primero que se les presentófuØ Cunegunda y la vieja que estaban tendiendo unas servilletas para que se enxugasen en unas tomizas. Al ver esta escena, se puso amarillo el baron; y el tierno y enamorado Candido contemplando Æ Cunegunda toda prieta, los ojos lagaæosos, enxutos los pechos, la cara arrugada, y los bazos amoratados, se hizo tres pasos atras, y se adelantó luego por buena crianza. AbrazóCunegunda Æ Candido y Æ su hermano, todos abrazÆron Æ la vieja, y Candido las rescatóÆ entrÆmbas.

Habia un cortijillo en las inmediaciones, y propuso la vieja Æ Candido que le comprase, ínterin hallaba toda la compaæía mejor acómodo. Cunegunda que no sabia que estaba fea, no habiØndoselo dicho nadie, acordósus promesas Æ Candido en tono tan resuelto, que no se atrevió el pobre Æ replicar. Declarópues al baron que se iba Æ casar con su hermana; pero este dixo: Nunca consentirØ yo en semejante vileza de su parte, y tamaæa osadía de la tuya, ni nunca no podrÆn echar en cara tal ignominia. ¿Con que los hijos de mi hermana no podrÆn entrar en los cabildos de Alemania? No, mi hermana no se ha de casar, como no sea con un baron del imperio. Cunegunda se postróÆ sus plantas, y las baæóen llanto, pero fuØ en balde. ¡Fatuo, sin seso, le dixo Candido, te he librado de galeras, he pagado tu rescate, y el de tu hermana que estaba fregando platos, y que es fea; soy tan bueno que quiero que sea mi muger, y todavía quieres tu estorbÆrmelo! Si me dexara llevar de la ira, te matara segunda vez. Otras ciento me puedes matar, respondióel baron, pero no te has de casar con mi hermana miØntras yo viva.

CAPITULO XXX.

Donde se da fin Æ la historia.

En lo interior de su corazon no tenia Candido ganas ningunas de casarse con Cunegunda; pero la mucha insolencia del baron le determinó Æ acelerar las bodas, sin contar que la baronesita le apretaba tanto, que no las podía dilatar mas. Consultópues Æ Pangló, Æ Martin y al fiel Cacambo. Pangló compuso una erudita memoria, probando que no tenia el baron derecho ninguno en su hermana, y que segun todas las leyes del imperio podía Cunegunda casarse con Candido, dÆndole la mano izquierda; Martin fuØ de parecer de que tiraran con el baron al mar; y

Cacambo de que se le entregaran al arreez levantisco, el qual le volveria a poner a remar en la galera, ínterin le enviaban al padre general por la primera embarcacion que diese a la vela para Roma. Pareció bien esta idea: aprobada la vieja; y sin decir palabra a Cunegunda, se puso en execucion mediante algun dinero: teniendo así la satisfaccion de jugar pieza a un jesuita, y escarmentar la vanidad de un baron aleman.

Cosa natural era pensar que despues de tantas desgracias Candido casado con su amada, viviendo en compañia del filósofo Panglós, del filósofo Martin, del prudente Cacambo y de la vieja, y habiendo traído tantos diamantes de la patria de los antiguos Incas, disfrutaria la vida mas feliz; pero tanto le estafaron los Judíos, que no le quedaron mas bienes que su pobre cortijo. Su muger, que cada dia era mas fea, se hizo de una condicion de vinagre inaguantable; y la vieja cayó enferma, y era mas regañona, todavía que Cunegunda. Cacambo que cavaba el huerto y llevaba a vender la hortaliza a Constantinopla, estaba rendido de faena, y maldecia su suerte. Panglós se desesperaba, porque no lucia su saber en alguna universidad de Alemania: solo Martin, firmemente convencido de que en todas partes el hombre se encuentra mal, llevaba las cosas en paciencia. Algunas veces disputaban Candido, Martin y Panglós sobre metafísica y moral. Por las ventanas del cortijo solían pasar con mucha frecuencia barcos cargados de efendis, baxeles y cadíes, que iban desterrados a Lemnos, Mitylene y Erzerum; y llegar otros cadíes, otros baxeles y otros efendis, que ocupaban el lugar de los depuestos, y que lo eran ellos luego; y se vían cabezas rellenas con mucho aseo de paja, que se llevaban de regalo a la Sublime Puerta. Estas escenas daban materia a nuevas disertaciones; y quando no disputaban se aburrían tanto, que la vieja se aventuró a decirles un dia: Quisiera yo saber què es peor, ¿ser violada cien veces al dia por piratas negros, verse cortar una nalga, pasar baquetas entre los Bugaros, ser azotado y ahorcado en un auto de fe, ser disecado, remar en galeras, finalmente padecer todas quantas desventuras hemos pasado, ó estar aquí sin hacer nada? Ardua es la cuestión, dixo Candido.

Suscitó este razonamiento nuevas reflexiones; y coligió Martin que el destino del hombre era vivir en las convulsiones de las angustias, ó en el parasismo del fastidio. Candido no se lo concedia, pero no afirmaba nada: Panglós confesaba que toda su vida habia sido una serie de horrorosos infortunios; pero como una vez habia sustentado que todo estaba perfecto, seguía sustentándolo sin creerlo. Lo que acabó de cimentar los detestables principios de Martin, de hacer titubear mas que nunca a Candido, y de poner en confusion a Panglós, fuè que un dia vieron llegar a su cortijo a Paquita y fray Hilarion en la mas horrenda miseria. En breve tiempo se habian comido los tres mil duros, se habian dexado y vueltose a juntar, y vuelto a reair, habian sido puestos en la cárcel, se habian escapado, y finalmente fray Hilarion se habia hecho Turco. Paquita seguía exercitando su oficio, pero ya no ganaba con el para comer. Bien habia yo pronosticado, dixo Martín a Candido, que en breve disiparian las riquezas de vm., y serian mas miserables: vm. y Cacambo han rebosado en millones de pesos, y no son mas afortunados que fray Hilarion y Paquita. ¡Ha, dixo Panglós a

Paquita, con que te ha traído el cielo con nosotros! ¿Sabes, pobre muchacha, que me tienes de costa la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¡QuØ mudada que estÆs! ¡vÆlgame Dios, lo que es este mundo! Esta nueva aventura les diómÆrgen Æ que filosofaran mas que nunca.

En la vecindad vivía un derviche que gozaba la reputacion del mejor filósofo de Turquía.

FuØren Æ consultarle; hablóPanglós por los demÆs, y le dixo: Maestro, venimos Æ rogarte que nos digas para que fuØ formado un animal tan extraæo como el hombre? ¿QuiØn te mete en eso? le dixo el derviche: ¿te importa para algo? Pero, reverendo padre, horribles males hay en la tierra. ¿QuØ hace al caso que haya bienes óque haya males? quando envía Su Alteza un navio Æ Egipto, se informa de si se hallan bien ó mal los ratones que van en Øl? Pues quØ se ha de hacer? dixo Panglós. Que te calles, respondióel derviche. Yo esperaba, dixo Panglós, discurrir con vos acerca de las causas y los efectos, del mejor de los mundos posibles, del origen del mal, de la naturaleza del alma, y de la harmonía preestablecida. En respuesta les dióel derviche con la puerta en los hocicos.

MiØntras que estaban en esta conversacion, se esparcióla voz de que acababan de ahorcar en Constantinopla Æ dos visires del banco y al muftí, y de empalar Æ varios de sus amigos; catÆstrofe que metiómucha bulla por espacia de algunas horas. Al volverse Panglós, Candido y Martin Æ su cortijo, 'encontrÆron Æ un buen anciano que estaba tomando el fresco Æ la puerta de su casa, baxo un emparrado de naranjos. Panglós, que no era mØnos curioso que argu-mentista, le preguntócomo se llamaba el muftí que acababan de ahorcar. No lo sØ, respondióel buen hombre, ni nunca he sabido el nombre de muftí ni de visir ninguno. Ignoro absolutamente la aventura de que me hablais; presumo, sí, que generalmente los que manejan los negocios pœblicos parecen Æ veces miserablemente, y que bien se lo merecen; pero jamas me informo de los sucesos de Constantinopla, contentandome con enviarÆ vender allÆ las frutas del huerto que labro. Dicho esto, convidóÆ los extranjeros Æ entrar en su casa; y sus dos hijas y dos hijos les presentÆron muchas especies de sorbetes que ellos propios fabricaban, kaimak guarnecido de cÆscaras de azamboa confitadas, naranjas, limones, limas, pinas, alfónsigos, y cafØ de Moka, que no estaba mezclado con los malos cafØes de Batavia y las islas de AmØrica; y luego las dos hijas del buen musulman sahumÆron las barbas de Candido, Panglós y Martin. Sin duda que teneis, dixo Candido al Turco, una vasta y magnífica posesión. Nada mas que veinte fanegadas de tierra, respondióel Turco, que labro con mis hijos: y el trabajo nos libra de tres insufribles calamidades, el aburrimiento, el vicio, y la necesidad.

MiØntras se volvía Candido Æ su cortijo, iba haciendo profundas reflexiones en las razones del Turco, y le dixo Æ Panglós y Æ Martin: Se me figura que se ha sabido este buen viejo labrar una suerte muy mas feliz que la de los seis monarcas con quien tuvimos la honra de cenar en Venecia. Las grandezas, dixo Panglós, son muy peligrosas, segun opinan todos los filósofos. Eglon, rey de los Moabita, fuØ

asesinado por Aod; Absalon colgado de los cabellos y atravesado con tres saetas; el rey Nadab, hijo de Jeroboan, muerto por Baza; el rey Ela por Zambri; Ocosías por Jehœ; Atalia por Joyada; y los reyes Joaquín, Jeconías y Sedecías fueron esclavos. Sabido es de qué modo murieron Creso, Astyages, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Hanibal, Jugurta, Ariovisto, César, Pompeyo, Neron, Oton, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, Eduardo II, Enrique VI, Ricardo III, María Estuardo, Carlos I, los tres Henriques de Francia, el emperador Heririque IV, el rey godo Don Rodrigo, Don Alvaro de Luna; y nadie ignora... Tampoco ignoro yo, dixo Cundido, que es menester cultivar nuestra huerta. Razon tienes, dixo Panglós; porque quando fué colocado el hombre en el paraíso de Eden, fué para labrarle, _ut operaretur eum_, lo qual prueba que no nació para el sosiego. Trabajemos pues sin argumentar, dixo Martin, que es el medio cénico de que sea la ida tolerable.

Toda la compaña aprobó una loable determinación; empezada uno a ejercitar su habilidad, y el cortijillo rindió mucho. Verdad es que Cunegunda era muy fea, pero hacia excelentes pasteles; Paquita bordaba, y la vieja cuidaba de la ropa blanca. Hasta fray Hilarion sirvió que aprendió con perfección el oficio de carpintero, y paró en ser muy hombre de bien. Panglós decía algunas veces a Candido. Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque si no te hubieran echado a patadas en el trasero de una magnífica quinta por amor de Cunegunda, si no te hubieran metido en la inquisición, si no hubieras andado a pie por las soledades de la América, si no hubieras pegado una birre estocada al barón, y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen país del Dorado, no estarías aquí ahora comiendo azamboas en dulce, y alfonsigos. Bien dice vm., respondió Candido; pero es menester labrar nuestra huerta.

Fin de Candido, ó del Optimismo.

TABLA

DE LAS NOVELAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO.

ZADIG, Ó EL DESTINO, historia oriental Dedicatoria de Zadig a la sultana Cheraah, por Sadi.

CAP. I. El tuerto

CAP. II. Las narices

CAP. III. El perro y el caballo

CAP. IV. El envidioso

CAP. V. El generoso

CAP. VI. El ministro

CAP. VII. Disputas y audiencias

CAP. VIII. Los zelos

CAP. IX. La muger aporreada

CAP. X. La esclavitud
CAP. XI. La hoguera
CAP. XII. La cena
CAP. XIII. Las citas
CAP. XIV. El bayle
CAP. XV. Los ojos azules
CAP. XVI. El bandolero
CAP. XVII. El pescador
CAP. XVIII. El basilisco
CAP. XIX. Las justas
CAP. XX. El ermitaño
CAP. XXI. Las adivinanzas

COMO ANDA EL MUNDO, vision de Babuco, escrita por el propio MEMNON,
ÓLA CORDURA HUMABA LOS DOS CONSOLADOS HISTORIA DE LOS VIAGES DE
ESCARMENTADO, escrita por el propio.

MICROMEGAS, historia filosófica.

CAP. I. Viage de un raorador del mundo de la estrella Sino al planeta
de Saturno.
CAP. II. Conversación del morador de Siriot con el de Saturno.
CAP. III. Viage de los dos habitantes de Sirio y Saturno.
CAP. IV. Que da cuenta de lo que les sucedió en el globo de la tierra.
CAP. V. Experiencias y raciocinios de ambos caminantes.
CAP. VI. De lo que les aconteció con unos hombres.
CAP. VII. Conversación con los hombres.

HISTORIA DE UN BUEN BRAMA.

CANDIDO, ÓEL OPTIMISMO.

CAP. I. Donde se da cuenta de como fue criado Candido en una hermosa
quinta, y como de ella fue echado a patadas.
CAP. II. De lo que sucedió a Candido con los Bulgaros.
CAP. III. De qué modo se libró Candido de manos de los Bulgaros, y de
lo que le sucedió despues.
CAP. IV. De qué modo encontró Candido a su maestro de filosofía, el
doctor Pangló, y de lo que le aconteció
CAP. V. De una tormenta, un naufragio, y un terremoto. De los sucesos
del doctor Pangló, de Candido, y de Santiago el anabautista.
CAP. VI. Del magnífico auto de fe que se hizo para que cesara el
terremoto, y de los doscientos azotes que pegaron a Candido.
CAP. VII. Que cuenta como una vieja remedió las cuitas de Candido, y
como topó este con su dama.
CAP. VIII. Historia de Cunegunda.
CAP. IX. Prosiguen los sucesos de Cunegunda, Candido, el inquisidor
general, y el Judío.
CAP. X. De la triste situacion en que se vieron Candido, Cunegunda y
la vieja; de su arribo a Cadiz, y como se embarcaron para América.
CAP. XI. Que cuenta la historia de la vieja.
CAP. XII. Donde prosigue la historia de la vieja.
CAP. XIII. De como Candi lo tuvo que separarse por fuerza de la

hermosa Cunegunda y la vieja.

CAP. XIV. Del recibimiento que Æ Candido y Cacambo hicieron los jesuitas del Paraguay.

CAP. XV. Que cuenta la muerte que dió Candido al hermano de su querida Cunegunda.

CAP. XVI. Donde se da cuenta de los sucesos de nuestros dos caminantes con dos muchachas, dos ximios, y los salvages llamados Orejones.

CAP. XVII. Cuéntase el arribo de Candido con su criado al pais del Dorado, y lo que allí vieron.

CAP. XVIII. Donde se da cuenta de lo que en el pais del Dorado vieron.

CAP. XIX. De los sucesos de Surinam, y del conocimiento que hizo Candido de Martin.

CAP. XX. De lo que sucedió Æ Candido y Æ Martin durante la navegacion.

CAP. XXI. Donde se da cuenta de la plática de Candido y Martin, al acercarse Æ las costas de Francia.

CAP. XXII. De los sucesos que en Francia acontecieron Æ Candido y Æ Martin.

CAP. XXIII. Del arribo de Candido y Martin Æ la costa de Inglaterra, y de lo que allí vieron.

CAP. XXIV. Que trata de fray Hilarion y de Paquita.

CAP. XXV. Que da cuenta de la visita que hicieron Martin y Candido al seæor Pococurante, noble veneciano.

CAP. XXVI. Que da cuenta de como Candido y Martin cenaron con unos extranjeros, y quien eran estos.

CAP. XXVII. Del viage de Candido Æ Constantinopla.

CAP. XXVIII. Que trata de los sucesos que pasaron con Candido, Cunegunda, Pangló y Martin.

CAP. XXIX. De como topó Candido con Cunegunda y con la vieja.

CAP. XXX. Donde se da fin Æ la historia

End of the Project Gutenberg EBook of Candido, o El Optimismo, by Voltaire

*** END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK CANDIDO, O EL OPTIMISMO ***

This file should be named 8cand10.txt or 8cand10.zip

Corrected EDITIONS of our eBooks get a new NUMBER, 8cand11.txt

VERSIONS based on separate sources get new LETTER, 8cand10a.txt

Produced by Tom Richards, Arno Peters, Juliet Sutherland, Charles Franks and the Online Distributed Proofreading Team.

Project Gutenberg eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the US unless a copyright notice is included. Thus, we usually do not keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

We are now trying to release all our eBooks one year in advance of the official release dates, leaving time for better editing.

Please be encouraged to tell us about any error or corrections,

even years after the official publication date.

Please note neither this listing nor its contents are final til midnight of the last day of the month of any such announcement. The official release date of all Project Gutenberg eBooks is at Midnight, Central Time, of the last day of the stated month. A preliminary version may often be posted for suggestion, comment and editing by those who wish to do so.

Most people start at our Web sites at:
<http://gutenberg.net> or
<http://promo.net/pg>

These Web sites include award-winning information about Project Gutenberg, including how to donate, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter (free!).

Those of you who want to download any eBook before announcement can get to them as follows, and just download by date. This is also a good way to get them instantly upon announcement, as the indexes our cataloguers produce obviously take a while after an announcement goes out in the Project Gutenberg Newsletter.

<http://www.ibiblio.org/gutenberg/etext03> or
<ftp://ftp.ibiblio.org/pub/docs/books/gutenberg/etext03>

Or /etext02, 01, 00, 99, 98, 97, 96, 95, 94, 93, 92, 91 or 90

Just search by the first five letters of the filename you want, as it appears in our Newsletters.

Information about Project Gutenberg (one page)

We produce about two million dollars for each hour we work. The time it takes us, a rather conservative estimate, is fifty hours to get any eBook selected, entered, proofread, edited, copyright searched and analyzed, the copyright letters written, etc. Our projected audience is one hundred million readers. If the value per text is nominally estimated at one dollar then we produce \$2 million dollars per hour in 2002 as we release over 100 new text files per month: 1240 more eBooks in 2001 for a total of 4000+ We are already on our way to trying for 2000 more eBooks in 2002 If they reach just 1-2% of the world's population then the total will reach over half a trillion eBooks given away by year's end.

The Goal of Project Gutenberg is to Give Away 1 Trillion eBooks! This is ten thousand titles each to one hundred million readers, which is only about 4% of the present number of computer users.

Here is the briefest record of our progress (* means estimated):

eBooks Year Month

1 1971 July
10 1991 January
100 1994 January
1000 1997 August
1500 1998 October
2000 1999 December
2500 2000 December
3000 2001 November
4000 2001 October/November
6000 2002 December*
9000 2003 November*
10000 2004 January*

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation has been created to secure a future for Project Gutenberg into the next millennium.

We need your donations more than ever!

As of February, 2002, contributions are being solicited from people and organizations in: Alabama, Alaska, Arkansas, Connecticut, Delaware, District of Columbia, Florida, Georgia, Hawaii, Illinois, Indiana, Iowa, Kansas, Kentucky, Louisiana, Maine, Massachusetts, Michigan, Mississippi, Missouri, Montana, Nebraska, Nevada, New Hampshire, New Jersey, New Mexico, New York, North Carolina, Ohio, Oklahoma, Oregon, Pennsylvania, Rhode Island, South Carolina, South Dakota, Tennessee, Texas, Utah, Vermont, Virginia, Washington, West Virginia, Wisconsin, and Wyoming.

We have filed in all 50 states now, but these are the only ones that have responded.

As the requirements for other states are met, additions to this list will be made and fund raising will begin in the additional states. Please feel free to ask to check the status of your state.

In answer to various questions we have received on this:

We are constantly working on finishing the paperwork to legally request donations in all 50 states. If your state is not listed and you would like to know if we have added it since the list you have, just ask.

While we cannot solicit donations from people in states where we are not yet registered, we know of no prohibition against accepting donations from donors in these states who approach us with an offer to donate.

International donations are accepted, but we don't know ANYTHING about how to make them tax-deductible, or even if they CAN be made deductible, and don't have the staff to handle it even if there are

ways.

Donations by check or money order may be sent to:

Project Gutenberg Literary Archive Foundation
PMB 113
1739 University Ave.
Oxford, MS 38655-4109

Contact us if you want to arrange for a wire transfer or payment method other than by check or money order.

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation has been approved by the US Internal Revenue Service as a 501(c)(3) organization with EIN [Employee Identification Number] 64-622154. Donations are tax-deductible to the maximum extent permitted by law. As fund-raising requirements for other states are met, additions to this list will be made and fund-raising will begin in the additional states.

We need your donations more than ever!

You can get up to date donation information online at:

<http://www.gutenberg.net/donation.html>

If you can't reach Project Gutenberg,
you can always email directly to:

Michael S. Hart <hart@pobox.com>

Prof. Hart will answer or forward your message.

We would prefer to send you information by email.

****The Legal Small Print****

(Three Pages)

*****START**THE SMALL PRINT!**FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS**START*****

Why is this "Small Print!" statement here? You know: lawyers. They tell us you might sue us if there is something wrong with your copy of this eBook, even if you got it for free from someone other than us, and even if what's wrong is not our fault. So, among other things, this "Small Print!" statement disclaims most of our liability to you. It also tells you how you may distribute copies of this eBook if you want to.

***BEFORE!* YOU USE OR READ THIS EBOOK**

By using or reading any part of this PROJECT GUTENBERG-tm eBook, you indicate that you understand, agree to and accept this "Small Print!" statement. If you do not, you can receive a refund of the money (if any) you paid for this eBook by sending a request within 30 days of receiving it to the person you got it from. If you received this eBook on a physical medium (such as a disk), you must return it with your request.

ABOUT PROJECT GUTENBERG-TM EBOOKS

This PROJECT GUTENBERG-tm eBook, like most PROJECT GUTENBERG-tm eBooks, is a "public domain" work distributed by Professor Michael S. Hart through the Project Gutenberg Association (the "Project"). Among other things, this means that no one owns a United States copyright on or for this work, so the Project (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth below, apply if you wish to copy and distribute this eBook under the "PROJECT GUTENBERG" trademark.

Please do not use the "PROJECT GUTENBERG" trademark to market any commercial products without permission.

To create these eBooks, the Project expends considerable efforts to identify, transcribe and proofread public domain works. Despite these efforts, the Project's eBooks and any medium they may be on may contain "Defects". Among other things, Defects may take the form of incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other eBook medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

LIMITED WARRANTY; DISCLAIMER OF DAMAGES

But for the "Right of Replacement or Refund" described below, [1] Michael Hart and the Foundation (and any other party you may receive this eBook from as a PROJECT GUTENBERG-tm eBook) disclaims all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees, and [2] YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE OR UNDER STRICT LIABILITY, OR FOR BREACH OF WARRANTY OR CONTRACT, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES, EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGES.

If you discover a Defect in this eBook within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending an explanatory note within that time to the person you received it from. If you received it on a physical medium, you must return it with your note, and such person may choose to alternatively give you a replacement copy. If you received it electronically, such person may choose to alternatively give you a second opportunity to receive it electronically.

THIS EBOOK IS OTHERWISE PROVIDED TO YOU "AS-IS". NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, ARE MADE TO YOU AS TO THE EBOOK OR ANY MEDIUM IT MAY BE ON, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR A PARTICULAR PURPOSE.

Some states do not allow disclaimers of implied warranties or the exclusion or limitation of consequential damages, so the above disclaimers and exclusions may not apply to you, and you may have other legal rights.

INDEMNITY

You will indemnify and hold Michael Hart, the Foundation, and its trustees and agents, and any volunteers associated with the production and distribution of Project Gutenberg-tm texts harmless, from all liability, cost and expense, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following that you do or cause: [1] distribution of this eBook, [2] alteration, modification, or addition to the eBook, or [3] any Defect.

DISTRIBUTION UNDER "PROJECT GUTENBERG-tm"

You may distribute copies of this eBook electronically, or by disk, book or any other medium if you either delete this "Small Print!" and all other references to Project Gutenberg, or:

[1] Only give exact copies of it. Among other things, this requires that you do not remove, alter or modify the eBook or this "small print!" statement. You may however, if you wish, distribute this eBook in machine readable binary, compressed, mark-up, or proprietary form, including any form resulting from conversion by word processing or hypertext software, but only so long as *EITHER*:

[*] The eBook, when displayed, is clearly readable, and does *not* contain characters other than those intended by the author of the work, although tilde (~), asterisk (*) and underline (_) characters may be used to convey punctuation intended by the author, and additional characters may be used to indicate hypertext links; OR

[*] The eBook may be readily converted by the reader at no expense into plain ASCII, EBCDIC or equivalent form by the program that displays the eBook (as is the case, for instance, with most word processors); OR

[*] You provide, or agree to also provide on request at no additional cost, fee or expense, a copy of the eBook in its original plain ASCII form (or in EBCDIC

or other equivalent proprietary form).

[2] Honor the eBook refund and replacement provisions of this "Small Print!" statement.

[3] Pay a trademark license fee to the Foundation of 20% of the gross profits you derive calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. If you don't derive profits, no royalty is due. Royalties are payable to "Project Gutenberg Literary Archive Foundation" the 60 days following each date you prepare (or were legally required to prepare) your annual (or equivalent periodic) tax return. Please contact us beforehand to let us know your plans and to work out the details.

WHAT IF YOU *WANT* TO SEND MONEY EVEN IF YOU DON'T HAVE TO?

Project Gutenberg is dedicated to increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form.

The Project gratefully accepts contributions of money, time, public domain materials, or royalty free copyright licenses.

Money should be paid to the:

"Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

If you are interested in contributing scanning equipment or software or other items, please contact Michael Hart at: hart@pobox.com

[Portions of this eBook's header and trailer may be reprinted only when distributed free of all fees. Copyright (C) 2001, 2002 by Michael S. Hart. Project Gutenberg is a TradeMark and may not be used in any sales of Project Gutenberg eBooks or other materials be they hardware or software or any other related product without express permission.]

*END THE SMALL PRINT! FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS*Ver.02/11/02*END*

INT! FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS*Ver.02/11/02*END*

, and any volunteers associated

with the production and distribution of Project Gutenberg-tm

texts harmless, from all liability, cost and expense, including

legal fees, that arise directly or indirectly from any of the

following that you do or cause: [1] distribution of this eBook,

[2] alteration, modification, or addition to the eBook,

or [3] any Defect.

DISTRIBUTION UNDER "PROJECT GUTENBERG-tm"

You may distribute copies of this eBook electronically, or by disk, book or any other medium if you either delete this "Small Print!" and all other references to Project Gutenberg, or:

[1] Only give exact copies of it. Among other things, this requires that you do not remove, alter or modify the eBook or this "small print!" statement. You may however, if you wish, distribute this eBook in machine readable binary, compressed, mark-up, or proprietary form, including any form resulting from conversion by word processing or hypertext software, but only so long as
***EITHER*:**

[*] The eBook, when displayed, is clearly readable, and does ***not*** contain characters other than those intended by the author of the work, although tilde (~), asterisk (*) and underline (_) characters may be used to convey punctuation inte